



# SEMANA SANTA

יהאל

ORIGEN   
SIGNIFICADO

**JUSTO L. GONZÁLEZ**

Título del original en español: Semana Santa: Orígenes y significado

Editorial Mundo Hispano, El Paso, Texas, EE.UU.

Primera edición en español: 2019

Traducción: Heber Rodrigues de Souza

Preparación de originales: Cristiane Alves

Reseña: Micah Birth

Portada: Joab Santos

Diseño gráfico y edición: Anderson Lopes

Conversión a libro electrónico: Cumbuca Studio

CDD: 270 – Historia del cristianismo

ISBN electrónico: 978-65-5968-031-3

Las citas bíblicas fueron tomadas de la versión Revisada y Corregida Almeida, edición 2009, de la Sociedad Bíblica Brasileña, a menos que se indique lo contrario.

Para obtener más información sobre libros, revistas, periódicos y los últimos lanzamientos del CPAD, visite nuestro sitio web: <http://www.cpad.com.br>.

SAC — Servicio al Cliente: 0800-021-7373

Casa Editorial Asambleas de Dios

Avenida Brasil, 34,401, Bangu, Río de Janeiro – RJ

Código postal 21.852-002

1.ª edición: 2021



# Resumen

## Abreviaturas

### Capítulo 1: La razón y el propósito de este libro

#### Primera parte: Los orígenes

### Capítulo 2: Pascua

### Capítulo 3: Debates sobre la fecha

#### La Pascua judía y cristiana

#### Debates en el siglo II

#### Los desacuerdos continúan

[Problemas con el calendario](#)

[El siglo IV y el Concilio de Nicea](#)

[Después de Nicea](#)

[Las diferencias persisten](#)

[\*\*\*Capítulo 4: Entre la semana y el año\*\*\*](#)

[Procesos paralelos](#)

[El calendario semanal](#)

[De semana a año](#)

[\*\*\*Capítulo 5: El ciclo pascual\*\*\*](#)

[Pentecostés](#)

[Cuaresma](#)

## **Segunda Parte: Prácticas de Semana Santa**

### **Capítulo 6: Los primeros días de la semana**

[Domingo de Ramos y la entrega del “Símbolo”](#)

[La procesión del Domingo de Ramos](#)

[Lunes, martes y miércoles](#)

[De camino al viernes](#)

### **Capítulo 7: El Gran Triduo**

[Viernes Santo](#)

[Sábado Santo](#)

## **[Capítulo 8: Domingo de Resurrección](#)**

[El bautismo](#)

[Los ocho días de la resurrección](#)

### **[Tercera parte: Textos](#)**

[Introducción](#)

[Melitón de Sardis](#)

[Cirilo de Jerusalén](#)

[Agustín de Hipona \(San Agustín\)](#)

[León el Grande](#)

*Epílogo: Una última palabra que estimula las renovaciones*



日本橋

## ABREVIATURAS

Guerra Civil Americana Escritores cristianos antiguos

ANF Los Padres Antenicenos

BAC Biblioteca de Autores Cristianos [Biblioteca de Autores Cristianos]

GAF Grandes Autores de la Fe

Para todos los públicos Patrologia Graeca, Accurante J.-P. Migne

PL Patrología Latina, Accurante J.-P. Migne

Mansi Colección Sacrorum Conciliorum Amplissima

おはよう

おはよう

## LA RAZÓN Y EL PROPÓSITO DE ESTE LIBRO

Recientemente publiqué dos libros breves sobre la historia de la devoción y el culto cristianos: uno sobre la historia del domingo a través de los siglos, y el otro sobre los orígenes de la Navidad y otras celebraciones que la rodean. Tanto la diferencia como la congruencia entre estos dos temas deberían ser obvias. Tanto la Navidad como el domingo se refieren a momentos especiales dedicados a servir a Dios y celebrar sus acciones. El domingo, sin embargo, es una observancia que se remonta a los mismos orígenes del cristianismo, y la Navidad, a su vez, como demostré en ese estudio, surgió poco a poco y solo se convirtió en una fiesta celebrada por los creyentes en general unos siglos después. Además, como el domingo se celebra semanalmente, la Navidad es una celebración anual. Y, si por un lado, parece haber poca relación entre las antiguas prácticas dominicales y la Navidad, por otro lado, la relación entre el domingo y la Semana Santa es estrecha.

En este libro, que en cierto modo forma una trilogía con los dos anteriores, me propongo tratar un tercer tema que merece la pena comparar con estos otros dos: la Semana Santa. Al igual que la Navidad, la Semana Santa ocurre una vez al año. Sin embargo, a diferencia de la Navidad, los orígenes de la Semana Santa parecen ser tan antiguos como los de la observancia del domingo. La Navidad se celebra en una fecha fija, cada 25 de diciembre, mientras que la fecha de la Semana Santa varía de año en año. Entonces, una pregunta que muchas personas se hacen, y que espero responder en este ensayo, es: ¿por qué? ¿Por qué no celebramos la Semana Santa en la misma fecha todos los años? Parte de la respuesta, como veremos más adelante, está precisamente en que los orígenes de la Semana Santa son muy antiguos y se basan en un calendario diferente al actualmente vigente.

Un tema que entrelaza estos tres ensayos es el culto cristiano y, dentro del culto, la importancia de los tiempos y los ritos.

Los tiempos verbales son importantes en la adoración porque lo que hacemos en la adoración es colocar nuestro presente entre el pasado y el futuro que pertenecen no sólo a nosotros individualmente sino a todo el pueblo de Dios. La iglesia cristiana nació como parte y resultado de una serie de acontecimientos sin los cuales la fe no tiene fundamento. La encarnación de Dios en Jesucristo, el ministerio de Jesús, su crucifixión, su muerte, su resurrección y su ascensión son pilares históricos sobre los cuales se edifica el pueblo de Dios. De la misma manera, aquel día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia, es el punto de partida inevitable para la iglesia cristiana. Sin

estos pilares no habría Iglesia ni fe cristiana. Todo esto es el pasado que debemos tener presente para vivir plenamente nuestra fe.

Otro fundamento de igual relevancia para la fe es el futuro que esperamos y celebramos. Si una gran parte del culto y de la vida cristiana son recuerdos, ecos y reflejos de aquellos acontecimientos de hace 2.000 años, el futuro que esperamos y proclamamos es también parte esencial de la fe cristiana. No es que podamos saber “los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola autoridad” (Hechos 1:7). Pero realmente sabemos algo de este futuro que esperamos, porque ya lo hemos visto en la persona de Jesucristo, que no sólo vino, sino que también vendrá; y ya lo hemos visto y experimentado en la vida nueva que es fruto de la presencia del Espíritu Santo, que no sólo nos conecta con el pasado, sino también con el futuro, con su esperanza.

Es por la importancia de estos tiempos que nuestros tiempos actuales también son importantes para nuestra vida cristiana. Parte de lo que hacemos, tanto en la adoración como en nuestra propia vida devocional, es establecer nuestra conexión con estos tiempos pasados y esta eternidad futura de tal manera que sirvan a nuestras vidas presentes. Por eso, desde tiempos muy antiguos, la Iglesia estableció un ritmo semanal para su culto y rápidamente determinó también un ritmo anual. El ritmo semanal, como demostré en el libro sobre el tema mencionado, giraba en torno al primer día de la semana, el día en que el Señor resucitó de entre los muertos. Este “Día del Señor” o “Domingo” siempre ha sido una ocasión para recordar y celebrar la victoria de Jesucristo sobre la muerte. En preparación para el domingo, el sexto día de la semana, que ahora llamamos “viernes” y está dedicado a recordar la muerte de Jesús, se convirtió en un tiempo de recogimiento y ayuno. A esto pronto se añadió un ritmo anual que giraba en torno al Domingo de todos los domingos, es decir, el día en que se celebraba el aniversario de la resurrección de Jesús. La semana que precedió a ese gran domingo se convirtió en lo que ahora llamamos “Semana Santa”. Alrededor de esta semana surgió por primera vez un tiempo de regocijo que duró desde el Domingo de Pascua hasta Pentecostés, y luego otro tiempo de recogimiento paralelo al viernes, que finalmente se llamó “Cuaresma”. Volveremos a este tema con mayor detalle más adelante. Vale la pena destacar aquí, sin embargo, que estos tiempos, tanto semanales como anuales, son fundamentales para la vida cristiana, sin los cuales corremos el riesgo de recordar algunos elementos de nuestra fe y olvidar otros. Por ejemplo, hay quienes hablan sólo de la crucifixión y consideran la resurrección nada más que una palabra de aprobación que Dios pronuncia para corroborar la autoridad y la obra de Jesús. Y también hay quienes sólo hablan de la resurrección, haciéndonos olvidar no sólo la crucifixión de Jesús, sino también la cruz que cada discípulo debe llevar. De la misma manera, en algunas iglesias olvidamos la Ascensión, mientras que en otras olvidamos Pentecostés. Pero lo cierto es que todos estos acontecimientos forman parte de nuestra historia y, por tanto, también de nuestra identidad. Si nos alejamos de ellos, nos alejamos de la plenitud del Evangelio de Jesucristo.

Anteriormente me referí no sólo a los tiempos, sino también a los ritos. Para muchos de nosotros, la palabra “rito” es una abominación. Insistimos con razón en que el ritualismo vacío sólo sirve para olvidar la sustancia misma del evangelio y de la vida cristiana y para

poner en su lugar ceremonias sin sentido que, tal vez, nos hacen sentir bien, pero no nos hacen más fieles. Sin embargo, lo cierto es que nadie vive sin rituales. Todo el proceso que sigues por la mañana al levantarte es una serie de ritos que aprendiste de tus padres o mentores. Cualquiera que estrecha la mano o abraza a un amigo simplemente está practicando ritos antiguos que aún se conservan. No son ritos insignificantes, todo lo contrario. Es precisamente porque se han practicado a través de los siglos que tienen un fuerte significado. Por supuesto, todos sabemos que los ritos pueden practicarse de tal manera que se pierda su significado. Por eso, el poeta habló del “verdadero amigo que me da la mano abierta”, pero también del “cruel que me arranca el corazón con el que vivo”. Estrechar la mano porque es costumbre o abrazar a alguien simplemente porque se espera que lo hagamos es pasar del rito al ritualismo, de una acción significativa a una acción vacía.

Lo mismo ocurre con los ritos cristianos. Un rito que puede tener un significado profundo termina perdiéndolo cuando se convierte en una ceremonia vacía. Repetir el Padre Nuestro por el solo hecho de decir las palabras, sin detenerse a pensar en lo que significan y asegurarse de que es una oración sincera, es ritualismo. Sin embargo, repetirlo porque son las palabras que el Señor nos enseñó y usarlo como modelo para todas nuestras oraciones, mostrándonos lo que debemos pedir y cómo debemos pedirlo, no es ritualismo, sino obediencia a lo que el Señor nos ha mostrado. Por eso he añadido a los tres libros que forman la trilogía citada otro dedicado al Padrenuestro, no para que se repita mecánicamente, sino para que se haga lo que el Señor nos ha enseñado y nuestra oración, con estas palabras u otras, sea aceptable ante el trono del Altísimo.

Además, sabemos que los significados de los ritos pueden variar de una cultura a otra o dependiendo de las circunstancias. Un abrazo, que puede ser simplemente un signo de amistad en nuestra cultura, puede parecer una invasión del espacio de otra persona en otra. Un gesto que puede tener un significado profundo para algunos puede ser incomprensible para otros. Por ello, a lo largo de los siglos y hasta nuestros días, la Iglesia ha tenido que revisar constantemente sus antiguas prácticas y ritos para asegurarse de que sean verdaderas expresiones del evangelio de Jesucristo y de la vida cristiana.

Hacemos bien en rechazar todo ritualismo y ceremonia que se base únicamente en la pompa y la circunstancia. Esto incluye tanto ceremonias antiguas practicadas durante siglos como otras nuevas en las que la producción coreográfica y los efectos de iluminación sustituyen al culto en espíritu y en verdad.

Un buen método para distinguir rito y ritualismo es la forma en que nos conectamos con eventos que han perdido espacio para el rito. Durante siglos, el pueblo de Israel celebró su éxodo de Egipto con la fiesta de la Pascua. Este partido tiene ciertos parámetros claros e incluso palabras que se repiten. Su propósito, sin embargo, no es simplemente decir las palabras, sino más bien unirse a la experiencia de aquellas personas a quienes Dios liberó del yugo de Egipto. Del mismo modo, durante siglos la iglesia cristiana ha celebrado el bautismo y la comunión o la Cena del Señor. En muchos casos, ambas celebraciones quedaron atrapadas en un ritualismo vacío. Esto, sin embargo, no debe motivarnos a

rechazar estos ritos, sino más bien hacernos ver cómo nos remiten a acontecimientos pasados que constituyen el fundamento de nuestra fe y que anticipan también para nosotros ese gran acontecimiento futuro que es el Reino de Dios.

Lo mismo puede decirse del tema de este libro, la Semana Santa y cada uno de los acontecimientos que durante ella se conmemoran. En un sermón predicado durante la vigilia del Sábado Santo, Agustín se pregunta por qué debemos volver cada año a algo que sucedió de una vez por todas. Refiriéndose a la muerte y resurrección de Jesucristo, Agustín dice:

Sabes perfectamente que todo esto ocurrió sólo una vez. Sin embargo, como si ocurriera con más frecuencia, esta fiesta solemne repite de vez en cuando lo que la verdad proclama a través de tantas palabras de la Escritura que sólo ocurrió una vez. Sin embargo, realidad y solemnidad litúrgica no se contradicen, como si ésta mintiera y aquella dijera la verdad. Lo que la realidad afirma que ocurrió sólo una vez, la solemnidad lo renueva para que podamos celebrarlo muchas veces con corazones piadosos. La realidad descubre lo que sucedió tal como sucedió; La solemnidad, por el contrario, no permite olvidar ni siquiera las cosas pasadas, no repitiéndolas, sino celebrándolas. (Sermones 220; BAC 447:227)

Todo esto es, en resumen, mi primer objetivo en este ensayo: acercar la Semana Santa a nuestras vidas para que conozcamos cómo la celebraban nuestros más antiguos antepasados en la fe, no para imitarlos sin pensar o por mera curiosidad anticuaria, sino para ayudarnos a practicar ritos que realmente nos pongan en contacto con nuestro glorioso pasado y nuestro incomparable futuro. Algunos de estos ritos pueden ser similares a los que describiremos más adelante. Otros pueden ser completamente diferentes. Pero lo importante es que lo que hacemos nos lleva de vuelta a esos grandes acontecimientos que forman el fundamento de nuestra fe.

Por esta razón no titulé este libro Una historia de la Semana Santa. Mi propósito aquí no es contar cómo hemos progresado desde aquellos tiempos antiguos hasta el presente. En medio del camino entre ambos, ha habido muchas locuras, pompas vacías y circunstancias vanas, y todo eso debe ser rechazado. Sin embargo, no permitamos que tanta locura, pompa y solemnidad oscurezcan la belleza de aquellas antiguas prácticas cristianas. Al dirigirme a ellos, no pretendo simplemente invitar a los creyentes de hoy a imitarlos, sino más bien desafiarlos a comprender los significados profundos de algunos de aquellos ritos y a considerar cómo estos significados pueden expresarse y vivirse hoy no sólo con palabras, sino también con actitudes que nos pongan de nuevo en contacto íntimo con los orígenes de nuestra fe.

También me propongo demostrar algunas de las formas en que los antiguos creyentes manifestaban su fe en su culto y sus observancias religiosas. Aunque sus prácticas eran muy diferentes a las nuestras hoy, su fe estaba puesta en el mismo Señor; y, con sus cultos y devociones, buscaban hacerse partícipes de su cuerpo y de su misión, tal como buscamos nosotros hoy. Tal vez, precisamente porque nuestro Señor es el mismo y porque nuestra misión sigue siendo la misma, aquellos antiguos creyentes, a menudo olvidados, tienen algo que enseñarnos. No pretendo retratar la vida de aquella antigua Iglesia como si todo fuera color de rosa, sin desacuerdos, debates y virulentas controversias. Por eso, en las páginas que siguen, me propongo mostrar que, si bien la misma idea de una semana especial culminante en el Domingo de Pascua fue generalmente aceptada mucho antes, esto no impidió que hubiera diferencias en cuanto a la forma y el tiempo en que debía celebrarse. En algunas ocasiones, tales diferencias han dado lugar a tensiones y disputas; En otros, fueron generalmente aceptados; Hubo incluso casos en que las diferencias chocaron con la lenta evolución de un consenso que acabó desapareciendo.

Pero sobre todo, me propongo ayudarnos a comprender que, a pesar de nuestras diferencias y de los siglos que nos separan, aquellos cristianos que celebraron la Semana Santa de maneras tan distintas y en fechas tan distintas en los primeros siglos de nuestra era, son parte de nuestro patrimonio. Sin ellos y su testimonio, así como el testimonio de las muchas generaciones entre aquellos días y los nuestros, nunca habríamos escuchado la Buena Nueva de Jesucristo. Y no sólo eso: también son nuestros hermanos y hermanas en la fe. Tal vez, con el favor de Dios, esta comprensión nos ayude a tolerarnos, apoyarnos y amarnos unos a otros en medio de tantas diferencias que hoy buscan dividir el Cuerpo de Cristo y debilitar así su testimonio.

Con esta esperanza y oración, querido lector, pongo estas líneas en tus manos. ¡Que el Señor los use según Su inescrutable sabiduría!

おはよう

Primeira Parte

*As Origens*



おはよう

## PASCUA DE RESURRECCIÓN

Hoy en día, en el uso común, el término “Pascuas” se refiere a las festividades navideñas. Es como cuando decimos, por ejemplo, “Felices Pascuas” cuando, en realidad, queremos decir “Feliz Navidad”. Sin embargo, lo cierto es que, en sus orígenes, la palabra “Pascua” no tenía nada que ver con la Navidad. Además, los cristianos ya habían estado celebrando la Pascua durante mucho tiempo antes de empezar a celebrar la Navidad. Originalmente, la Pascua estaba más relacionada con lo que hoy llamamos Día de Resurrección y, poco después, con toda la Semana Santa. Sin embargo, la importancia de la antigua Pascua era tan grande que la palabra pronto se convirtió en sinónimo de una gran fiesta religiosa, y por lo tanto lo que antes se conocía simplemente como Pascua ahora debía distinguirse de las Pascuas navideñas llamándolas “Pascua de Florida”, ya que ocurría en la primavera. (De aquí proviene el nombre del estado norteamericano de Florida, nombre dado por el explorador Juan Ponce de León tras haber visitado ese lugar poco después de Pascua en Florida.)

En sus orígenes, la Pascua era una fiesta judía en la que se celebraba la liberación del pueblo de Israel del yugo de Egipto. (Es posible que los orígenes de la Pascua se remonten aún más atrás; pero para nuestros propósitos aquí basta decir algo sobre el modo como se entendía y celebraba la Pascua cuando el cristianismo llegó a la escena.) En Pascua se recordaba el momento en que el ángel de la destrucción causó la muerte de los primogénitos de Egipto, al pasar junto a las puertas cuyos postes y dinteles los hijos de Israel habían marcado con la sangre de un cordero sacrificado a Dios. Además, en las mismas celebraciones pascuales se incluía también la Fiesta de los Panes sin Levadura, o sin levadura, lo que se explica por su relación con el éxodo de los israelitas de Egipto, cuando no tuvieron tiempo de leudar el pan. Uno de los ritos para recordarlo consistía en limpiar la casa de todos los restos o migas de pan leudado y preparar una nueva masa que pronto tendría nueva levadura. Hay varias alusiones a este hecho también en el Nuevo Testamento.

Por otra parte, así como en algunos casos la palabra “sábado” no significaba sólo el séptimo día de la semana, sino toda la semana de sábado a sábado, así también, con frecuencia, la palabra “pascua” no siempre se limitaba a esa fiesta en particular, sino que incluía también todos los días y actividades que la rodeaban. Cuando los cristianos antiguos se referían a la Pascua, existía la misma ambigüedad y, por lo tanto, no siempre es posible saber si se referían a un día específico o a todas las observancias, ceremonias y días que incluían las fiestas de Pascua.

Durante mucho tiempo, estos días especiales del año que ahora llamamos Semana Santa fueron simplemente “los días de Pascua” o, simplemente, “Pascua”. Sólo en el siglo IV empezamos a encontrar la palabra “santo” con mayor frecuencia en referencias específicas a esta semana. En una de sus cartas sobre la celebración de la Pascua del año 330, Atanasio se refiere a la “semana de la santa Pascua”. Al mismo tiempo, o unas décadas más tarde, la obra Constituciones Apostólicas, un documento de fecha y origen inciertos, pero que parece datar de la segunda mitad del siglo IV, utiliza una frase similar: “la semana santa de Pascua”. También de los siglos IV y V proceden varias referencias a “la gran semana” (Crisóstomo), “la última semana de Cuaresma” (Agustín) y “la semana de la xerofagia”, un ayuno estricto (Epifanio). Es en las palabras de Epifanio, obispo de Salamina en el siglo IV, que encontramos una de las raras y más antiguas referencias a esta semana como “Semana Santa”. Epifanio dice: “la semana de xerofagia y de Pascua que se llama Santa” (Panarion 70.12; PG 42:365). En resumen, el nombre con el que generalmente se conocía la semana que estamos estudiando era “Pascua”, que bien podía referirse a un día en particular o a la semana entera, así como a la fiesta judía del mismo nombre.

El nombre mismo “Pascua” deriva de la Septuaginta, una antigua traducción de las Escrituras hebreas al griego y a la Biblia utilizada por muchos de los primeros cristianos. La Septuaginta, en lugar de traducir el nombre hebreo de la fiesta, simplemente lo transcribió al alfabeto griego. Así, durante mucho tiempo, “Pascua” fue una palabra usada únicamente para referirse a esta celebración religiosa de Israel, y es en esta forma que aparece no sólo a lo largo de la Biblia hebrea, sino también en el Nuevo Testamento, con la relativa excepción de un pasaje en 1 Corintios, al que nos referiremos más adelante.

Esa fue la gran fiesta del pueblo de Israel tanto en Tierra Santa como entre los judíos de la Dispersión o Diáspora. El historiador judío Flavio Josefo, durante la segunda mitad del siglo I y después de la destrucción del Templo de Jerusalén, dice que para esta gran celebración el número de judíos que asistían anteriormente a Jerusalén alcanzaba los millones. (En un lugar dice 2 millones y medio, y en otro 3 millones.) No hay duda de que tales estimaciones son exageradas, con las que Josefo probablemente pretende afirmar la grandeza de Jerusalén antes de la destrucción del Templo. Sin embargo, incluso las cifras más conservadoras que proponen hoy los estudiosos alcanzan los cien mil visitantes que se sumaron a la población de la propia Jerusalén. Al mismo tiempo que estas grandes multitudes llegaban a Jerusalén para celebrar la Pascua, los millones de judíos que no podían ir a la Ciudad Santa se unían a la celebración en una cena especial, similar a la que se celebraba en Jerusalén, pero sin que el cordero que comían fuera sacrificado ritualmente en el Templo. La Pascua era pues la gran ocasión en la que los judíos de la diáspora reafirmaban sus raíces y su contacto con el pueblo que aún residía en la Ciudad Santa.

A medida que el cristianismo crecía entre la gente de origen gentil, hubo quienes desconocían el origen hebreo de la palabra “Pascua”. Surgió entonces una falsa etimología según la cual “Pascua” viene del verbo griego pasjein, que significa sufrir. En nuestro lenguaje hablamos de la “Pasión” del Señor, es decir, de sus sufrimientos. Por tanto, podemos pensar que la palabra “Pascua” se refiere originalmente a los sufrimientos de Cristo. Esta falsa etimología aparece ya en uno de los sermones cristianos más antiguos que

se conservan, el sermón de Melitón de Sardes sobre la Pascua, que citaremos en detalle más adelante. En este sermón, Melitón dice: «¿Qué es la Pascua? Se le llama así porque deriva del sentimiento [pathein] y el sufrimiento [pasjein]» (Sobre la Pascua, 46).

Otros escritores antiguos, más versados en las tradiciones hebreas, pronto corrigieron esta falsa etimología, que en algunos casos persiste hasta nuestros días. Orígenes, el famoso erudito cristiano de Alejandría, describe la situación que aún hoy vivimos:

La mayoría de los creyentes, quizás todos, creen que la Pascua recibe su nombre de la pasión del Salvador. Sin embargo, el nombre de esta fiesta proviene del hebreo... y puede traducirse como “pasar”, ya que la fiesta celebra la forma en que el pueblo salió de Egipto. (Sobre la Pascua 1 [Una obra perdida hasta que se descubrió un manuscrito en Egipto en 1941. No he tenido acceso al original y por lo tanto cito de la traducción al inglés en ACW 54:27]).

Asimismo, Eusebio de Cesarea destaca el origen de la palabra al tiempo que presenta una interpretación tipológica que convierte la Pascua judía en un tipo o figura de Jesucristo. Eusebio dice:

En este punto puede ser útil volver al tema de la Pascua y explicar que desde el principio fue dada a los hebreos como una figura. En la primera Pascua, tomaban una oveja o cordero de su rebaño y lo sacrificaban. Entonces cada uno ungió con sangre los dinteles de su casa, para que el ángel destructor no entrara en su casa. Luego, después de comer la carne del carnero y ceñirse los lomos, tomaron panes sin levadura y hierbas amargas y con ellos pasaron de un lugar a otro, de Egipto al desierto... Y es por eso que este paso de Egipto se llama Pascua. (De la Solemnidad de Pascua 1; PG24:693)

Según la ley de Israel, la Pascua debía celebrarse: “En el mes primero, a los catorce días del mes, entre las dos tardes”, porque ese día “es la Pascua del Señor” (Lv 23,5). Ese día, los que se preparaban para celebrar la Pascua llevaban sus corderos al Templo, donde eran sacrificados. Como parte del sacrificio, se quemaba la grasa y se vertía la sangre sobre el altar. Sin embargo, el cuerpo del animal, ya listo para asar, fue devuelto a quienes lo habían traído, y estos lo llevaron de regreso a casa para asarlo y comerlo en la gran celebración. Esto ocurría en grupos de familiares o amigos, que comían recostados, como era costumbre

en la época durante los grandes banquetes. Como se trataba de una fiesta de la liberación del pueblo de Israel, y no algo privado, no estaba permitido celebrar la Pascua en soledad, sino siempre en medio de la comunidad; Esto también lo dijeron los reformadores protestantes con respecto a la celebración de la Cena del Señor o Santa Comunión. Después de otros actos simbólicos, uno de los miembros de la familia, a menudo uno de los más jóvenes, preguntaba: “¿En qué se diferencia esta noche de todas las demás?”. En respuesta, se repitió —en parte en canción y en parte simplemente como narración— la gloriosa historia de cómo Dios había liberado a Israel de la esclavitud en Egipto. Sin embargo, la historia no terminó ahí, pues, después de contar la historia del éxodo de Egipto, también habló de otras ocasiones en que Israel había estado bajo el dominio de otros pueblos, particularmente el exilio en Babilonia. Esto dio lugar a una oración pidiendo a Dios que liberara la Tierra Santa del poder romano. Esta última oración dio a la celebración un tono completamente subversivo, y por eso, durante el tiempo de Pascua, los disturbios y motines fueron frecuentes en Jerusalén.

Como vimos en el pasaje del Levítico citado anteriormente, la celebración debía tener lugar el día 14 del primer mes del año, es decir, el mes de Nisán. Los meses del antiguo calendario judío seguían los ciclos de la luna y, por tanto, no correspondían permanentemente a las diferentes estaciones del año. El primer mes del año también debía ser el mes de la cosecha; Sin embargo, debido a la falta de correspondencia entre los calendarios lunar y solar, llegó el momento en que, acercándose el mes de Nisán, la cosecha aún no estaba madura. Por lo tanto, era necesario, de vez en cuando, intercalar un mes adicional para que la cosecha estuviera lista cuando llegara el mes de Nisán. Esto lo determinaba el Sanedrín, que dictaba cuándo comenzaría el nuevo año y, por tanto, también el nuevo mes.

La celebración de la Pascua ocupa un lugar importante en el relato de los evangelios. Según Lucas, cuando Jesús era todavía un niño: “[...] Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua” (Lc 2,41). Sin embargo, tanto en Lucas como en los otros evangelios sinópticos, todas las demás referencias a la Pascua ocurren durante los últimos días del ministerio de Jesús: en Mateo 26; Marcos 14; y Lucas 22—23. En Juan hay más referencias a la Pascua que en los otros tres evangelios. Es al comienzo de su ministerio que Jesús purifica el Templo cuando: “Estaba cerca la Pascua de los judíos...” (Juan 2:13; hay otra referencia a la Pascua en la misma historia en el v. 23). También, “Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos”, cuando Jesús alimentó a los cinco mil (Juan 6:4). Más tarde, después de la resurrección de Lázaro, cuando los líderes de Israel conspiraron para arrestar y eliminar a Jesús, hubo discusión sobre si Él asistiría a la fiesta de la Pascua, incluso con el riesgo de ser arrestado. Y Juan también nos dice que Jesús fue a Betania seis días antes de la Pascua (Juan 11:55; 12:1). A estos hechos siguen otras referencias a la Pascua, ahora en el contexto de la Pasión y muerte de Jesús (13,1; y capítulos 18 y 19).

Por otra parte, las diferencias respecto a la Pascua entre Juan y los otros tres evangelios van más allá. Según la cronología encontrada en los tres primeros evangelios, Jesús participó en la Cena el día 14 de Nisán y fue crucificado al día siguiente, es decir, el 15. Sin embargo, según Juan, la crucifixión misma tuvo lugar el 14 de Nisán, al mismo tiempo que

se sacrificaban los corderos. Así explica Juan que no le quebraron las piernas a Jesús, ya que la ley prohibía en ese día quebrar los huesos del cordero y, por extensión, cualquier hueso (Ex 12,46; Jn 19,32-36). Como veremos en el próximo capítulo, estas diferencias serían fuente de controversia entre los cristianos sobre el día en que se debe celebrar la Pascua. Por ahora, sin embargo, es oportuno decir algo más sobre la historia de la Pascua en aquellos primeros años de nuestra era.

Hay un pasaje en la primera carta de Pablo a los Corintios que señala un cambio que ya estaba ocurriendo antes de la destrucción del Templo, pero que se intensificaría más tarde. Pablo dice:

Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois. Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, fue sacrificado por nosotros. Así que celebremos nuestra fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad; pero con el pan sin levadura de la sinceridad y de la verdad. (1 Cor 5.7, 8)

Esta es la referencia más antigua que tenemos sobre Jesucristo y el cordero pascual. Los eruditos coinciden en que Pablo debió escribir esta carta desde la ciudad de Éfeso en el año 55. Además, sabemos algo sobre la época del año en que la escribió, pues en el capítulo 16 Pablo dice que permanecerá en Éfeso hasta Pentecostés, lo que parece indicar que está escribiendo un poco antes de esa fecha, es decir, precisamente en los días de la propia Pascua. Por tanto, es natural que Pablo relacione el sacrificio de Cristo con el sacrificio del cordero pascual y diga que la Pascua de los creyentes, es decir, el cordero sacrificado en nuestra Pascua, es Cristo mismo.

Aunque no hay otras referencias en el Nuevo Testamento que relacionen explícitamente la Pascua con Jesucristo, el hecho es que se habla de Cristo como el Cordero. Según el cuarto evangelio, Juan Bautista se refiere a Jesús como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). En 1 Pedro se hace referencia a “la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19). Y a lo largo del libro de Apocalipsis, la imagen de Cristo como el Cordero se ve repetidamente.

La relación entre esta Pascua a la que se refiere Pablo y la Cena que los cristianos celebraban en memoria y celebración de la muerte de Jesús no está del todo clara. Ciertamente, la Cena del Señor y cómo debe celebrarse es una de las principales preocupaciones de Pablo en 1 Corintios. Por tanto, es muy posible que, al mismo tiempo que Pablo habla de Jesús como “nuestra Pascua” (1 Co 5,7), estuviera pensando también en la Cena que los cristianos celebraban regularmente. La discusión de las ocasiones y la manera de celebrar la Cena nos llevaría mucho más allá del alcance de este estudio. En todo

caso, lo interesante es que, en cierto modo, al hablar de Jesucristo como “nuestra Pascua” y colocarlo así en el lugar de los sacrificios que se ofrecían en el Templo cada Pascua, los cristianos estaban anticipando lo que los mismos judíos harían después de que el Templo fuera destruido en el año 70, cuando ya no fuera posible sacrificar los corderos pascuales.

Vale la pena destacar otra diferencia importante entre la Pascua judía y la comunión cristiana o Cena del Señor, ya que la primera se celebraba sólo una vez al año, mientras que la Cena cristiana tenía lugar con mucha más frecuencia, aparentemente a veces todos los días, pero siempre el primer día de la semana, en celebración de la resurrección del Señor. Volveremos sobre esta relación entre la celebración semanal y la Semana Santa anual en otro capítulo.

Entre los judíos, después de la destrucción del Templo, la Pascua se convirtió, y sigue siendo, otra cena antigua y de larga tradición entre el pueblo de Israel, pero sin el sacrificio que sólo podía ofrecerse en el Templo. Entre los cristianos, inicialmente estaba muy ligada a la Pascua judía, como veremos en el siguiente capítulo, pero poco a poco se convirtió en una forma de referirse a lo que hoy llamamos Semana Santa. Este es el tema de gran parte de las páginas siguientes, porque para los cristianos, que vieron a Jesús como el Cordero de Dios sacrificado en Pascua, esto se convirtió en una conmemoración de su sacrificio que culminó en la celebración de su victoria en la resurrección.

おはよう

## DEBATES SOBRE LA FECHA

La diferencia que hemos visto entre la cronología del evangelio de Juan y la de los sinópticos se refleja en las controversias que pronto surgieron entre los cristianos sobre la fecha en que debía celebrarse la resurrección de Cristo. Como lo demostré en otro escrito, y volveremos a ver más adelante, desde antiguo se acostumbraba celebrar la resurrección el primer día de cada semana, por eso hoy se llama “domingo”, es decir, el día del dominus o Señor. Pero naturalmente también hubo un énfasis especial en celebrar cada año el aniversario de esta resurrección y los acontecimientos que la rodearon. Así, pronto surgieron desacuerdos sobre esta celebración anual y la fecha en que debía realizarse.

En todo esto, hay que reconocer que no era sólo una cuestión de fechas, sino que dichas fechas afectaban igualmente la vida de los cristianos y la armonía en las iglesias. Como la gente viajaba con relativa frecuencia de un lugar a otro, y dada la costumbre de prepararse para la resurrección del Señor mediante el ayuno, si las fechas en que cada individuo celebraba la Pascua no coincidían, podía resultar que algunos creyentes de una ciudad determinada todavía ayunaran al mismo tiempo que otros celebraban la victoria de Jesucristo sobre la muerte. Dada la importancia que tenía para los creyentes la vida comunitaria y el compartir experiencias, esta divergencia fue, por tanto, una interrupción en esta coexistencia. ¿Cómo podríamos reunirnos como Iglesia en un servicio en el que, mientras algunos ayunaban y recordaban sus propios pecados y la Pasión del Señor, otros celebraban con entusiasmo la resurrección? Es por eso que aquellas controversias que hoy nos parecen insignificantes e interminables, tuvieron tanta importancia no sólo para los dirigentes de la iglesia, sino también para todos los fieles.

日本橋

## La Pascua judía y cristiana

La cita de 1 Corintios en el capítulo anterior es una indicación de la importancia que la Pascua judía tenía en la vida de los primeros cristianos, todos o la mayoría de los cuales eran de origen judío. Este caso corresponde con el del sábado, pues sabemos que los cristianos de origen judaico, así como muchos otros, continuaron observando el sábado como su día de descanso durante mucho tiempo, mientras que el primer día de la semana o domingo era el día en que se reunían para celebrar la resurrección de Jesús. Del mismo modo, para aquellos primeros cristianos judíos, la Pascua seguía siendo el gran día de la liberación de Israel del yugo de Egipto, el recuerdo de otras liberaciones a lo largo de la historia de Israel, y ahora también la celebración de esa nueva liberación del pecado y de la muerte que había llegado en Jesucristo, “nuestra Pascua”. Así, en los escritos cristianos antiguos encontramos referencias a la Pascua, aunque no está claro si en tales casos se refiere a un día específico, a todas las festividades de Pascua o a algunas observancias específicamente cristianas.

おはよう

## Debates en el siglo II

No hay duda de que fue a partir del siglo II que comenzaron a haber desacuerdos entre los cristianos sobre la observancia de la Pascua y la conmemoración anual de la resurrección de Jesús. Las primeras referencias que tenemos de estas discrepancias se encuentran en la obra *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, que también cita una carta perdida de Ireneo, obispo de Lyon a finales del siglo II, informando sobre los desacuerdos entre Policarpo, obispo de Esmirna, y Aniceto, obispo de Roma, alrededor del año 169. En otro pasaje de su *Historia Eclesiástica*, Eusebio se refiere al obispo Melitón de Sardes, quien, según Cesarea, escribió un libro titulado *Sobre la Pascua*. Al parecer, la copia que Eusebio tenía de este escrito de Melitón comenzaba con una explicación de su origen; una explicación que no parece haber sido parte del libro original en sí, sino un comentario posterior. Las palabras que cita Eusebio son: “Bajo Servilio Paulo, procónsul de Asia... surgió mucha discusión en Laodicea acerca de la Pascua que caía en aquellos días, y se escribió lo siguiente” (*Historia Eclesiástica* 4.26.3; BAC 749:253). Los eruditos coinciden en que el nombre “Servilio” es fruto de un error del copista y que en realidad se trata de Sergio Pablo; aunque, por supuesto, no es el mismo Sergio Pablo mencionado en el siglo anterior en Hechos 13:7. Sin embargo, lo que nos interesa aquí es que ya a principios de la segunda mitad del siglo II existían desacuerdos respecto a la Pascua. Desgraciadamente, Eusebio no dice más sobre el contenido de la discusión en sí, aunque, como veremos en un momento, lo más probable es que se tratara de la fecha en la que se celebraría la resurrección de Jesús. Además, cabe destacar que hace menos de un siglo se descubrió una homilía perdida de Melitón sobre Pascua. Su importancia es tan grande que la mencionaremos extensamente más adelante. Sin embargo, la homilía en sí no parece referirse de ninguna manera a cuestiones controvertidas entre los cristianos con respecto a la Pascua, por lo que posiblemente no sea el mismo tratado que estaba en posesión de Eusebio.

Más tarde, en su *Historia Eclesiástica*, Eusebio hace referencias más directas a las controversias surgidas a partir del siglo II en torno a la fecha de la celebración de la Pascua. Es, por tanto, razonable creer, aunque no se pueda probar, que las disputas a las que se refiere el manuscrito perdido de Melitón que Eusebio tenía en sus manos giraban en torno a las mismas cuestiones.

El relato que hace Eusebio de esta discusión, que puede haber sido una continuación de la anterior, ocupa varios capítulos de su obra. Al comienzo de esta sección, Eusebio explica lo que estaba en juego:

En ese momento se planteó una pregunta muy importante. Las comunidades de toda Asia [no el continente que hoy recibe ese nombre, sino Asia Menor, donde hoy está Turquía], según una antigua tradición, pensaban que la fiesta de la Pascua del Salvador debía celebrarse el decimocuarto día lunar, en el que los judíos tenían prescrito sacrificar el Cordero. Era absolutamente necesario poner fin al ayuno, independientemente del día de la semana en que cayera la fiesta. Pero las demás iglesias del mundo no solían mantener este modo de proceder y, según la tradición apostólica, observaban el uso todavía hoy vigente, juzgando no conveniente terminar el ayuno sino el día de la resurrección de nuestro Salvador. (Historia Eclesiástica 5.23.1; BAC 349:330)

Un análisis de este pasaje nos permite ver varios puntos importantes. El primero de ellos tiene que ver con la fecha de los hechos que narra Eusebio. Cuando se refiere a “en ese momento”, el contexto indica el tiempo en que Víctor era obispo de Roma, es decir, entre los años 189 y 199. Por lo tanto, aunque el debate en tiempos de Melitón trataba sobre otro tema, es absolutamente claro que esta discusión ya estaba en ebullición en las últimas décadas del siglo II. En segundo lugar, cabe señalar que, al parecer en todas las iglesias, la celebración de la Pascua fue precedida por un período de ayuno y que, por tanto, el debate se centró en cuándo debía cesar el ayuno para luego pasar a la celebración de la Pascua. Este pasaje, sin embargo, nos ayuda a comprender principalmente el núcleo de la disputa, es decir, si la Pascua debe celebrarse según el calendario judío —es decir, el día 14 del mes de Nisán— o, por el contrario, si debe hacerse como lo hacía cada iglesia durante el resto del año, es decir, celebrar la victoria del Señor el domingo, el día de su resurrección.

Sin embargo, el debate no giró sólo en torno a las fechas, sino que también estuvo relacionado con la propia identidad de la Iglesia y sus vínculos con el judaísmo. Como ya hemos explicado, para determinar el día exacto en que comenzaba el mes de Nisán y, en consecuencia, el día 14 de dicho mes en que debía celebrarse la Pascua, era necesario realizar ajustes periódicos en el calendario, y esto estaba en manos de las autoridades judías. Cada año, la fecha fijada para la celebración de la Pascua circulaba entre los judíos de todo el mundo, o al menos se intentaba hacerlo. En aquellos tiempos, el clima de controversia y competencia entre cristianos y judíos era constante. Para entenderlo es necesario recordar que, si bien hoy no es así, al inicio de la era cristiana el judaísmo buscaba ganar conversos con un rigor similar al de los cristianos. Estas circunstancias se pueden ver ya en el libro de los Hechos, en el que no sólo los judíos que se convirtieron al cristianismo, sino también muchos de los gentiles que aceptaron el evangelio se cuentan entre los que entonces llevaban el título de “temerosos de Dios”. Se trataba de personas que creían en el Dios de Israel y seguían sus leyes morales, pero que no estaban dispuestas a seguir (o, en algunos casos, no se les permitía seguir) el proceso que les llevaría a la condición de “prosélitos” del judaísmo, uniéndose así al pueblo de Israel. En el libro de los Hechos, vemos los casos del eunuco etíope y del centurión Cornelio, ambos hombres temerosos de Dios. También en los Hechos de los Apóstoles, uno de los siete líderes escogidos para distribuir la ayuda a las viudas es “Nicolás, prosélito de Antioquía” (Hechos

6,5), es decir, un gentil que en Antioquía se había unido al judaísmo y ahora se convertía en líder de la comunidad cristiana. En la misión de Pablo, vemos repetidamente que él, al llegar a cada ciudad, predica en la sinagoga, y generalmente aquellos que más atención le prestan son contados entre los temerosos de Dios. Dadas tales circunstancias, no es extraño que tanto judíos como cristianos se rechazaran y condenaran mutuamente.

Los cristianos de Asia Menor, siguiendo una tradición que según ellos había sido enseñada por el apóstol Juan, insistieron en la necesidad de conmemorar la Pasión del Señor en el día de la Pascua judía. Y, después de esa fecha, se celebró la victoria de Jesús, poniendo fin al ayuno anterior. Los que adoptaron esta costumbre fueron llamados “cuartodecimanos”, es decir, “catorzistas”. En respuesta, los líderes de la iglesia en otras regiones insistieron en que el gran día de celebración anual de la resurrección de Jesús, el día en que se rompía el ayuno que lo precedía en conmemoración de la Pasión de Jesús, debería ser, como en las celebraciones semanales durante todo el año, el primer día de la semana.

Eusebio da cuenta de sínodos y otras reuniones de obispos que tuvieron lugar en Palestina, Roma, el Ponto, Galacia e incluso en la lejana Osroena, en Mesopotamia. En respuesta a todo esto, los obispos de Asia Menor y de algunas regiones circundantes insistieron en su posición. En una carta citada por Eusebio, uno de sus representantes, Polícrates de Éfeso, escribe a la iglesia de Roma y a su obispo Víctor insistiendo en la antigüedad de la práctica cuartodecimana. Un extracto de esta carta dice:

En cuanto a nosotros, celebramos exactamente el día, sin recortar nada, sin añadir nada. En efecto, es en Asia donde reposan las grandes estrellas que resucitarán el día de la parusía del Señor, cuando Él vendrá glorioso desde los cielos y se encontrará con todos los santos. (Historia Eclesiástica 5.24.2; BAC 349:331-32)

Entre estas “estrellas” están los apóstoles Felipe y Juan, así como las hijas de Felipe y toda una serie de obispos y mártires de la región; Entre ellos, Policarpo de Esmirna, del que hablaremos pronto.

La respuesta de Víctor fue amenazar a las iglesias de Asia con la excomunión. Afortunadamente, varios de sus compañeros lo instaron a “tener en cuenta la paz, la unidad y la caridad entre nosotros”. Uno de ellos fue Ireneo de Lyon, uno de los teólogos más destacados de su tiempo. Eusebio cita extensamente una carta perdida de Ireneo a Víctor. En lugar de insistir en la uniformidad, Ireneo enfatiza que las costumbres entre los cristianos son y han sido diversas en diferentes partes del mundo y que, durante mucho tiempo, esta diversidad fue parte de la vida de la iglesia misma.

Por eso, sin simplificar la polémica como si se tratara de cuestiones sin importancia, Ireneo destaca su complejidad y luego utiliza la diversidad de respuestas y prácticas para animar a Víctor a utilizar la tolerancia:

La discusión no se centra sólo en el día, sino también en la forma misma del ayuno. Algunos, de hecho, piensan que deberían ayunar sólo un día; otros, dos; otros, aún más; Algunos cuentan cuarenta horas de día y noche como un día.

Tal diversidad de observancias no se presentaba ahora, en nuestros días; pero hace mucho tiempo, bajo nuestros predecesores, quienes, sin preocuparse tal vez por la exactitud, preservaron esta costumbre en su sencillez y con características particulares, y la transmitieron a la posteridad. Todos ellos mantienen la paz entre ellos, y nosotros también mantenemos la paz entre nosotros. La diferencia entre los ayunos confirma el acuerdo respecto a la fe. (Citado por Eusebio, Historia Eclesiástica 5.24.12-13; BAC 349:334-35)

Como ejemplo de lo que más le conmovió, Ireneo menciona que cuando su propio maestro Policarpo estaba en Roma y trataba con Aniceto, entonces obispo de esa ciudad,

...los dos tuvieron pequeños desacuerdos entre ellos, pero pronto hicieron las paces; Sobre este capítulo no se habló. De hecho, Aniceto no pudo convencer a Policarpo de no observar lo que siempre había practicado con Juan, el discípulo de nuestro Señor, y los demás apóstoles con quienes había vivido. A su vez, ni siquiera Policarpo persuadió a Aniceto a observar lo mismo que él, ya que éste dijo que debía mantener la costumbre de los presbíteros anteriores. (Citado por Eusebio, Historia Eclesiástica 5.24.1 16; BAC 349:336)

El nombre Ireneo significa “pacificador” o “pacífico”, y por eso Eusebio comenta que Ireneo “bien merecía ese nombre, pues era un pacificador por su nombre y su conducta” (ibid.).

おはよう

## Los desacuerdos continúan

Eusebio no dice si Víctor finalmente rompió la comunión con las iglesias de Asia. Lo más probable es que no lo hayas hecho. Sin embargo, Eusebio sí da evidencia de que la controversia persistió. Por ello, cita una carta que los obispos de Palestina enviaron a todas las iglesias en la que, además de declarar que el tema debatido era de gran importancia para la salvación de las almas, afirman que las prácticas que siguen son las mismas que se seguían en Alejandría. Según ellos, quieren que su carta sea enviada a todas las iglesias.

...para que no seamos responsables de aquellos que fácilmente conducen a las almas al error. Declaramos que en Alejandría se celebra el mismo día que nosotros. De hecho, ellos reciben cartas nuestras y nosotros recibimos las suyas, y así celebramos el día santo con común acuerdo y unanimidad. (Carta citada por Eusebio, Historia Eclesiástica 5.25; BAC 349:337)

Aunque tales posiciones parecían intransigentes, la controversia fue apaciguándose poco a poco. Por lo tanto, durante el siglo III hay pocas referencias al mismo.

おはよう

## Problemas con el calendario

Las dificultades para determinar la fecha de la Pascua no se debieron únicamente a las razones ya mencionadas. A pesar del fuerte sentimiento antijudío que prevaleció entre muchos cristianos, aparentemente a lo largo del siglo III, la mayoría de los cristianos se contentaban con determinar la fiesta de sus propias celebraciones de Pascua a partir del calendario judío y la fecha en que éste determinaba la Pascua. Entre los cuartodecimanos que aún existían, había una correspondencia exacta entre la Pascua judía y la cristiana. Entre la mayoría de los cristianos, que insistían en que la celebración de la resurrección del Señor debía ser el domingo, la costumbre era celebrarla el domingo siguiente a la Pascua judía.

El problema residía en que, aunque la Pascua judía se celebraba siempre en la misma fecha, el 14 de Nisán, este día variaba en relación con el calendario solar. Durante los primeros siglos de nuestra era, aunque los judíos y algunos otros pueblos seguían sus tradicionales calendarios lunares, poco a poco se fue imponiendo el calendario solar, es decir, el que determina las fechas de los meses según la posición del sol cada año. Entre un calendario y otro hay una diferencia de 11 días, por lo que, al cabo de unos años, fue necesario añadir el mes intercalar al que ya hemos hecho referencia. De manera similar a lo que ahora llamamos “año bisiesto”, es decir, un año al que se le añade un día para armonizarlo con el año solar, existía entonces, en ciertas épocas, un “año embólico”, es decir, un año al que se le añadía un mes para armonizarlo más con el calendario solar. Como estas mediciones no generaban correspondencias exactas, fue necesario realizar una serie de cálculos para determinar la fecha en que cada año caería la fecha supuestamente fija, pero en realidad variable, del 14 de Nisán.

A partir del siglo III, cuando la controversia cuartodecimana fue calmándose, hubo numerosos intentos de producir calendarios que pudieran señalar la fecha exacta en que caería el 14 de Nisán cada año, y por lo tanto también la Pascua cristiana, que normalmente caería el domingo siguiente. Debido a las imprecisiones de los calendarios que siguieron (tanto lunares como solares), todos estos cálculos resultaron erróneos y requirieron correcciones con cierta frecuencia. Esto dio lugar a repetidos desacuerdos y controversias sobre la fecha en que debía celebrarse la Pascua de Resurrección. Un buen ejemplo es el caso de Hipólito, al que nos referiremos más adelante porque ha llegado hasta nosotros uno de los documentos más valiosos para comprender las antiguas prácticas cristianas de celebración de la resurrección. Hipólito hizo un cálculo según el cual el ciclo se repetía cada dieciséis años, de modo que el Domingo de Pascua caería en la misma fecha. No conocemos los detalles de sus cálculos, pero afortunadamente, en el año 1551, se descubrió en Roma

una estatua de Hipólito que incluye, entre otras cosas, una tabla de los días en que debía celebrarse la Pascua año tras año durante un espacio de 112 años a partir del año 222. Esta tabla es el resultado de una extensa investigación que Hipólito había realizado bajo el título de La prueba de los tiempos, que se ha perdido. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos académicos, el sistema de Hipólito no era exacto, como tantos otros que se propusieron desde entonces, por lo que fueron necesarios ajustes constantemente, lo que dio lugar a continuas controversias. En el año 243, en vista de los errores en la tabla propuesta por Hipólito, un autor anónimo, probablemente en África, escribió un largo tratado Sobre el cómputo pascual (PL 4,938-71), que utilizaba las obras de muchos predecesores para proponer pequeños ajustes al cómputo de Hipólito. Estos ajustes funcionaron durante un tiempo, pero al final también demostraron ser inexactos. Lo mismo ocurrió con varios otros. Mientras tanto, en Alejandría se estaban realizando intentos similares, varios de los cuales resultaron más precisos que los occidentales en sus observaciones y cálculos astronómicos. En cualquier caso, las prácticas orientales no concordaban con las que se seguían en el Occidente de habla latina. Como veremos más adelante, esto se debió a diferencias entre los alejandrinos y los occidentales respecto a la fecha del equinoccio de primavera.

A pesar de estas dificultades, que siempre se tradujeron en desacuerdos sobre cuándo celebrar la Pascua, al parecer durante el siglo III acabó imponiéndose el espíritu irenista y tolerante que había propuesto Ireneo, ya que los desacuerdos no generaron fuertes controversias.

おはよう

## El siglo IV y el Concilio de Nicea

Aunque durante el siglo III no hubo gran controversia respecto a la fecha de la Pascua, siempre hubo insatisfacción ante la posibilidad de llegar a un acuerdo respecto a algo que, a primera vista, parecía sencillo y que tenía gran relevancia para los fieles, que necesitaban saber cuándo romper el ayuno que precedía a la resurrección. A principios del siglo IV la situación seguía siendo la misma, pero ahora sus consecuencias eran más visibles, ya que las nuevas políticas establecidas por el emperador Constantino facilitaban los viajes y las visitas entre cristianos de diferentes regiones. Esto puso de relieve la anomalía de que algunos estaban ayunando mientras otros celebraban la resurrección de Jesús. Algunos añadieron esta cuestión a su polémica antijudía, declarando que los judíos calculaban mal la fecha de la Pascua y que los cristianos estaban equivocados al seguirla. Un ejemplo de ello es el obispo Pedro de Alejandría, que escribió el tratado *Sobre la Pascua*, en el que declaró que los judíos habían celebrado esta fiesta en su fecha correcta hasta que el Templo fue destruido, pero que desde entonces se habían desviado.

En el año 314, pocos meses después de decretar el fin de las persecuciones contra los cristianos, el emperador Constantino convocó a los obispos de todo el imperio a reunirse en la ciudad de Arlés para resolver, sobre todo, las cuestiones relativas al cisma donatista. Casi todos los presentes procedían de la parte occidental del imperio, aunque había alguna representación de otras regiones. El Concilio no se contentó con discutir la cuestión propuesta, sino que también buscó establecer uniformidad en la celebración de la Pascua. Para ello, en el primero de sus cánones, dirigiéndose a Silvestre, obispo de Roma, el Concilio le pidió que determinara cada año la fecha en que debía celebrarse la Pascua y que la comunicara al resto de la Iglesia.

La decisión de este concilio no fue aceptada universalmente, ya que la Iglesia Oriental había tenido muy poca representación en la asamblea. Varios autores antiguos informan que Constantino decidió intervenir en el asunto. Según Eusebio de Cesarea, la situación antes del Concilio de Nicea era muy similar a la que hemos visto hasta ahora, pues persistían los desacuerdos. Como sabemos, el motivo principal de la convocatoria del Concilio de Nicea fue la controversia arriana, que tenía que ver con la divinidad real y eterna del Hijo de Dios. Después de las discusiones sobre las acciones de Nicea respecto a las enseñanzas de Arrio, que fueron el punto central de las discusiones de ese concilio, Eusebio agrega:

Antes de este tiempo hubo un desorden muy perturbador que afligió a la iglesia por mucho tiempo. Me refiero a las discrepancias respecto a la santísima fiesta de la Resurrección. Mientras unos decían que era necesario seguir la costumbre judía, otros sostenían que lo que debía observarse era el orden propio del tiempo, sin guiarse por la autoridad de quienes de todos modos estaban equivocados y no conocían el evangelio de la gracia.

El resultado fue que en todas partes el pueblo estaba dividido sobre este punto y las sagradas observancias de la fe sufrieron. Debido a la diversidad de opiniones sobre el tiempo en que debía celebrarse una fiesta, que al fin y al cabo era uno solo, mientras unos se mortificaban con ayunos y austeridades, otros estaban ya en tiempo de alegre celebración. Parecía que nadie podía resolver el problema, ya que la polémica continuaba en ambos lados. (Vida de Constantino 3.5; PG 20:1057, 1060)

Según el propio Eusebio, Constantino escribió a las iglesias informándoles de las decisiones de Nicea. Allí dice, entre otras cosas:

En esta asamblea se trató también del día santísimo de la Resurrección, y todos juntos decidieron que esta fiesta debía ser celebrada por todos en todos los lugares en un solo y mismo día... En primer lugar, nos parecía indigno que, en una celebración tan santa, nos adaptáramos a los judíos, que impíamente mancharon sus manos con un pecado enorme. No sigamos de ninguna manera a este detestable pueblo judío, ya que el Señor nos ha conducido por un camino diferente... Además, debemos entender que los desacuerdos respecto a una festividad de tanta importancia son erróneos. Este día que celebra nuestra liberación, es decir, el día santísimo de la Pasión, nos fue dado por nuestro Salvador...

Por lo tanto, es necesario que esto se corrija, para que no tengamos nada en común con los parricidas que mataron al Señor... He tenido cuidado de que en este asunto se siga el juicio de sus eminencias, con la esperanza de que en su sabiduría estarán dispuestos a seguir lo que se hace igualmente en la ciudad de Roma, y en África, Italia, Egipto, España, Galia, Britania, Libia y toda Grecia, así como en las diócesis de Asia y Ponto, y en Cilicia... Porque, por un lado, los desacuerdos con respecto a una cuestión tan sagrada no son apropiados, y, por otro, es mejor que actuemos en completa independencia de toda locura y error [es decir, de aquellos que cometen los judíos]. (Vida de Constantino 3,18-19; PG 20:1073-77)

Asimismo, el historiador Sócrates nos informa que Eusebio de Cesarea, a quien acabamos de mencionar, también escribió una carta informando a las iglesias de esta decisión:

Tengo buenas noticias que compartir con vosotros respecto al consenso sobre el tema más sagrado de la santa fiesta de la Resurrección. Esta dificultad también se resolvió gracias a vuestras oraciones. Ahora bien, todos los hermanos de Oriente, que hasta ahora han celebrado la fiesta según la costumbre judía, se ajustarán a lo que hacen los romanos y a lo que hacemos nosotros, y a lo que todos hemos observado desde el principio con respecto a la celebración de la Resurrección. (Historia Eclesiástica 1.9; PG 67:81-84)

Sin embargo, lo sorprendente es que esta decisión no se encuentra entre los cánones de Nicea. Los testimonios son tantos y tan diversos que no cabe duda de que en aquel concilio se tomaron medidas para unificar la celebración de la Pascua. Sin embargo, no está del todo claro en qué consistieron exactamente estas medidas. Es muy probable, especialmente si tenemos en cuenta el tenor antijudío de la mayoría de estos documentos, así como el hecho de que los judíos fueron acusados repetidamente de celebrar la Pascua antes del equinoccio de primavera, que la decisión fuera simplemente que la celebración de la Pascua tuviera lugar después de ese equinoccio. Por tanto, aunque con cierta sospecha, podemos atribuir al Concilio de Nicea, si no las palabras exactas, al menos la práctica que rápidamente se hizo común de celebrar la resurrección del Señor el primer domingo después de la primera luna después del equinoccio de primavera.

En relación a todo esto, Sócrates, sin decir exactamente en qué consistió la decisión del Concilio de Nicea, sugiere que allí se pretendía buscar una uniformidad que aparentemente nunca había existido:

Los ejemplos que he dado son suficientes para demostrar que, desde la antigüedad, la fiesta de Pascua se celebraba de maneras diferentes en cada región. Por lo tanto, quienes afirman que el Sínodo de Nicea cambió la fecha en que debía celebrarse la Resurrección no saben de qué están hablando. Los obispos allí reunidos trabajaron duro para conseguir que la mayoría aceptara adaptarse a las prácticas mayoritarias. (Historia Eclesiástica 5.22; PG 67:644)

日本橋

## Después de Nicea

A partir de entonces, aunque las polémicas pascuales no fueron tan virulentas como antes, las dificultades no dejaron de surgir. También en el año 341, un sínodo reunido en Antioquía consideró necesario excomulgar a quienes insistían en celebrar la fiesta al mismo tiempo que los judíos. Algún tiempo después, en uno de sus sermones, Juan Crisóstomo continuó atacando a quienes insistían en tales prácticas. Además, en un documento de fecha incierta y atribuido al patriarca Cirilo de Alejandría, la decisión nicena pretendía que el obispo de Alejandría, ciudad que durante siglos había destacado por sus conocimientos astronómicos, fuera el encargado de calcular la fecha correcta de la Pascua cristiana cada año y luego comunicarla al obispo de Roma, quien sería el encargado de hacer circular la fecha en Occidente. Sin embargo, para complicar las cosas, mientras que los alejandrinos calculaban correctamente que el equinoccio de primavera caía el 21 de marzo, en Roma se pensaba que la fecha era el 25 de ese mes. Así, aunque los calendarios romano y alejandrino eran bastante próximos y habitualmente coincidían, durante los años posteriores al Concilio de Nicea hubo ocasiones en que los cálculos alejandrinos diferían de los romanos. En las tres primeras ocasiones (en los años 333, 346 y 349) Alejandría se ajustó al cálculo romano. Sin embargo, Alejandría aparentemente comenzó a insistir en sus propios cálculos, de modo que en las tres ocasiones siguientes —en los años 350, 357 y 360— le correspondió a Roma adaptarse a los cálculos alejandrinos. Más tarde, en los años 387 y 417, cada uno de ellos siguió sus propios cálculos. En los años 444 y 455, las repetidas discrepancias entre los cálculos alejandrinos y romanos dieron lugar a nuevas controversias. La controversia del año 455 provocó una extensa correspondencia entre León, entonces obispo de Roma, algunos otros obispos e incluso el emperador Marciano. Esta correspondencia muestra algo del interés que despertó la cuestión. En una carta escrita en el año 451 y dirigida a un obispo de Sicilia, León le insta:

También creo que es necesario que indagéis cuidadosamente en los círculos donde tengáis información respecto al cómputo del Día de la Resurrección. Encontramos en el cómputo de la tabla de Hipólito [el que siguió en Alejandría] algo que nos preocupa mucho y que debéis discutir con los que conocen tales cálculos, acerca de la fecha en que debe celebrarse la Resurrección del Señor dentro de cuatro años. Sabemos que el próximo Día de la Resurrección del Señor ocurrirá, por la gracia de Dios, el 23 de marzo; el próximo año el 12 de abril; y luego el 4 de abril. Sin embargo, Teófilo, de santa memoria, determinó que el 24 de abril será la fecha del año 451. Esto nos parece contrario a todo lo que determina la

Iglesia. En nuestros ciclos de estas celebraciones, que bien conocéis, el Día de Resurrección de este mes y año está fijado para el 17 de abril. Por lo cual, para que no quede ninguna duda, os ruego que tratéis este tema con las mejores autoridades, para que en el futuro podamos evitar tales errores. (Epístola 88.4; PL 54:929)

En el siglo V, el gran erudito Isidoro de Sevilla explicó las discrepancias que aún persistían de la siguiente manera:

La existencia de diferentes criterios para determinar la fecha de la Pascua da lugar a veces a errores. Los latinos sitúan la luna del primer mes desde tres días antes de las nonas de marzo [tres días antes del día 7] hasta tres días antes de las nonas de abril [tres días antes del día 7]; y si la decimocuarta luna cae en domingo, retrasan la Pascua hasta el domingo siguiente. Los griegos fijan la luna del primer mes desde ocho días antes de los idus de marzo [tres días antes del día 11] hasta el día de las nonas de abril [el día 7]; y si la decimoquinta luna cae en domingo, se celebra en él la fiesta de Pascua. Esta discrepancia entre unos y otros trastorna la regla de Pascua. (Etimologías 6.17.19-20; BAC 433:603).

おはよう

## Las diferencias persisten

La práctica que describe Isidoro significaba que en algunos años, dependiendo de cuándo cayera la primera luna después del equinoccio de primavera, todavía habría diferencias entre las iglesias orientales y occidentales. Sin embargo, esto sólo ocurriría en ciertos años y, por lo tanto, el conflicto fue menos intenso.

Sin embargo, este acuerdo parcial también se complicó cuando, en 1582, el Papa Gregorio XVIII introdujo una reforma al calendario vigente. Hasta entonces, el calendario que se seguía era el establecido por Julio César en el año 46 a.C. Sin embargo, este calendario se basaba en un cálculo erróneo del número de días del año y, por lo tanto, era urgente una corrección. En lo que respecta al Domingo de Pascua, esto significaba que se celebraba más tarde cada año y, por lo tanto, más lejos del equinoccio de primavera. Como el calendario gregoriano era el más cercano a la duración real de un año, rápidamente ganó terreno, primero en Europa y luego en el resto del mundo. Sin embargo, las iglesias ortodoxas no aceptaron el nuevo calendario en lo que respecta a sus festividades religiosas. Y el resultado de esto es que, hasta el día de hoy, las iglesias orientales a menudo celebran la resurrección del Señor en una fecha diferente a la de las iglesias occidentales, es decir, la Iglesia Católica Romana y las iglesias protestantes.

En 1997, el Consejo Mundial de Iglesias propuso una nueva fórmula para calcular la fecha de la celebración de la resurrección basándose en las observaciones astronómicas más precisas. El plan era que esta propuesta se llevara a cabo en el año 2001. Sin embargo, esto nunca se materializó y hasta el día de hoy, los cristianos aún no hemos llegado a un entendimiento sobre la fecha en que debemos celebrar la más importante de todas nuestras festividades religiosas.

おはよう

**ENTRE LA SEMANA Y EL AÑO**



おはよう

## Procesos paralelos

Aunque desde hacía mucho tiempo la Iglesia se reunía cada primer día de la semana para celebrar la resurrección, desde muy temprano la gran fiesta religiosa de los cristianos se convirtió en el Domingo de Resurrección. La antigüedad de la celebración anual es obvia por el hecho mismo de que gran parte de la controversia que acabamos de resumir tenía que ver con la cuestión de si los cristianos debían aceptar o no el calendario judío y la forma en que el pueblo de Israel determinaba la fecha para celebrar la Pascua. Esto es una indicación de que la celebración de la Pascua cristiana, es decir, el Día de la Resurrección del Señor, se remonta a los tiempos en que la mayoría de los cristianos todavía eran de origen judío. Esto ha sido evidente desde los tiempos de la controversia cuartodecimana, en la insistencia de algunos cristianos, particularmente en Asia Menor, en celebrar el Día de la Resurrección el mismo día que la Pascua judía. Esto también es evidente en la reacción de quienes, además de argumentar que la celebración de la resurrección de Jesús debería ser el primer día de la semana, al igual que la resurrección misma, insistieron en que las celebraciones cristianas no podían basarse en las decisiones de los judíos o en su calendario. Por tanto, se puede decir que, al menos en sus orígenes, las controversias en torno a la fecha de la Pascua cristiana fueron también consecuencias del proceso por el cual una comunidad, predominantemente judía en sus orígenes, ganó espacio entre los gentiles hasta tal punto que rápidamente pasó a ser de origen gentil.

Hay un claro paralelismo entre todo esto y los orígenes de la historia del domingo. Aquí no es necesario entrar en detalles sobre estos orígenes y esta historia, que expuse en otro libro, *Una breve historia del domingo*, publicado por CPAD. Sin embargo, conviene resumir algo de esta historia porque lo que al final llegó a ser la Semana Santa fue el resultado de la combinación entre la conmemoración anual de la crucifixión y resurrección de Jesús y la conmemoración semanal de estos mismos acontecimientos.

Todos los datos que tenemos, tanto del Nuevo Testamento como de otros documentos cristianos antiguos, no dejan lugar a dudas de que, desde los inicios mismos de la Iglesia, los cristianos tenían la costumbre de celebrar la resurrección del Señor el primer día de la semana, que era el día en que ocurría. Sin embargo, cabe señalar que para los judíos, el día no comenzaba a medianoche, como ocurre hoy (como sí lo hacía para la mayoría de los gentiles en esa época), sino al atardecer del día anterior. Esto significa que lo que para nosotros hoy es la tarde del séptimo día de la semana, para aquellos primeros cristianos era ya el comienzo del primer día. Cuando un judío aceptaba a Jesucristo, esto no significaba que abandonaría sus antiguas prácticas, especialmente la de guardar el sábado o séptimo día de la semana, que estaba dedicado especialmente al descanso en honor al

Creador, quien también descansaba el séptimo día. Ahora bien, para estos judíos era relativamente fácil, una vez puesto el sol en el séptimo día, celebrar la resurrección de Jesús en lo que para ellos era ya el primer día de la semana. Hasta donde sabemos, entre aquellos primeros cristianos no hubo intentos de suprimir el descanso sabático. Además, hasta que fueron expulsados de las sinagogas, los cristianos continuaron asistiendo a la sinagoga el día de reposo, es decir, después de la puesta del sol, ahora el primer día de la semana, para la fracción del pan, que era la celebración típicamente cristiana.

A medida que aumentó el número de cristianos de origen gentil, surgieron nuevos problemas. La principal de ellas era que muchos de estos cristianos no podían guardar el descanso sabático. A lo largo de los siglos, los judíos han buscado ocupaciones que les permitan este descanso. Ahora bien, entre los nuevos cristianos de origen gentil, había muchos que simplemente no podían tomar un día de descanso por razones religiosas. Tal sería el caso, por ejemplo, de algún esclavo cristiano, que, obviamente, no podría decirle a su amo pagano que no trabajaría ese día. Por esta razón, el descanso sabático se volvió opcional. Sin embargo, luego surgieron polémicas entre quienes aceptaban las nuevas condiciones y quienes insistían en que ese descanso no era obligatorio. La mayoría optó por permitir que quienes desearan guardar el Sabbath como día de descanso lo hicieran siempre y cuando no insistieran en que otros hicieran lo mismo. Al mismo tiempo, por las razones ya expuestas, a medida que la iglesia se hacía cada vez más gentil, también se hizo común la práctica de reunirse no después del anochecer del sábado, sino al amanecer del día siguiente.

En el siglo IV, el emperador Constantino decretó que el primer día de la semana, que los cristianos llaman “el día del Señor” o “domingo” y los paganos llaman “el día del sol”, sería un día de descanso. Esto hizo que fuera mucho más fácil reunirnos para escuchar y estudiar la Palabra y partir el pan, ya no después del atardecer del séptimo día de la semana ni al amanecer del primero, sino ahora en horas más convenientes. Aunque el número de cristianos que guardaban el sábado fue disminuyendo, el séptimo día siempre tuvo especial importancia para ellos, como lo demuestra el hecho de que, en las lenguas derivadas del latín, el séptimo día de la semana todavía se llama “sábado”.

Poco después del decreto de Constantino, comenzaron a surgir regulaciones sobre lo que se podía y no se podía hacer el primer día de la semana. Poco a poco, el descanso sabático, no el culto, que siempre había sido el primer día de la semana, comenzó a practicarse ya no el séptimo día de la semana, sino el primero. Mucho más tarde, sobre todo en las lenguas que no derivaban del latín y que por tanto no llamaban “sábado” al séptimo día de la semana, el primer día pasó a llamarse “sábado”. Así, por ejemplo, hasta el día de hoy, entre algunas personas de habla inglesa, es costumbre llamar al primer día de la semana, el domingo, el Sabbath.

Todo esto demuestra que el proceso que llevó a la celebración de la Pascua, siguiendo, por un lado, el calendario lunar judío y, por otro, el calendario romano, se produjo en paralelo al proceso que llevó a la práctica común de dedicar el primer día de la semana, no sólo al

culto, como se venía haciendo desde el principio, sino también al descanso que anteriormente se venía practicando en el séptimo día.



おはよう

## El calendario semanal

El calendario del judaísmo, del que proceden casi todos los primeros cristianos, giraba en torno al número siete, el número de la perfección. Su elemento principal era la semana de siete días que culminaba en el séptimo, el sabbat o día de descanso. Los cristianos heredaron esta tradición y esta semana. Por eso, al menos durante las primeras generaciones cristianas, se prestó atención al descanso sabático. Sin embargo, para estos mismos cristianos, el día dedicado al culto era el primer día de la semana. La razón principal de tanta importancia en ese día fue la resurrección del Señor el primer día de la semana. Por eso, desde muy temprano, pasó a llamarse “Día del Señor” o domingo, es decir, el día del Dominus o Señor. Además, un poco más adelante, también empezamos a encontrar referencias al primer día de la semana como el primer día de la creación, siguiendo la cronología que aparece en Génesis. Y en tercer lugar, como el primer día de la semana también puede llamarse el octavo de la semana anterior, a este octavo día se le dio rápidamente un simbolismo especial relacionado con la eternidad.

Así, en torno a este primer día de la semana y su capital importancia para la fe cristiana, se establecieron el resto de las observancias semanales. La referencia más antigua que tenemos al respecto la encontramos en la Didaché, en un pasaje en el que se llama a los judíos “hipócritas”, pero que muestra que los cristianos comenzaban a desarrollar un ciclo semanal diferente al judío. La Didaché dice: “Vuestros ayunos no deben ser al mismo tiempo que los de los hipócritas, pues ellos ayunan el segundo y quinto día de la semana, pero vosotros ayunáis el cuarto y el día de la preparación”. (Didajé 8.1; BAC 65:85). El segundo y quinto día de la semana son lo que ahora llamamos lunes y jueves; El cuarto y la preparación son el miércoles y el viernes. Es imposible saber exactamente por qué los cristianos deben ayunar los miércoles; Aunque, en algunos textos posteriores, el miércoles y su ayuno se vinculan a la traición de Judas. Sin embargo, no hay duda de que el ayuno de los viernes era una forma de recordar la crucifixión de Jesús y prepararse así para celebrar su resurrección el domingo.

También hay en la Didaché una estrecha relación entre los ayunos semanales y el bautismo. Inmediatamente antes del pasaje citado, la Didaché presenta la siguiente instrucción: “Pero antes del bautismo, el que bautiza y el que es bautizado, y los demás si son capaces, observen un ayuno; y el que es bautizado, ayune uno o dos días”. (Didajé 7.4; BAC 65:84). La manera en que estos dos pasajes aparecen yuxtapuestos parece indicar que, desde mucho antes, había una preferencia por el bautismo en domingo; una práctica que más tarde llevaría a que el bautismo se celebrara principalmente el Gran Domingo o Día de Resurrección.

日本橋

## De semana a año

Como hemos dicho, a pesar de los estrechos paralelismos entre el desarrollo de la semana y del año cristiano, todo parece indicar que, desde sus primeros pasos, la Iglesia organizó su culto y su vida en torno a la semana y a la celebración de la resurrección del Señor el primer día de la semana. Pero al mismo tiempo, en parte porque la mayoría de los cristianos todavía eran de origen judío, para quienes la Pascua era una ocasión especial, y en parte simplemente porque parecía natural conmemorar cada año los acontecimientos que habían ocurrido en Jerusalén alrededor de la última Pascua de Jesús, se empezó a dar especial importancia a esta semana en particular, que llegó a ser conocida, entre otras cosas, como la "Gran Semana". Es importante recordar esto para comprender la estrecha relación que existe entre el ciclo semanal, que gira en torno a cada domingo, y el ciclo anual, que gira en torno al gran Domingo de Pascua. Al mismo tiempo, esto significa que, hasta cierto punto, cada domingo era siempre una especie de pequeño Día de Resurrección, de modo que todos eran una anticipación del gran Domingo de Resurrección, así como del último "Día del Señor" de aquella eternidad al que nos referimos antes como el octavo día de la semana.

日本橋

## EL CICLO PASCAL

Así como la celebración semanal dio lugar a un ciclo en el que había días de ayuno y días de celebración, lo mismo ocurrió también con la celebración anual que hoy llamamos Semana Santa. Varios días de esa misma semana llegaron a tener significados específicos, principalmente en imitación de lo que se hacía cada semana, pero este es un tema al que volveremos más adelante. Pero además, como el Domingo de Pascua era la principal fiesta cristiana anual, se creó en torno a él todo un ciclo de celebraciones que se parecía mucho al ciclo semanal normal, pero que se extendía durante varios días y semanas.

日本橋

## **Pentecostés**

Entre las fechas que observaban los primeros cristianos estaba Pentecostés. Era una antigua fiesta judía cuyo propósito inicial era concluir la cosecha con una gran fiesta en la que se sacrificaba parte de la propia cosecha. El nombre “Pentecostés” no aparece en el Antiguo Testamento, ya que en realidad es una palabra griega derivada del número 50. Se le dio este nombre en griego porque la fiesta de Pentecostés ocurría 50 días después del 15 de Nisán, que era la solemne Fiesta de los Panes sin Levadura. Esta celebración fue prescrita por la Ley:

Contaréis desde el día siguiente al día de reposo, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida; Serán siete semanas enteras.

Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis una ofrenda nueva al SEÑOR. (Levítico 23.15,16)

En el Antiguo Testamento, esta fiesta tiene varios nombres. La más común es la “Fiesta de las Semanas”, como se ve en el Deuteronomio, que también resalta la alegría que debe caracterizar a esta fiesta que celebra la cosecha de los cultivos y la reproducción de los animales:

Siete semanas contaréis; Desde el momento en que la hoz comience a herir el campo, comenzarás a contar las siete semanas. Entonces celebraréis la fiesta de las Semanas a Jehová vuestro Dios; Todo lo que dieres será una ofrenda voluntaria de tu mano, según el SEÑOR tu Dios te haya bendecido. Y te alegrarás delante de Jehová tu Dios, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita que está en tus ciudades, el extranjero, el huérfano y la viuda que están en medio de ti, en el lugar que Jehová tu Dios escogiere para poner allí su nombre. (Deuteronomio 16:9-12)

En Éxodo 23:16, se le llama “Fiesta de la Cosecha”, y algunos eruditos sugieren que este es el nombre más antiguo para esta celebración. Y en Números 28:26, también se le llama “el día de las primicias”. Por lo tanto, no hay duda de que se trataba de una antigua fiesta que celebraba los productos de la tierra.

Más tarde, después de la destrucción del Templo, esta fiesta pasó a ser entendida como una celebración de la entrega de la Ley en el Sinaí. Los documentos judíos más antiguos que afirman que Pentecostés es el día en que se dio la Ley datan sólo de la segunda mitad del siglo III. Por tanto, es posible que el modo en que los judíos dieron este nuevo significado a la fiesta de Pentecostés sea, en cierta medida, un reflejo del modo en que los cristianos la entendieron, como el día del don del Espíritu Santo.

Para la iglesia antigua, el día de Pentecostés siempre tuvo una importancia capital, porque era en este día que el Espíritu Santo se derramaba sobre los seguidores de Jesús reunidos en Jerusalén. Además, los cristianos de origen judío siguieron dando una importancia específica a esta fecha, como se ve en 1 Corintios, donde el apóstol dice: “Pero yo permaneceré en Éfeso hasta Pentecostés” (1 Co 16,8). Sin embargo, vale la pena señalar aquí que Pablo parece estar refiriéndose a la fiesta judía tradicional y no la relaciona explícitamente con el don del Espíritu Santo.

Naturalmente, como la fiesta de Pentecostés depende de las fechas de la crucifixión y de la resurrección, los desacuerdos respecto a esta última fecha también tuvieron repercusiones en los desacuerdos respecto a Pentecostés mismo. Una vez que se decidió que la resurrección del Señor se celebraría siempre en domingo, esto implicó inmediatamente que el día de Pentecostés también caería siempre en domingo. Sin embargo, al mismo tiempo, los desacuerdos sobre la fecha de la Resurrección misma repercutieron en desacuerdos sobre la fecha de Pentecostés. Además, aparentemente durante algún tiempo y al menos en algunos círculos, se dio el nombre de “Pentecostés” a los 50 días inmediatamente posteriores a la Resurrección, que eran días festivos en celebración de la gran victoria de Jesucristo. Por tanto, así como después del ayuno del viernes venía la gran fiesta del domingo, ahora también, después del luto del Viernes Santo y como consecuencia de lo sucedido el Domingo de Pascua, se rompía el ayuno con un período de regocijo y celebración.

Aunque vemos en el libro de los Hechos que los primeros conversos al cristianismo fueron bautizados casi inmediatamente, a medida que la iglesia ganaba fuerza entre los gentiles, era necesario reservar un tiempo de preparación antes de bautizar a estas personas que no sabían nada de las tradiciones de Israel y su fe. Volveremos a este tema más adelante, cuando tratemos, por una parte, de la preparación al bautismo y, por otra, de la celebración misma del bautismo. Ahora bien, lo que es importante que notemos es que, aunque la fecha preferida para el bautismo era el Domingo de Pascua, pronto comenzó la práctica de bautizar en Pentecostés a aquellas personas que estaban listas para ser bautizadas pero

que, por alguna razón, no podían ser bautizadas el Domingo de Pascua. El testimonio más antiguo que tenemos sobre estos hechos proviene del escrito de Tertuliano, quien, en la parte final de su tratado Sobre el Bautismo, dice:

[...] El día de Pascua es el momento más solemne para el bautismo, ya que en ese día se consumó la pasión del Señor, en el que somos bautizados... En segundo lugar, Pentecostés, día de gran alegría, ofrece también una oportunidad para el bautismo, ya que en ese día se comprobó la Resurrección del Señor entre los discípulos y se dio la gracia del Espíritu Santo, que sostiene la esperanza del regreso del Señor. (Sobre el Bautismo 19; PL 1:1331)

Todo el período entre Pascua y Pentecostés fue un tiempo de victoria y regocijo. Muestra de esto a lo que ya hemos hecho referencia es que, si bien en otras ocasiones se acostumbraba a orar de rodillas, en los momentos de alegría y de victoria la oración se hacía de pie, es decir, ya no como penitentes o humildes peticionarios, sino como hijos e hijas adoptivos del Gran Rey.

Esto ocurría todos los domingos, pues eran celebraciones de la Resurrección del Señor, así como durante todos los días entre el Domingo de Resurrección y Pentecostés, de lo que el mismo Tertuliano da testimonio cuando declara que «en el día del Señor [domingo] no permitimos ni el ayuno ni la adoración de rodillas. Y gozamos del mismo privilegio desde el día de Pascua hasta Pentecostés, y así nos alegramos» (Sobre la Corona 3; PL 2:79-80). Esto parece estar relacionado con una afirmación de las Constituciones Apostólicas, un escrito del siglo IV, aparentemente escrito en Siria, que tiene a Dysdocalia (a la que nos referiremos más adelante) como una de sus fuentes. En una extensa sección dedicada al bautismo y a la unción que en él reside, las Constituciones dicen:

Después de esto, los que hayan sido bautizados se pongan de pie y oren la oración que el Señor nos enseñó. Es necesario orar de pie, porque quien ha resucitado está de pie. Por tanto, es necesario que el que murió con Cristo y resucitó con él también permanezca en pie. (Constituciones Apostólicas, 7.44; ANF 7:477)

En resumen, así como todo el día de domingo, una vez que se celebraba la resurrección del Señor, era un día de alegría y, por tanto, inapropiado para ayunar o arrodillarse ante Dios, así también todo el período desde Pascua hasta Pentecostés fue un tiempo de alegría y

celebración de la victoria de Jesucristo sobre la muerte. Y, como cada domingo del año, durante esos 50 días, los creyentes no ayunaron ni se arrodillaron. Esto fue reiterado en el Concilio de Nicea en su vigésimo canon:

Puesto que algunos se arrodillan el día del Señor y en los días de Pentecostés, para que todo se haga uniformemente en todas las iglesias, pareció bien a este Santo Concilio que la oración a Dios se haga de pie. (Mansi 2:677)



日本橋

## Cuaresma

Si los días inmediatamente posteriores al Domingo de Pascua expresaban la alegría de esta resurrección que la Iglesia celebraba cada domingo, los días anteriores a esta gran fiesta también venían a expresar el dolor que llevaba a la Iglesia a ayunar los viernes, y eran tiempos de recogimiento, ayuno y disciplina. Por tanto, se puede decir que, mientras que la alegría del último día de la Semana Santa se extendía hasta Pentecostés, el luto y la compunción de cada viernes se extendían ahora a lo que pasó a llamarse Cuaresma, nombre derivado del número 40 por los días que duraba.

Pero la Cuaresma también tuvo otro origen. Como ya hemos destacado, cuando la iglesia creció entre los gentiles, se hizo necesario establecer un período de preparación para el bautismo. Aquellos gentiles que hasta hace poco no tenían conocimiento del Dios de Israel ni de sus exigencias morales, ahora, antes de ser bautizados, tenían que ser instruidos en todas estas cosas, así como aprender a ajustar sus vidas y costumbres antes de ser añadidos a la iglesia por medio del bautismo. Como la palabra catequesis en griego significa enseñanza, este era el nombre que se daba a la enseñanza que se transmitía a dichos candidatos al bautismo, y a los que eran enseñados se les daba el nombre de “catecúmenos”, mientras que el proceso en sí se llamaba “catecumenado” o “catequesis”. (De donde deriva la palabra “catecismo”).

Para entender todo esto es necesario recordar que en la Iglesia antigua no era posible tener lo que hoy llamamos “servicios de evangelización”. Lo más parecido a esto en los documentos disponibles es la predicación de Pablo, quien al llegar a cualquier ciudad, participaba del culto en la sinagoga y anunciaba que en Jesucristo se cumplían las promesas una vez hechas a Israel. Esto se puede ver en el primer sermón de Pablo en una sinagoga relatado en los Hechos. Pablo llega a la ciudad de Antioquía de Pisidia y, en la sinagoga, se dirige inmediatamente a los: “[...] israelitas y a los que temen a Dios”, o, como dice más adelante, a los “hijos de la estirpe de Abraham y a los que entre vosotros temen a Dios” (Hch 13,16.26). En otras palabras, Pablo se dirige tanto a aquellos que están en la sinagoga porque son judíos como a aquellos que “temen a Dios” que, aunque no son judíos, están en la sinagoga porque creen en el Dios de Israel. El resultado de este y otros episodios similares es que una buena parte de estas personas temerosas de Dios aceptan la predicación de Pablo, mientras que aquellos de ascendencia judía la rechazan.

Esta situación cambió cuando los cristianos fueron expulsados de la sinagoga, al mismo tiempo que las autoridades romanas los perseguían. En tales circunstancias, nadie asistiría a las reuniones cristianas a menos que ya hubiera decidido, o al menos casi decidido, aceptar su fe. Por tanto, la evangelización no se producía en el culto, sino principalmente en

las conversaciones en los hogares, en las plazas del mercado, en los foros públicos y otros lugares similares. El culto cristiano, que siempre se había centrado en la fracción del pan o Cena del Señor, adquirió una dimensión más didáctica que antes. Ahora era necesario enseñar a los candidatos al bautismo no sólo el mensaje de Jesucristo como cumplimiento de las promesas hechas a Abraham y a sus descendientes, sino también explicar quién era este Abraham y, por supuesto, la fe en un solo Dios, lo que este Dios requiere de su pueblo, cómo Dios se manifiesta en las Escrituras de Israel y cómo todo esto apunta a Jesucristo.

Por eso el antiguo culto cristiano llegó a incluir dos partes: la primera era el “servicio de la Palabra”, y la segunda, el “servicio de la Mesa”. No podemos detallarlos aquí, pero basta decir que sólo los creyentes bautizados podían participar en el servicio de la Mesa, mientras que el servicio de la Palabra incluía una buena medida de instrucción tanto para los ya bautizados como para los que eran candidatos al bautismo. (Recordemos que en aquel tiempo había relativamente pocas personas que supieran leer, y menos aún las que pudieran tener un ejemplar de la Biblia en sus casas. Por lo tanto, el servicio de la Palabra era la única ocasión en la que la mayoría de los creyentes podían oír la lectura e interpretación de la Biblia.) El servicio de la Palabra también ocupaba un lugar importante en el proceso del catecumenado. Este proceso apuntaba al bautismo de los catecúmenos, que normalmente tendría lugar el Domingo de Pascua o, si esa fecha no fuera posible, el de Pentecostés.

Cuando, después de asistir al servicio de la Palabra durante algún tiempo, un “oyente”, lo que hoy llamaríamos un “simpatizante”, decidía unirse a la Iglesia, informaba al obispo (lo que hoy llamaríamos el “pastor”) quien, después de considerar su petición, lo añadía oficialmente a la lista de “catecúmenos”, que incluía una serie de ritos que resaltaban la importancia de esta decisión. Para estas personas había entonces todo un programa de enseñanza y práctica de la vida cristiana. Por lo general, este programa llevaba al menos dos años. Al acercarse el final de este período, considerándose que el catecúmeno estaba listo para ser bautizado, se le incluía en la lista de “competentes”. Luego, el obispo era directamente responsable de instruirlos durante un período previo a la Pascua o Pentecostés, cuando serían bautizados.

A medida que se acercaba la fecha de su bautismo, estos candidatos o candidatas al bautismo se preparaban para la ocasión mediante el ayuno. Esto se ve en el pasaje de la Didaché que citamos antes: “Pero antes del bautismo, el que bautiza y el que es bautizado, y los demás si son capaces, observen un ayuno; y el que es bautizado, ayune uno o dos días”. (Didajé 7.4; BAC 65:84). La misma instrucción se encuentra unas décadas más tarde en la Apología I de Justino:

A todos los que están convencidos y creen que estas cosas que enseñamos y decimos son verdaderas y prometemos que podrán vivir conforme a ellas, se les instruye, en primer

lugar, a orar con ayuno y pedir perdón a Dios por sus pecados cometidos anteriormente, y oramos y ayunamos junto con ellos. (Apología I 61; BAC 116:250)

De estos textos se puede inferir en primer lugar que desde un período relativamente temprano era costumbre prepararse para el bautismo mediante el ayuno y que al menos algunos miembros de la Iglesia ayunaban en solidaridad con los candidatos al bautismo. Sin embargo, aunque esta costumbre estaba muy extendida, no había uniformidad en cuanto a su práctica. Esto se puede ver en el pasaje de Ireneo ya citado, que resaltaba la diversidad de costumbres en relación al ayuno, que merece ser citado nuevamente en este contexto:

La discusión no se centra sólo en el día, sino también en la forma misma del ayuno. Algunos, de hecho, piensan que deberían ayunar sólo un día; otros, dos; otros, aún más; Algunos cuentan cuarenta horas de día y noche como un día.

Tal diversidad de observancias no se presentaba ahora, en nuestros días; pero hace mucho tiempo, bajo nuestros predecesores, quienes, sin preocuparse tal vez por la exactitud, preservaron esta costumbre en su sencillez y con características particulares, y la transmitieron a la posteridad. Todos ellos mantienen la paz entre ellos, y nosotros también mantenemos la paz entre nosotros. La diferencia entre los ayunos confirma el acuerdo respecto a la fe. (Citado por Eusebio, Historia Eclesiástica 5.24.12-13; BAC 349:334-35)

La diversidad a la que se refiere Ireneo continuó al menos hasta principios del siglo IV. Poco después de Ireneo, Tertuliano, quien decidió hacerse montanista y separarse del resto de la iglesia, llamó a los miembros de esa iglesia “físicos” y los criticó porque, mientras los montanistas tenían dos semanas de ayuno al año, los “físicos” solo ayunaban los viernes y sábados: días en los que, como había dicho Jesús, “el novio está ausente”. Al parecer las dos semanas que ayunaban los montanistas incluían la semana anterior al Domingo de Pascua. Los días de ayuno de los “físicos” probablemente se referían al ayuno semanal en preparación para el domingo y, por supuesto, también al ayuno antes de las celebraciones del Domingo de Resurrección.

Poco después de Tertuliano, un autor anónimo, aparentemente en Siria, compuso el documento llamado Didascalia o Enseñanzas de los Doce Apóstoles. Este escrito sirvió de fuente a las Constituciones, que ya hemos mencionado aquí, y existe en varias ediciones, que no siempre coinciden en lo que aquí nos interesa. Uno de ellos afirma que “los apóstoles indicaron un ayuno de 40 días antes de la pasión del Salvador y, después de la pasión, hasta el día de la resurrección”. Si este texto es original, sería una de las referencias

más antiguas que tenemos al ayuno de 40 días antes de Pascua. Sin embargo, otra versión, posiblemente más antigua, simplemente decía:

Ayuno en los días de Pascua, a partir del día diez [aparentemente el 10 de Nisán], que es el segundo día de la semana [lunes]. Hasta el quinto día de la semana, todos los días a la hora novena, comed pan, agua y sal. Pero el viernes y el sábado ayunaréis absolutamente... hasta la tercera hora del sábado por la noche, cuando romperéis vuestro ayuno (Didascalia apostolorum 21.18; traducción al inglés del texto siríaco: R. H. Connolly [Oxford: Clarendon, 1929]. Todas las citas de la Didascalia se toman de esta fuente.)

En el siglo IV encontramos evidencia clara de que el período de ayuno en preparación para la Pascua de Resurrección debía durar 40 días. Es de estos 40 días [en latín, *quadregesima*] que se origina nuestra palabra “Cuaresma”. Por lo tanto, aunque podemos hablar de un tiempo penitencial de preparación al Domingo de Pascua antes del siglo IV, el nombre “Cuaresma” no le corresponde estrictamente. Sin referirse directamente al ayuno, el quinto canon del Concilio de Nicea determina que, para tratar la cuestión de los caídos en tiempos de persecución, se deben celebrar dos sínodos anuales, y que el primero de ellos debe tener lugar “antes de la Cuaresma [en griego: *pro testessarákostes*; en latín: *ante dies quadregesimae*], de tal manera que se olvide todo resentimiento y sea posible presentar a Dios una ofrenda pura” (Mansi 2,687).

Aunque desde entonces se ha hablado repetidamente de un período de 40 días, desde hace tiempo hay desacuerdos tanto en la forma de contar estos días como en las observancias que entonces deben respetarse, en particular el ayuno. A finales del siglo IV, la peregrina Egeria sugiere que, en Jerusalén, el período especial de preparación para el Domingo de Pascua duraba ocho semanas, todas ellas tiempos de ayuno, excepto los sábados y domingos, por ser días festivos. Pues bien, en una de sus homilías, Juan Crisóstomo anuncia que ha llegado el fin de la Cuaresma y ha comenzado la Gran Semana —al parecer, en Antioquía, donde Crisóstomo estaba predicando en esa ocasión—. La Cuaresma no incluía la Semana Santa. Esta diversidad y muchas otras se pueden ver en el testimonio del historiador Sócrates:

Los ayunos antes del Domingo de Pascua ocurren de diferentes maneras en distintos lugares. En Roma la gente ayuna durante tres semanas, pero no los sábados ni los domingos. En Ilírico y en toda Grecia y Alejandría, el ayuno dura seis semanas, y lo llaman “los cuarenta días”. Otros comienzan el ayuno en la séptima semana antes de la

Resurrección y lo llaman los cuarenta días de ayuno... Es sorprendente cómo, aunque hay tanta diferencia de días, todos le dan el mismo nombre. Lo cierto es que cada uno lo explica a su manera, según sus gustos. También existe una diferencia con respecto a la abstinencia de alimentos similar a la que existe con respecto al número de días. Algunos se abstienen de todos los animales, mientras que otros comen pescado, y otros, además de pescado, comen aves de corral. (Sócrates, Historia Eclesiástica 5.22; PG 67:633)

Los textos que prueban esta diversidad y la confusión que existía respecto a la Cuaresma son numerosos, y no hay motivo para citarlos todos. Lo que está claro es que, a finales del siglo IV y, sobre todo, en el siglo V, hubo un esfuerzo por buscar la uniformidad con respecto a la Cuaresma. Naturalmente, la uniformidad era inalcanzable, ya que no había acuerdo sobre la fecha de la Pascua de Resurrección. Pero pronto surgió la idea de que la práctica de ayunar durante 40 días antes de Pascua tenía un origen apostólico. En una carta dirigida a su discípula y colega Marcela refutando a los montanistas, Jerónimo afirma que “nosotros ayunamos sólo una Cuaresma [quadragesima], según la tradición de los apóstoles, en la que todo el mundo está de acuerdo” (Jerónimo, Epístola 41; BAC 219:302). Su amigo Rufino parece haber estado convencido de que la Cuaresma o la observancia de los 40 días era de origen apostólico, pues al traducir el pasaje de Ireneo que citamos antes sobre las “40 horas”, dijo “40 días”.

En el siglo V, León Magno expresó en uno de sus sermones lo que, en aquel tiempo, era la opinión común sobre el significado e importancia de la Cuaresma y su origen divino. Leo dice:

Aunque no hay época del año en que no estén reservados los favores divinos y se nos permita en cualquier momento acercarnos al perdón de Dios, es sin embargo conveniente que todas las almas se dispongan ahora al enriquecimiento espiritual con mayor diligencia y se animen con mayor confianza. La proximidad del día en que fuimos redimidos nos invita a las prácticas de piedad para celebrar así con pureza de alma y de cuerpo el misterio sobre todo excelso de la pasión del Señor. Verdaderamente, un misterio tan grande merece una devoción continua y perpetua, para que permanezcamos siempre en la presencia de Dios, como es justo que nos encontremos en el día de Pascua. Pero pocos tienen esta virtud, porque, por una parte, la observancia más austera se ve mitigada por la debilidad de la carne, y, por otra, las muchas ocupaciones de la vida presente requieren nuestra atención. Y así hasta los corazones más fervientes quedan manchados con el polvo del mundo. Por eso, Dios proveyó esta saludable institución [la Cuaresma] para que recuperáramos la pureza de nuestras almas mediante la práctica de estos cuarenta días, durante los cuales las obras piadosas redimen los pecados de tiempos pasados y los ayunos santos los destruyen. (León, Sermones sobre la Cuaresma 4.1; BAC 291:177-78)

En resumen, así como después del Domingo de Pascua se añadió un período de alegría que reflejaba y amplificaba la alegría de cada domingo, así también antes de la Semana Santa se añadió un período de austeridad y arrepentimiento que era paralelo a las prácticas de cada viernes. Así, el gran ciclo de Pascua bien puede verse como una extensión de las observancias y prácticas de la semana cristiana.

Así, la Gran Semana dio origen a todo un ciclo que se inicia con la Cuaresma, conduce a la cruz y al sepulcro vacío, y de allí continúa hasta la Ascensión y Pentecostés. Mucho más tarde, cuando se fijó la fecha de Navidad en el 24 de diciembre, el año cristiano pasó a girar en torno a dos focos: la Navidad, con fecha fija, y la Pascua, la resurrección, con fecha variable. La celebración navideña tiene una fecha fija en parte porque se determina en función del calendario solar romano. Y el enfoque en torno a la Semana Santa tiene fechas cambiantes en parte porque surgió de ajustes al calendario lunar hebreo. Hasta el día de hoy, con algunas variaciones, la mayoría de los cristianos siguen este ciclo que gira en torno a estos dos enfoques.

おはよう

Segunda Parte

*As Práticas  
da Semana Santa*



日本経済

## LOS PRIMEROS DÍAS DE LA SEMANA



日本

## **Domingo de Ramos y la entrega del “Símbolo”**

Aunque hoy en día es común llamar al primer domingo de Semana Santa “Domingo de Ramos”, este día tenía otros nombres en la antigüedad, siendo los más comunes “último domingo de Cuaresma” y “primer domingo de Pasión”.

Cualquiera que sea el nombre que se le haya dado, lo que rápidamente se volvió típico de este día, más que las palmas o las ramas, fue lo que llegó a conocerse como “el regreso del Símbolo”. Aquí la palabra “símbolo” no se utiliza en el sentido que le damos hoy, sino más bien como signo o marca de reconocimiento, algo así como un código con el que se reconocen los miembros de un grupo. Originalmente, la palabra “símbolo” deriva de un verbo que significa unir o comparar. Aparentemente esto se refiere a algo que se hacía en tiempos antiguos para reconocer a los mensajeros legítimos y distinguirlos de los ilegítimos. Supongamos, por ejemplo, que dos generales van a tomar rutas diferentes y quieren mantenerse en contacto a través de mensajeros. Pero al mismo tiempo existe el peligro de que el enemigo envíe un falso mensajero para confundir los planes y la coordinación entre los dos generales. Para evitar esto, antes de separarse, los dos generales toman un trozo de barro cocido y lo parten por la mitad para que cada uno reciba una parte. Cuando uno de ellos quiere enviar un mensajero, entrega su trozo de barro para ser presentado al otro general. A la llegada del mensajero, si las dos piezas encajan perfectamente, el mensajero es legítimo. De lo contrario, es un espía o un falso mensajero.

Por tanto, entre los cristianos, el “símbolo” era el modo en que los verdaderos creyentes podían reconocerse y, al mismo tiempo, rechazar cualquier doctrina inaceptable. Este “símbolo” era, pues, el Credo. Cada iglesia en particular, o al menos cada región, aparentemente había tenido su propia versión del Credo. Pero con ligeras variaciones, sus puntos principales eran lo suficientemente similares como para que los cristianos pudieran reconocerse entre sí y rechazar a cualquiera que viniera con errores. La versión más común en toda la iglesia occidental es la que eventualmente se convirtió en lo que ahora llamamos el Credo de los Apóstoles. Hay varios indicios de ello en varios escritores cristianos antiguos, de los cuales posiblemente el más antiguo sea el de Justino, de cuyos escritos podemos extraer varias frases que nos recuerdan inmediatamente al Credo de los Apóstoles. En relación al Credo actual, las palabras más cercanas parecen ser las de Ireneo en un pasaje donde afirma que los “bárbaros”, es decir, los celtas entre los que trabajaba Ireneo, aunque no tenían la Palabra escrita,

[...] sin papel ni tinta, llevan la salvación, escrita en sus corazones por el Espíritu, custodian escrupulosamente la antigua tradición, creen en un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra y de todo lo que en ellos hay, y en Jesucristo, Hijo de Dios, que, por su inmensa caridad hacia los hombres, obra por él modelada, se sometió a la concepción de la Virgen para unir al hombre a Dios por medio de Ella; Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, resucitó, ascendió a la gloria, y en gloria vendrá como Salvador de los que serán salvos y Juez de los que serán juzgados, y enviará al fuego eterno a los que distorsionan la verdad y a los que desprecian a su Padre y su venida. (Contra las herejías 3.4.2; GAF 5:298)

Aunque estas palabras suenan muy parecidas a parte del Credo de los Apóstoles, conviene hacer una advertencia respecto a ellas. Lo que tenemos es una traducción de Rufino del griego al latín. En varias de sus traducciones, Rufino se esfuerza por presentar las obras que traduce de tal manera que concuerden con lo que se hacía en la época de Rufino. En algunos casos, él mismo afirma haber realizado tales adaptaciones. Por lo tanto, siempre existe la posibilidad de que Rufino adaptara las palabras de Ireneo, haciéndolas así más cercanas al Credo de los Apóstoles.

Las citas de Tertuliano son más fiables, ya que presenta al menos cuatro versiones similares pero diferentes de lo que él llama la “regla de la fe” y que se parecen mucho al Credo actual. Así pues, aparentemente, lo importante no eran las palabras en sí, sino la fe y las doctrinas que implicaban. Es por esto que se pueden emplear diferentes credos en diferentes regiones.

El texto más antiguo en el que encontramos una fórmula que es sin duda la raíz del Credo de los Apóstoles es la Tradición Apostólica de Hipólito. No es necesario mencionarlo aquí, ya que lo trataremos en detalle más adelante, refiriéndonos también al texto del Credo que allí aparece.

Aunque había variedad de fórmulas mediante las cuales los cristianos se reconocían entre sí, todas tenían una estructura trinitaria, con una cláusula dedicada al Padre, otra al Hijo y otra al Espíritu Santo. Esto se debía a que el Credo o símbolo se utilizaba en el bautismo como una forma de afirmar que uno creía en lo mismo que el resto de la iglesia. Por tanto, así como el bautismo era en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, el credo que se debía afirmar en esa ocasión afirmaba la fe en las tres personas divinas.

Más adelante, al tratar el Domingo de Pascua, diremos mucho más sobre el bautismo, ya que era en esta fecha cuando se bautizaban la mayoría de los neófitos. Por ahora nos interesa la costumbre de enseñar el Credo, lo que se llamaba “entrega del Símbolo” o traditio symboli, durante los últimos días antes del primer domingo de Semana Santa. Como se trataba de un credo o “símbolo” que debía servir como medio de reconocimiento entre los verdaderos miembros de la comunidad, su contenido exacto era secreto, por lo que no tenemos documentos antiguos que revelen todo el proceso o contenido de la

entrega del Credo. Esto no quiere decir que lo enseñado en este proceso fuera una sorpresa para los candidatos al bautismo, pues, como el proceso de catecumenado duraba años, seguramente habrían escuchado repetidamente cada una de las declaraciones incluidas en el Credo. El secreto, al parecer, no estaba exactamente en lo que se decía, mucho de lo cual cualquier pagano podía saber fácilmente, sino más bien en las palabras mismas, en su orden y en sus afirmaciones específicas. Por esta razón, hay pocos escritos que contengan alguno de los textos de credo que se usaban en los primeros siglos.

El texto más antiguo que tenemos como testimonio del uso del Credo en el culto se encuentra en la Tradición Apostólica de Hipólito. Este escrito data de principios del siglo III; Sin embargo, como Hipólito era un personaje conservador que escribía en protesta contra los cambios que se estaban introduciendo en la iglesia, es muy probable que los ritos que describe ya se hubieran celebrado mucho antes.

En sus instrucciones para la administración del bautismo, que debe tener lugar inmediatamente antes de la celebración del Domingo de Pascua, Hipólito establece que los candidatos al bautismo ya estarán en el agua, como veremos más adelante, completamente desnudos, y que el presbítero u obispo [las versiones antiguas difieren al respecto], poniendo su mano sobre la cabeza del que se bautiza, preguntará:

¿Crees en Dios Padre Todopoderoso?

A esto el que se bautiza debe responder: "Sí, creo". Siempre con la mano sobre la cabeza del bautizado, el bautizador lo sumergirá una vez.

Entonces te preguntará:

¿Crees en Jesucristo, el Hijo de Dios, que nació del Espíritu Santo y de María Virgen, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y muerto y sepultado, y al tercer día resucitó de entre los muertos, y subió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos?

A esto el que se bautiza debe responder: "Sí, creo".

Siempre con la mano sobre la cabeza del bautizado, el bautizador lo sumergirá una segunda vez.

Entonces te preguntará:

¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia y en la resurrección de la carne?

A esto el que se bautiza debe responder: "Sí, creo". Siempre con la mano sobre la cabeza del bautizado, el bautizador lo sumergirá por tercera vez. (Tradición Apostólica 21; el texto

utilizado aquí y en todas las citas de la Tradición Apostólica de Hipólito es el publicado por Gregorio Dix en 1937, con el texto en griego y latín y traducido al inglés.)

Como podéis ver, esto es esencialmente lo mismo que lo que ahora se llama el Credo de los Apóstoles, excepto que algunas de las últimas frases que se recitan hoy en día aún no habían sido añadidas.

Todavía existe debate sobre si el Símbolo, en sus orígenes, se presentó siempre en forma interrogativa, como ocurre en el escrito de Hipólito que hemos citado. Un documento que lo presentaba afirmativamente sólo apareció más de 100 años después. Sin embargo, si el Símbolo fue utilizado como una forma de reconocimiento, es lógico pensar que, ya desde el momento del bautismo, se presentaba no como una serie de preguntas, sino más bien como una afirmación de fe. En el año 340, cuando fue acusado de herejía, el obispo de Ankara en Capadocia, Marcelo, escribió al obispo de Roma, Julio I, afirmando su ortodoxia. Como parte de esta defensa y declaración de fe, Marcelo incluye un texto muy similar al de Hipólito, pero con dos pequeñas diferencias: la primera cláusula no incluye la palabra “Padre” y dice “Creo en Dios Todopoderoso”; y, al final, se añade la frase “vida eterna”. El hecho de que Marcelo pusiera por escrito las palabras del Símbolo demuestra que su carácter secreto estaba desapareciendo; Además, no debemos olvidar que, unos años antes, Constantino había decretado el fin de las persecuciones.

Asociada a la entrega del Símbolo estaba también su “devolución”, la *reditio symboli*, en la que el candidato repetía lo que había aprendido. Al parecer en algunas ocasiones esto ocurría el primer Domingo de Semana Santa, lo que hoy llamamos Domingo de Ramos, y en otras se reservaba para un momento más cercano al bautismo mismo. Aunque no es posible saberlo con seguridad, la mayoría de los estudiosos creen que la costumbre de dar y devolver el Símbolo surgió por primera vez en Roma a finales del siglo II o principios del III, y se extendió por toda la Iglesia a partir de ese momento.

Sin embargo, es necesario aclarar que, si bien hasta ahora nos hemos referido casi exclusivamente a los orígenes de lo que hoy llamamos Credo de los Apóstoles, originalmente éste fue uno de varios credos que se utilizaban en diferentes iglesias y regiones. Después del Concilio de Nicea en 325, el credo más comúnmente usado en todas las iglesias, tanto de habla latina como de habla griega, fue el de Nicea. Así, de ahora en adelante la mayoría de las referencias que haremos a la entrega y devolución del credo serán al de Nicea, y no al comúnmente llamado “Apostólico”. Para complicar las cosas, lo que ahora llamamos el Credo de Nicea no es exactamente el mismo que se promulgó en ese concilio, ya que incluye varias adiciones posteriores. El Credo de Nicea, al que nos referiremos aquí, decía originalmente:

Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador de todo lo visible y lo invisible.

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, engendrado del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, increado, de la misma sustancia del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, que por los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó, haciéndose hombre, padeció y resucitó al tercer día, subió al cielo y volverá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Y en el Espíritu Santo.

A partir del siglo IV, este credo, con las variantes que hemos mencionado, será el más utilizado en toda la Iglesia. A él se refieren los testimonios cada vez más abundantes sobre la entrega del Símbolo. Además, estos testimonios no siempre implican que la entrega del símbolo tendría lugar el último domingo de Cuaresma o el primero de Semana Santa. En el año 347 ó 348, Cirilo de Jerusalén, al que volveremos a referirnos más adelante, dio una serie de conferencias catequéticas para preparar a los candidatos al bautismo. A partir de la lección número 6, Cirilo expone el Credo y continúa esta exposición hasta la lección 18. Como veremos más adelante, aparentemente la lección número 18 fue dada el Viernes Santo. Esto demuestra que los catecúmenos sólo devolvían el Credo al final de la Semana Santa, posiblemente cuando eran bautizados. Por otra parte, el domingo de Pascua del año 385, Ambrosio, obispo de Milán, escribió a su hermana Marcelina contándole sus aventuras y sus conflictos con las autoridades que le exigían que entregara una iglesia al partido arriano. En este relato dice: “Al día siguiente, que era domingo, después de las lecturas del sermón, cuando ya habían sido despedidos los catecúmenos, estaba en el baptisterio de la basílica enseñando el Credo a algunos competentes [recordemos que los “competentes” eran aquellos que estaban a punto de ser bautizados]” (Epistola 20,4; PL 16,995). Aunque este pasaje no lo afirma categóricamente, el hecho de que estas personas recibieran esta instrucción como competentes antes de ser bautizados deja poco espacio para la duda de que Ambrosio se refiere a un domingo antes de la Resurrección. Es pues probable que en aquella ocasión Ambrosio estuviera enseñando el Credo a estos competentes el primer día de la Semana Santa y que su devolución o repetición por los competentes se produjera más tarde en la semana.

Entre los sermones de san Agustín hay varios que están dirigidos a “los competentes” y que hacen referencia de diferentes maneras a la entrega del Credo. Uno de ellos es el sermón número 58, en el que se encuentran las siguientes palabras:

AL COMPETENTE. — Habéis devuelto el símbolo, del que se recita muy brevemente la fe... Recibid hoy la oración, de la que aprenderéis cómo se debe invocar a Dios... Tomad, pues,

también esta oración [el Padre Nuestro], que debéis devolver al cabo de ocho días. Y los que no conocéis bien el símbolo, aprendedlo, es necesario; El sábado tendréis que recitarlo de memoria en presencia de los presentes: es el último sábado apto; En ese día recibiréis el bautismo. Dentro de ocho días a partir de hoy, tendrás que devolver esta oración que ahora recibes. (Sermón 58.1; BAC 95:95-97)

Como el mismo Agustín afirma que el bautismo tendrá lugar la semana siguiente, no hay duda de que está predicando al comienzo mismo de la Semana Santa, probablemente el día que ahora llamamos Domingo de Ramos, o, si no, en la tarde del sábado anterior. (No debemos olvidar que para la Iglesia, como para el judaísmo, el domingo no comenzaba a la medianoche, sino al atardecer del sábado). Por lo tanto, en el momento de la predicación de este sermón, los candidatos al bautismo no sólo recibían el Credo, sino que también lo “devolvían”.

En cualquier caso, es importante señalar que, si bien unas décadas antes Marcelo aparentemente no tenía miedo de escribir el Credo, el texto de Agustín no lo menciona. Simplemente se refiere al hecho de que tus oyentes ya lo han escuchado y repetido. Al parecer, todavía persiste la idea de que el Símbolo es un secreto que se revela a los competentes sólo cuando están prácticamente preparados para ser bautizados. El sermón de Agustín que acabamos de citar dice que quienes le escuchan han devuelto el símbolo y, por tanto, lo han recibido también antes. Lo mismo puede decirse del sermón 59, que también trata de la oración que el Señor enseñó a sus discípulos y comienza con una referencia a lo que parece haber sido la reciente entrega y “devolución” del “Credo”: “Habiendo devuelto lo que creíste, he escuchado lo que pedirás” (Sermón 59.1; BAC 95:111). En estas palabras, “lo que crees” es el símbolo o credo, la instrucción sobre lo que “debes pedir” es una exposición del Padrenuestro.

Mientras tanto, en el Oriente de habla griega existía también al menos la idea de que estas enseñanzas no debían darse a cualquiera, ya que eran santas, y el santo no debía ser arrojado a los cerdos. Tenemos un eco de esto, por ejemplo, en el prólogo a las Lecciones catequéticas de Cirilo de Jerusalén, también llamado Procatequesis. Al final de este prólogo encontramos las siguientes palabras, quizá producto directo de la pluma de Cirilo, quizá añadidas por algún copista:

Puedes prestar estas Clases Catequéticas, impartidas a quienes son competentes, a quienes se preparan para el bautismo, así como a los creyentes que ya están bautizados. Puedes leerlos. Sin embargo, no deben pasarlos a manos de otras personas, ya sean catecúmenos o personas que no sean cristianas. De esto tendréis que dar cuenta delante del Señor. Y si

decidís copiarlas, poned estas palabras al principio, sabiendo que el Señor está presente. (Lecciones catequéticas, prólogo 17; PG 33:365)

Otra referencia importante a la entrega y devolución del Símbolo o Credo aparece en la Peregrinación de Egeria. Se trata de un informe que Egeria, durante sus viajes por Tierra Santa y sus alrededores, envía a sus “hermanas” —¿hermanas o monjas? —en Galicia, poco después del año 380, es decir, unas tres décadas después de que, en la misma ciudad de Jerusalén, Cirilo hubiera pronunciado sus lecciones sobre el Credo hacia el final de la Semana Santa. (El texto en latín se puede encontrar en: <http://www.thelatinlibrary.com/egeria2.html>. Esta es la edición que usamos para todas las demás referencias a Egeria).

El mismo hecho de que Egeria emprendiera una peregrinación a Tierra Santa es una prueba de cómo habían cambiado las circunstancias. Durante siglos anteriores, en tiempos de persecución, no era posible realizar peregrinaciones a Jerusalén para visitar sus lugares santos. Ahora bien, después de la conversión de Constantino, los cristianos comenzaron a realizar peregrinaciones a la Ciudad Santa, donde buscaban los lugares mencionados en los Evangelios, lo que dio lugar a identificaciones a menudo arbitrarias. En cualquier caso, en la época de Egeria ya se habían construido grandes edificios en lugares como el Santo Sepulcro, el Gólgota, el Monte de los Olivos, entre otros. Como consecuencia de ello, las peregrinaciones a Jerusalén se hicieron cada vez más habituales.

(En su relato, que tendremos ocasión de citar repetidamente, Egeria se refiere a varios edificios y lugares que requieren alguna explicación. El primero de ellos es el Martyrium, un gran edificio que Constantino mandó construir cerca del Santo Sepulcro o lugar de la Resurrección, la Anástasis. Según Eusebio, este edificio era un gran monumento adornado con imponentes columnas y bellas decoraciones. Para llegar a él había un camino pavimentado con piedras pulidas y rodeado de largos y anchos pórticos. En un extremo había una gran basílica dividida en siete naves por cinco filas de columnas y adornada con suelos de mármol de colores, así como un techo abundante en oro. Más allá de este edificio había una colina que se decía que era el lugar de la crucifixión. Más adelante en su narración, Egeria se referirá a lo que ella llama “antes de la cruz”, es decir, el espacio entre el propio edificio y la colina de la crucifixión. Lo que Egeria llamó “detrás de la cruz” era el espacio entre la colina y el lugar de la resurrección, la Anástasis, donde también había una iglesia.)

Refiriéndose al período de preparación para la Semana Santa, Egeria dice:

Después de las siete semanas [de Cuaresma], cuando sólo falta una semana para el Día de la Resurrección, comienza lo que aquí llaman la Gran Semana. El obispo se presenta por la mañana en la iglesia que aquí llaman Martyrium. Su cátedra [la sede del obispo] está situada al fondo del ábside, detrás del altar, y allí uno a uno los candidatos al bautismo van hacia donde está el obispo, los hombres con sus padres y las mujeres con sus madres, y repiten el Symbolum. (Peregrinación de Egeria 46.5)

Esto sugiere que en la Jerusalén del siglo IV, así como en esa época en la mayoría de las iglesias occidentales, ya era costumbre recibir la devolución o repetición del símbolo o credo al comienzo de la Semana Santa, es decir, el día que ahora llamamos Domingo de Ramos. Egeria parece decir que el Símbolo les había sido dado de antemano y que lo que ocurriría el primer Domingo de Semana Santa sería sólo el regreso del Credo. Por lo tanto, al parecer, la entrega y explicación del Credo se hizo, al menos en Jerusalén, al final de la Cuaresma, pero antes del primer domingo de Semana Santa.

El pasaje de Egeria, en su ambigüedad, apunta también a la debatida cuestión de la edad de quienes fueron bautizados. Por una parte, si tuvieran que repetir el Credo, no podrían ser niños. Sin embargo, por otra parte, Egeria dice que los hombres van con sus padres, y las mujeres con sus madres (*virii cum patre suo aut mulier cum matre sua*), y esto nos recuerda la instrucción que, en el siglo anterior, Hipólito había indicado de que, si un candidato al bautismo era demasiado joven para responder a las preguntas bautismales, sus padres podían hacerlo en su lugar. En el relato de Egeria, ¿los padres fueron con sus hijos e hijas a responder en su lugar o simplemente fueron a acompañarlos? Eso es imposible de saber.

日本橋

## La procesión del Domingo de Ramos

Aunque hoy conocemos el primer Domingo de Semana Santa como Domingo de Ramos, en realidad este aparentemente tuvo menos importancia que la devolución del Credo y todo lo demás que se hacía en preparación para el bautismo de los neófitos el Domingo de Pascua. La costumbre de bendecir palmas o ramas para este día se remonta al siglo VIII. Sin embargo, mucho antes, al menos en algunos lugares, era costumbre marcar el inicio de la Semana Santa con una procesión con palmas y otros ramos para conmemorar la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. El testimonio de Egeria sobre este tema también es valioso. Según su relato, ese domingo en particular se celebraron servicios muy similares a los de otros domingos; Sin embargo, al final todos regresaron a sus casas y se apresuraron a comer para poder estar presentes en la celebración específica de ese día, que comenzó a primera hora de la tarde y duró bastante tiempo. Sin embargo, respecto a este domingo en concreto, Egeria añade:

A la hora séptima [aproximadamente la una de la tarde], el pueblo sube a la iglesia llamada Eleona, en el Monte de los Olivos. El obispo se sienta y se cantan himnos y antífonas apropiados al lugar y al tiempo, y se leen las Escrituras. A la hora novena [tres de la tarde], todos van a Imbomon, al Monte de la Ascensión... A la hora undécima [cinco de la tarde], se lee el pasaje del Evangelio en el que los niños fueron al encuentro del Señor con ramas de palma, diciendo: "Bendito el que viene en nombre del Señor". Entonces el obispo y todo el pueblo se ponen de pie y caminan desde la cima del Monte de los Olivos cantando salmos y antífonas y repitiendo constantemente: "Bendito el que viene en el nombre del Señor". Los niños y aquellos que son demasiado pequeños para caminar son llevados en los hombros de sus padres. Todos llevan ramas, ya sean de palma o de olivo, y acompañan al obispo de la misma manera que el pueblo caminaba antes con el Señor. Continúan a pie desde la montaña hasta la ciudad, que recorren hasta llegar a Anastasis. Caminan despacio porque puede haber gente mayor, y caminan despacio junto al obispo para no cansarse. Finalmente llegan a Anástasis, donde se fabrica el lucernario, aunque ya es tarde. Luego se dice una oración ante la cruz y el pueblo se despide. (Peregrinación de Egeria 31.1)

Como se puede observar, en el año 380, menos de siete décadas después del fin de las persecuciones, ya había, al menos en Jerusalén, celebraciones del Domingo de Ramos muy

similares a las que se realizan hoy en las iglesias. Como tales procesiones no habrían sido posibles antes del fin de las persecuciones, todo parece indicar que, en pocas décadas, se desarrollaron las tradiciones que hoy conocemos respecto a la celebración de este día en particular. Por otra parte, el mismo hecho de que Egeria comunique esto a sus hermanas implica aparentemente que tales costumbres aún no eran conocidas en Galicia. Es interesante notar también que aquí se hace referencia a los “niños” que caminaban en procesión. Aunque Egeria menciona que esto se encuentra en los evangelios, no es así, ya que no dicen nada sobre la edad de los participantes. Esto significa que, en aquella época, ya se habían establecido tradiciones respecto a ese día, pero no todas ellas reflejaban la narración evangélica.

Por lo tanto, podemos decir con cierto grado de seguridad que hubo dos grandes características o celebraciones de este primer día de Semana Santa. La primera de ellas fue la devolución del credo y, a veces, también ese día, su entrega formal antes del regreso. Esto marcó el inicio de la etapa final de preparación de los neófitos para su bautismo, que tendría lugar el fin de semana siguiente. La otra celebración que tenía lugar ese día y que acabó recibiendo el conocido nombre de “Domingo de Ramos” eran las procesiones con palmas y ramos, que, ya en aquella época, se realizaban en el exterior de la iglesia.

日本

## Lunes, martes y miércoles

La información que tenemos sobre los primeros días de la Semana Santa es bastante escasa, al menos hasta finales del siglo IV y principios del siglo V. Hay algunos comentarios sobre pasajes que quizás nos ofrecen una visión de lo que se hizo en un lugar o tiempo específico. Hay también algunos sermones de los siglos IV y V en los que encontramos pistas que nos ayudan a conocer algo sobre aquellos primeros tiempos.

Una de las fuentes más interesantes que tenemos para el estudio de las prácticas de Semana Santa a mediados del siglo IV son las Conferencias Catequéticas de Cirilo de Jerusalén. Se trata de una serie de 23 conferencias, más una introducción, impartidas durante la Cuaresma en torno al año 348. Las cinco últimas, del 19 al 23, están dirigidas a las personas que acaban de recibir el bautismo al final de la Semana Santa. Todo parece indicar que la conferencia número 15 se impartió a principios de esta semana y que la conferencia número 18 corresponde al Viernes Santo o al Sábado por la mañana. Es imposible determinar el día exacto en que se impartieron cada una de las clases restantes de esa semana. Aunque es imposible determinar el día exacto de la semana para cada clase, de hecho podemos ver que durante estos días continuó la enseñanza del Credo; en este caso, el Credo de Nicea. Sin embargo, dado que esta exposición del Credo comenzó ya en la lección número 6, no hay indicación de que las lecciones de Semana Santa fueran una continuación de la serie iniciada anteriormente. En otras palabras, parece que no hay interrupción ni reinicio el Domingo de Ramos, sino que lo que se ha hecho durante toda la Cuaresma simplemente continúa.

Estas conferencias también son intrigantes porque la mayoría de las otras fuentes que tenemos parecen indicar que el “retorno” del Credo, y a veces también su “entrega” a los catecúmenos, ocurrió el Domingo de Ramos, mientras que en este caso Cirilo parece haber continuado la “entrega” o exposición del Credo durante la mayor parte de la Semana Santa. Al parecer, en este caso se esperaba que los catecúmenos afirmaran el Credo o lo “devolvieran” al ser bautizados. Ciertamente, la afirmación del Credo era una parte esencial del bautismo; Sin embargo, en otros casos se entiende que, mucho antes de esa ocasión, los catecúmenos debían demostrar su conocimiento y afirmación del Credo, lo que tradicionalmente se llamaba el “retorno” del Símbolo.

Esta es una de las muchas razones por las que los datos de las clases catequéticas son intrigantes. Como hemos visto, poco más de 30 años después de estas conferencias, Egeria afirma que, el primer domingo de Semana Santa, “uno a uno los candidatos al bautismo van a donde está el obispo... y repiten el Symbolum” (Peregrinación de Egeria 46,5). Así, parece que en el curso de las tres décadas entre Cirilo y Egeria, las prácticas en Jerusalén respecto

a la entrega del Credo se adaptaron a lo que se hacía en otras iglesias, de modo que, ya al comienzo de la Semana Santa, los catecúmenos estaban dispuestos a afirmar o “devolver” el Credo.

Volviendo pues a los primeros días de la Semana Santa después del Domingo de Ramos, Egeria nos da detalles sobre prácticas en Jerusalén que de otro modo nos serían desconocidas. Sobre el lunes, Egeria dice:

Al día siguiente, segundo de la semana, desde el canto del gallo hasta la hora tercia [aproximadamente las nueve de la mañana], y luego nuevamente al mediodía, continúan las prácticas de la Cuaresma. Pero a la hora nona, todos se reúnen en la gran iglesia llamada Martyrium para cantar himnos y antífonas, orar y hacer lecturas relativas al lugar y la fecha del día. Esto continúa hasta la primera vigilia [a las siete de la tarde], cuando tiene lugar el lucernario [Lucernare]. Abandonan el Martirio por la noche y, cantando himnos, llevan al obispo a la Anástasis. Después de llegar allí, después de cantar y orar, se bendice a los catecúmenos y a los fieles y se despide a todos. (Peregrinación de Egeria 32.1-2)

Egeria también da informes similares de los próximos días de la semana:

El tercer día de la semana [martes] es similar al segundo. Lo único que se puede añadir es que, tarde por la noche, después de la despedida primero del Martirio y luego de la Anástasis, todos parten y se dirigen al Monte de los Olivos. Cuando están en esa iglesia, el obispo entra en la cueva en la que el Señor enseñaba a sus discípulos, toma el evangelio de Mateo en el que Jesús dice: “Mirad que nadie os engañe” y lee todo el pasaje [aparentemente Mateo 24:1—26:2]. Después de esta lectura, se hace una oración, se bendice a los catecúmenos y a los fieles y se despide al pueblo. Luego, todos bajan de la montaña y regresan a sus casas muy tarde en la noche.

El cuarto día de la semana [miércoles] es exactamente el mismo que el segundo y el tercero [lunes y martes] desde el canto del gallo y durante todo el día. Sin embargo, por la noche, cuando el pueblo es despedido del Martirio y todos son conducidos a la Anástasis, el obispo entra en la gruta de la resurrección y se sitúa detrás de la entrada. Un anciano fuera de la cueva toma el evangelio y lee el pasaje sobre cómo Judas Iscariote fue a los judíos y llegó a un acuerdo con ellos sobre cuánto debían pagarle para traicionar al Señor. La gente grita y se lamenta durante la lectura hasta tal punto que escucharlos provoca lágrimas. Después de una oración se bendice primero a los catecúmenos, luego a los fieles y, por último, se despiden. (Peregrinación de Egeria 33-34)

Por alguna razón que no se puede determinar con certeza, desde muy temprano en la vida de la Iglesia, el miércoles tuvo una relevancia especial para los cristianos. Ya hemos visto que la Didaché indica que los días de ayuno apropiados para los cristianos son el miércoles y el viernes. El ayuno del viernes se entiende fácilmente ya que es el día de la crucifixión. Sea cual sea la razón, un siglo después de la Didaché, Tertuliano demuestra que el miércoles seguía siendo un día especial. Después de convertirse en montanista, en su polémica con el resto de la iglesia, que acusaba a los montanistas de observar estrictamente fechas y horas contrarias a las dichas por los profetas, Tertuliano refuta a sus adversarios afirmando que tanto ellos como él guardan ciertos días especiales. En esta refutación dice, entre otras cosas: “¿Por qué nosotros [es decir, tanto los montanistas como el resto de la iglesia] dedicamos el cuarto y sexto día [miércoles y viernes] a las estaciones [ayunos limitados], y el día de preparación [viernes] a los ayunos?” (Ayuno 14; PL 2:973). Tertuliano insiste en este argumento destacando otros casos en los que todos los cristianos observan días especiales, como lo hacen los montanistas. Pero nuestro interés aquí es simplemente el hecho de que hacia el final del siglo II, como parece haber sido el caso desde el final del siglo I, el miércoles representaba algo especial.

No está del todo claro por qué el miércoles parece tener una importancia singular. En cualquier caso, aunque este día aparentemente no tuvo una especial relevancia en Jerusalén en tiempos de Egeria, tiempo después, en el siglo V y en Roma, la situación parece haber cambiado. Un ejemplo de esto puede verse en los sermones de León Magno sobre la Pasión. El primero de ellos, que la mayoría de los estudiosos piensa que fue predicado el Domingo de Ramos, termina invitando a los asistentes a acudir nuevamente a la iglesia el miércoles, cuando León continuará ampliando el mismo tema:

Bastan por hoy, queridos amigos, estos pensamientos sugeridos a vuestra piadosa atención, antes de que el enemigo se insinúe en favor de la prolijidad. Lo que ahora falta para completarlo, os lo prometo dar el miércoles con la ayuda del Señor, porque Él, que nos dio lo que hablamos, nos dará, así lo creemos, lo que debemos hablar; por nuestro Señor Jesucristo, a quien pertenecen el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (Primer Sermón sobre la Pasión del Señor 1.5; BAC 291:219)

Por otra parte, si bien parece que en Roma en tiempos de León el miércoles tenía una importancia particular, no ocurría lo mismo en Jerusalén, pues las Catequesis de Cirilo de Jerusalén simplemente incluyen una más en una serie que aparentemente ocurre todos o casi todos los días.

Pasemos entonces al jueves. Hipólito incluye un comentario interesante sobre una de las prácticas especiales para ese día: “Que quienes estén listos para el bautismo sean instruidos a bañarse el jueves y así purificarse de toda impureza” (Tradición Apostólica 20). La razón de esto es que, aunque los bautismos se realizarán temprano en la mañana del primer día de la semana, no habrá tiempo para bañarse el viernes y el sábado, ya que desde el jueves hasta el sábado habrá un período de devoción, ayuno y vigilia.

El relato de Egeria lo demuestra. Según ella misma describe, las prácticas y observancias del jueves o quinto día de la semana se están intensificando. Durante la mañana se continuará con lo realizado en días anteriores. Pero ahora la función de la tarde empieza más temprano, de modo que la gente se reúne en el Martirio a las dos de la tarde y sale alrededor de las cuatro (la hora décima). En esta despedida se les advierte:

Nos reuniremos nuevamente en la primera vigilia [aproximadamente a las siete de la tarde] en Eleona [una iglesia que la madre de Constantino, Helena, había construido en el Monte de los Olivos, marcando una cueva en la que supuestamente Jesús enseñó a sus discípulos], y tendremos una gran tarea por delante de nosotros.

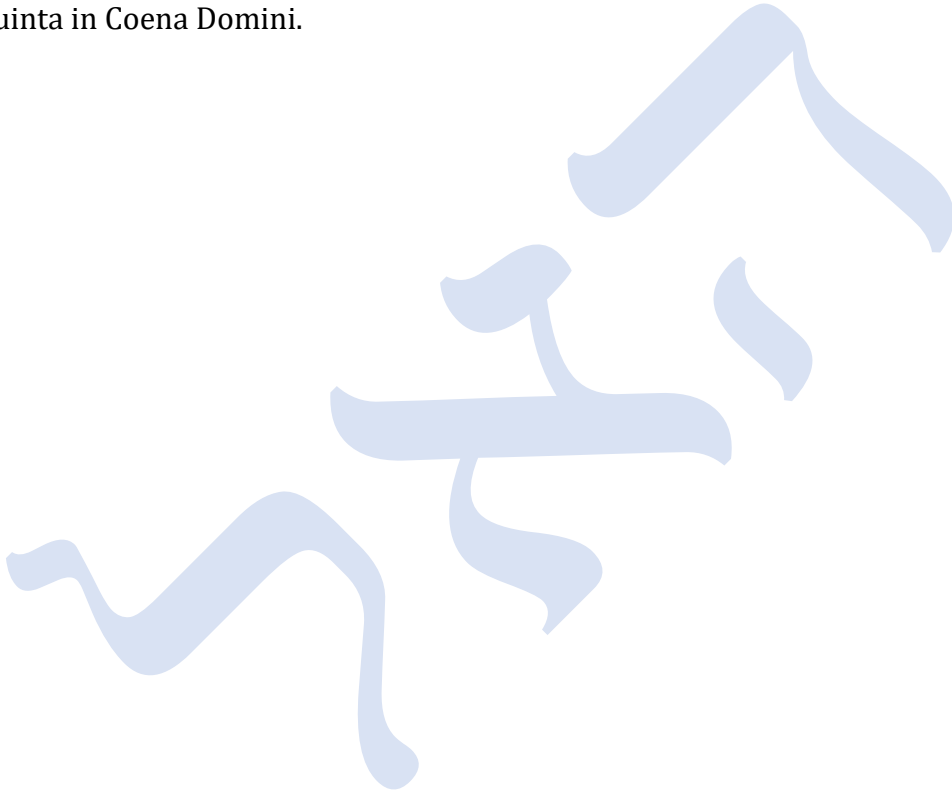
Sin embargo, esta despedida no significa todavía que el pueblo se disperse, como continúa informándonos Egeria:

Cuando salen del Martirio, van “detrás de la cruz” [expresión que explicamos antes], donde cantan un himno y ofrecen una oración, luego el obispo celebra allí la comunión y participan todos [aunque no los catecúmenos]. Este día es el único momento en que se ofrece la comunión “detrás de la cruz”. Al despedirse, se dirigen a la Anástasis para la oración, para la bendición de los catecúmenos y de los fieles y para la despedida. (Peregrinación de Egeria 35.2)

Aquí, Egeria dice que la comunión se celebraba el jueves además, naturalmente, del Domingo de Ramos y del Domingo de Pascua. Sin embargo, por Epifanio de Salamina, que escribió unos años antes de Egeria, sabemos que no siempre fue así. Epifanio dice que

[...] en algunos lugares se celebra la comunión el jueves a la hora novena, y luego se despide al pueblo, que todavía está en ayunas. Sin embargo, en otros lugares la comunión no se celebra el jueves, sino sólo al amanecer del domingo, cuando el pueblo se despide con el canto del gallo en el día de la fiesta de la Resurrección, el gran día de la Pascua. (Exposición de la Fe 22; PG 42:828)

Esto debería servirnos de advertencia, recordándonos una vez más que lo que tenemos son testimonios fragmentarios que nos dan una idea de lo que se practicaba en un lugar específico en un momento determinado, y que las prácticas no serían exactamente las mismas en otros lugares. De todos modos, al final, la celebración de la Cena del Señor el Jueves Santo se fue generalizando y pasó a llamarse “el Jueves de la Cena del Señor”: Feria Quinta in Coena Domini.



おはよう

## De camino al viernes

Todo esto es sólo el comienzo de las celebraciones del Jueves Santo, pues Egeria dice que todos corren a casa para comer y luego a Eleona. Comienza una larga serie de servicios que llevan a la gente de un día para otro y de un lugar a otro, todo en conmemoración de la Pasión de Jesús. Lo que reina es un espíritu de luto y de arrepentimiento por los pecados. Vale la pena señalar que Egeria dice que se cantan himnos y antífonas “apropiados para el lugar y el día”; Además, lo dice tres veces en un párrafo corto y, más adelante, vuelve al tema de la relevancia de lo dicho y lo cantado. En otras palabras, la larga serie de peregrinaciones que comenzaron el Domingo de Ramos y que finalmente conducirán a la Anástasis y a la Resurrección es como visitar, traer a la mente y al corazón los acontecimientos centrales para la fe cristiana ocurridos en estos lugares. Aunque la brevedad de Egeria no permite ver todo esto, al leerlo queda claro que no se trata simplemente de ir de un lugar a otro, sino también de pasar de una experiencia de fe a otra experiencia de la misma fe, viviendo de nuevo con Él la Pasión de Jesús. Es importante recordar esto, porque de lo contrario podría parecer que se trata simplemente de ritos vacíos, ceremonias insignificantes e irrelevantes.

La gente permanece el resto del jueves en Eleona, cantando y escuchando pasajes del evangelio, prestando especial atención a los pasajes en los que Jesús se dirige a los discípulos, supuestamente en esta cueva. A medianoche parten de Eleona en procesión en la que cantan a lo que Egeria llama Imbomon, el Monte de la Ascensión. Allí permanecen cantando himnos y antífonas “apropiados para el día” y, bajo la dirección del obispo, elevando oraciones “apropiadas para ese día y lugar”.

おはよう

## EL GRAN TRIDUO

La palabra “triduo”, hoy poco utilizada, fue durante mucho tiempo la forma más común de referirse a los tres días que van del Viernes Santo al Domingo de Pascua. No es una palabra inventada por los cristianos, pues en el latín clásico se utilizaba la palabra triduum para referirse a cualquier período de tres días. Hoy en día, todavía se utiliza en relación con cualquier actividad o programa que dure tres días, particularmente en algunas iglesias más tradicionales con respecto a retiros o períodos de devoción de tres días. Sin embargo, cuando hablamos del “Gran Triduo”, nos referimos a los tres días especiales que culminan en la Semana Santa. Por la estrecha relación que existe entre estos tres días, en este capítulo veremos algo de su continuidad para luego pasar a algunos elementos particulares respecto al bautismo que se practicaba frecuentemente en aquellos días y otros temas similares.



おはよう

## Viernes Santo

Como vimos anteriormente, desde el siglo I, el viernes de cada semana tenía un significado especial, ya que era el día en el que se celebraba la Pasión de Jesucristo y, por tanto, estaba dedicado a la introspección penitente y al ayuno. Encontramos evidencia de ello en el pasaje antes citado de la Didaché en el que se llama a los cristianos a ayunar el sexto día de la semana: “ayunar el cuarto día y el día de la preparación” (Didaché 8; BAC 65:85). El “día de preparación” se refiere a la costumbre judía de dedicar el sexto día de la semana a prepararse para la observancia del séptimo día, el Shabat. Antes de la llegada del sábado, era necesario adoptar ciertas actitudes y tomar medidas para poder observar plenamente el descanso sabático. Era necesario, por ejemplo, preparar alimentos y cerrar negocios. La palabra en la cita de Didaché anterior que se traduce como “día... de preparación” es *paraskeue*. Este no es un nombre específico dado por el autor de la Didaché, sino más bien la forma en que los judíos de habla griega se referían comúnmente al sexto día de la semana. Por lo tanto, es también la palabra que aparece repetidamente en el Nuevo Testamento para referirse a este día de la semana (véase, por ejemplo, Lucas 23:54). De allí, la palabra pasó al latín, de modo que entre los escritores cristianos latinos más antiguos el viernes es llamado *parasceve*. Es el caso del primero de los escritores cristianos en latín cuyas obras se conservan, Tertuliano. Después de distanciarse del resto de la iglesia y declararse montanista, Tertuliano defiende la práctica de tener días especiales, de lo que acusa a sus hermanos en la fe, señalando que toda la iglesia los tiene. Como ya hemos destacado, Tertuliano dice en este contexto: “¿Por qué consagramos el día de preparación al ayuno?” (*jejunis parasceven*; El 14<sup>o</sup> Ayuno; PL 2:973). Por otra parte, el nombre mismo del día, *parasceve*, es ambiguo, ya que, desde mucho antes, sobre todo en griego, podía referirse a cualquier viernes además del Viernes Santo. En el pasaje de Tertuliano que acabamos de mencionar, el contexto indica claramente que es Viernes Santo. Sin embargo, en muchos otros casos, es imposible saber si el autor se refiere a ese día en particular o a todos los viernes en general. Poco a poco, el significado original de “día de preparación” se fue perdiendo hasta tal punto que, en la literatura latina posterior, *parasceve* pasó a significar únicamente Viernes Santo.

En otras ocasiones, el Viernes Santo fue llamado “Pascua”, cuyo significado ya hemos mencionado, pero también en este contexto el término parece haber sido bastante ambiguo, como se puede ver también en los escritos de Tertuliano, en el que, a veces, “Pascua” aparentemente se refiere, como hemos visto, al Viernes Santo y en otras ocasiones, a la víspera del Domingo de Pascua e incluso al domingo mismo. La misma ambigüedad se encuentra en los escritos de Cipriano, que se refiere varias veces a la

“Pascua”, pero no nos permite determinar si se refiere al Viernes Santo, la víspera de la Resurrección o el Domingo de Resurrección.

Para evitar tales ambigüedades, pronto se empezó a llamar al Viernes Santo “Pascua de la Crucifixión” y al Domingo de Pascua “Pascua de la Resurrección”.

Volviendo pues al Viernes Santo y a lo que se hacía ese día, no hay duda de que fue, ante todo, un día de ayuno y de arrepentimiento. En varios textos que hemos citado anteriormente, vemos que el ciclo semanal cristiano, que culminaba el domingo como día en el que se celebraba la resurrección del Señor, pasaba también por el viernes, día en el que se conmemoraba la Pasión de Jesucristo y, por tanto, estaba dedicado al ayuno y al arrepentimiento. Lo que se hacía cada viernes se hizo con mayor vigor el Viernes Santo. Como hemos visto, por eso fue tan importante la polémica sobre el día en que debía celebrarse la Resurrección, porque si esto no estuviera claro, habría quienes estarían ayunando aún recordando la Pasión mientras otros estarían celebrando la Resurrección.

El autor antiguo que más relatos de las observancias y ritos del Gran Triduo es Hipólito. Como hemos dicho, Hipólito se distinguió en parte por su interés en determinar la fecha en que debía celebrarse la Pascua cada año. Su interés por la Pascua y su observancia es evidente en su importante escrito *La Tradición Apostólica*, en el que encontramos la descripción más antigua que tenemos del ayuno que ocurría durante la Semana Santa. Hipólito dice:

Que nadie coma durante el tiempo de la Pascua antes de que se presente la ofrenda. Si no seguís esta regla el ayuno no os servirá de nada. Pero si una mujer está embarazada o alguien está enfermo y no puede ayunar dos días, se le permitirá mayor libertad, para que pueda ayunar al menos durante el sábado, contentándose con pan y agua. (*La Tradición Apostólica* 29)

De este contexto sabemos que el “tiempo pascual” es el triduo del viernes al domingo. La “ofrenda” es la comunión que se celebraba el domingo precisamente para romper el ayuno. Es pues evidente que en tiempos de Hipólito, al menos en Roma, era costumbre ayunar al menos desde el Viernes Santo hasta la celebración de la comunión del Domingo de Pascua. El hecho de que lo que dice Hipólito pueda conciliarse con lo poco que sabemos sobre Tertuliano sugiere que lo que se hizo en la Roma de Hipólito fue muy similar a lo que también se hizo en la Cartago de Tertuliano.

En el otro extremo de la cuenca mediterránea, en Alejandría y poco después de Tertuliano, Orígenes menciona el día de “preparación” en uno de sus sermones sobre Isaías, en el que da a entender que la congregación se reunía en gran número porque era la ocasión

específica del día de preparación antes del Domingo de Pascua. Además, Orígenes deja claro que aunque la resurrección se celebra “cada ocho días”, es decir cada domingo, en este caso se trata de un domingo especial. Por lo tanto, cuando Orígenes se refiere aquí al “día de preparación” o parasceve, se refiere al día que ahora llamamos Viernes Santo. Ya hemos citado el pasaje de la Didascalia sobre el ayuno durante la Semana Santa y, en particular, el Viernes Santo. Parte de ese pasaje dice: “Pero el viernes y el sábado ayunaréis absolutamente... hasta la tercera hora del sábado por la noche, cuando romperéis el ayuno” (Didascalia apostolorum 21.18). Otros pasajes de la Didascalia sugieren lo mismo.

A mediados del siglo III, Dionisio, obispo de Alejandría, escribió una carta, que aún se conserva, dirigida a un tal Basílides, que vivía en la región de Pentápolis. Al parecer, Basílides le había preguntado sobre el momento en que se podía romper el ayuno de Pascua. Según esta carta, Basílides quería saber si el ayuno debía terminar al canto del gallo el domingo por la mañana, como se hacía en Roma, o al atardecer, o en algún otro momento, como se hacía en Pentápolis. Por supuesto, lo que había detrás de esta pregunta era la diferencia entre la forma tradicional hebrea de contar los días, que comenzaba al atardecer, y la forma romana, en la que el nuevo día comenzaba a la medianoche del día anterior. Los cristianos más antiguos, todos de origen judío, entendían que el Domingo de Pascua comenzaba al atardecer del sábado, y algunos mantuvieron esta práctica incluso en tiempos de Basílides. Sin embargo, en Roma, y probablemente en muchos otros lugares, se siguió la costumbre tradicional romana, considerando por tanto que el domingo prácticamente comenzaba con el canto del gallo en la mañana del primer día. En su respuesta a Basílides, Dionisio da a entender que prefiere la costumbre de celebrar la resurrección al amanecer del domingo, pero también afirma que los evangelios no aclaran cuándo debe celebrarse la resurrección de Jesús. Además, la naturaleza misma del ayuno y el momento en que debe finalizar varían. Según Dionisio, algunos ayunaban durante dos días, mientras que otros ayunaban mucho más tiempo; Hubo quienes ayunaron toda la semana. Éstos tienen buenos motivos para desear que el ayuno termine un poco antes, y Dionisio no les culpa por ello. A partir de entonces fueron apareciendo cada vez más referencias al ayuno pascual, aunque rara vez se determinaba su duración. Obviamente, una de las razones por las que no tenemos más detalles es que los autores de los documentos en ese momento asumieron que sus lectores estarían familiarizados con prácticas con las que nosotros no estamos familiarizados hoy. En cuanto a Hipólito, lo que nos dice del Viernes Santo no es de mucha ayuda, pues simplemente enfatiza que quienes serán bautizados el domingo deben ayunar el viernes.

Todo esto nos dice poco sobre lo que realmente se hacía el Viernes Santo, aparte del ayuno, que, como hemos visto, era prácticamente obligatorio, con la excepción parcial de los enfermos y las mujeres embarazadas, cuyas necesidades debían ser tenidas en cuenta.

En la segunda mitad del siglo IV tenemos un comentario muy breve de Epifanio de Salamina, cuyo interés era principalmente refutar todo tipo de herejías. Su obra principal se conoce como Panarion o Contra todas las herejías. La mayor parte es un resumen y refutación de las diversas doctrinas que circulaban en ese momento. Cerca del final, Epifanio hace una exposición de su propia fe, incluyendo algunas referencias al ayuno

previo a la Pascua que resaltan una gran variedad de prácticas para esa época; una variedad similar a la que Ireneo había mencionado mucho antes, en el siglo II. El pasaje en sí no es del todo claro, ya que Epifanio aparentemente se refiere a veces a prácticas especiales de Semana Santa y otras veces a prácticas que comenzaron en Cuaresma. En todo caso, nos informa que:

Durante los seis días de Pésaj, todos perseveran en estricta abstinencia. Sólo llevan pan, sal y agua al anochecer. Sin embargo, algunas personas más rigurosas ayunan completamente durante varios días, a veces dos y a veces incluso cuatro. Algunos incluso ayunan toda la semana hasta que el gallo canta el Domingo de Pascua. Se celebran vigiliias cada seis días, y hay también servicios especiales en esos mismos días y durante toda la Cuaresma, desde la hora novena [tres de la tarde] hasta la noche. Sin embargo, en algunos casos, hay vigiliias durante toda la noche hasta el amanecer del viernes o del sábado, hasta el amanecer del Domingo de Pascua. En algunos lugares celebran la Eucaristía el quinto día de la semana [jueves] a la hora novena, y el pueblo se retira para poder continuar con la misma rigurosa abstinencia. En otros lugares, la Eucaristía no se celebra hasta el amanecer del Domingo de Pascua. Luego se despiden después del canto del gallo en ese día tan especial, el gran día de Pascua. (Panarion 22; PG 42:828)

Vale la pena señalar que, según Epifanio, las costumbres varían tanto de un lugar a otro como de una persona a otra, y algunos ayunan más severamente que otros. En algunos lugares se celebra la comunión, pero en otros no. Al parecer, una de las prácticas más extendidas era no celebrar la comunión el Viernes Santo, por ser día de absoluto ayuno y luto, mientras que la comunión celebraba la resurrección. Además, todo lo que se puede decir sobre las prácticas comunes de la iglesia en esa época es que los primeros días de la semana del Domingo de Resurrección eran especiales, con ayunos y vigiliias. Sin embargo, no podemos destacar otras prácticas uniformes, o incluso prácticas generalizadas.

Esto es relevante cuando nos referimos a la principal fuente que tenemos para conocer las observancias de la Semana Santa a finales del siglo IV. Se trata de la Romería de Egeria, que nos aporta datos más concretos sobre las particulares celebraciones y observancias de la Semana Santa. Aunque es interesante, debemos recordar que Egeria describe principalmente lo que vio en Jerusalén. El mismo hecho de que escribiera a sus hermanas de Galicia para informarles de estas prácticas sugiere que no eran conocidas, al menos en Galicia y probablemente en otras regiones.

Según Egeria, la noche del jueves la pasaron velando hasta que cantó el gallo. Entonces todos partieron de Imbomon [el Monte de la Ascensión] y cantaron hasta que llegaron al lugar en el Monte de los Olivos donde “[Jesús] se apartó de ellos como a un tiro de piedra, y

puesto de rodillas oró” (Lucas 22:41). Entraron en la iglesia que se había construido allí y tuvieron una oración y un himno “apropiado para la ocasión y el lugar”. Luego leyeron un pasaje que aparentemente era Mateo 26:31-56. Después de una oración, partieron nuevamente, esta vez rumbo a Getsemaní. Egeria da una descripción dramática de los caminantes:

Mucha gente se había reunido allí. Estaban cansados de haber pasado la noche en vigilia y debilitados por el ayuno diario. La colina desde la que descendían era grande, por lo que tuvieron que ir muy despacio hasta llegar a Getsemaní. Para ver en la oscuridad, llevan cientos de velas. Cuando todos han llegado a Getsemaní, se dice una oración apropiada [de nuevo el mismo tema de himnos, oraciones y lecturas relativas al lugar y tiempo en que uno se encuentra], así como un himno. Así leemos en el evangelio acerca del arresto del Señor. Al terminar de leer y comentar, hay mucho duelo y arrepentimiento. Los lamentos son tan fuertes que probablemente se puedan escuchar desde el otro lado de la ciudad.

Continúan cantando hasta que llegan a la puerta de la ciudad cuando hay suficiente luz para verse. Así que todos ellos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, caminan por el centro de la ciudad para estar presentes en el próximo servicio. En este día, más que en ningún otro, la vigilia no cesa hasta que llega la mañana... Cuando, por fin, llegan al lugar “delante de la cruz” [véase lo dicho antes sobre esta frase], ya está amaneciendo. Hay otra lectura del evangelio, el pasaje que trata de la comparecencia del Señor ante Pilato y de todo lo que está escrito que Pilato dijo al Señor o a los judíos. (Peregrinación de Egeria 36.2-4)

Egeria nos da mucha más información sobre las ceremonias y ritos que tenían lugar durante el resto del día; Sin embargo, en general son similares a los que ya hemos visto. Lo más destacado de este día es la adoración a la “Santa Cruz”. Se pensaba que la emperatriz Elena había descubierto un trozo de la cruz, que se había convertido en una reliquia muy preciada. Terminadas todas las ceremonias que acabamos de describir, el obispo despidió al pueblo; Sin embargo, al mismo tiempo le invitó a regresar a las ocho de la mañana, es decir, temprano el Viernes Santo, para que pudiera ver la Santa Cruz. Esto ocurrió “detrás de la cruz”. Cada uno pasó y tocó la madera con la frente y la besó. La sagrada reliquia era celosamente custodiada por los diáconos que la rodeaban, porque tiempo antes alguien había mordido un trozo de la cruz para llevársela. Además de la cruz, también había otras supuestas reliquias, como el sello de Salomón y el cuerno que se utilizaba para ungir a los reyes de Israel. Luego la gente se dirigió al lugar “delante de la cruz”, donde se reunió tanta multitud que ya no había espacio. Las tres horas comprendidas entre el mediodía y las tres de la tarde se dedicaron a la lectura de los Salmos relacionados con el sufrimiento, así como de las Epístolas y los Hechos de los Apóstoles y de los Evangelios. Egeria comenta que “es casi increíble cómo cada persona, tanto mayores como jóvenes, llora durante estas tres

horas, pensando en lo que el Señor sufrió por nosotros” (Peregrinación de Egeria 37,7). Después de leer el pasaje de Juan sobre la muerte de Jesús, la gente fue despedida, pero no para ir a sus casas, sino para ir nuevamente al Martirio y luego a la Anástasis. En cada uno de estos lugares, hubo más oraciones y lecturas de los evangelios, hasta que finalmente la gente fue despedida para regresar a sus casas. Sin embargo, incluso entonces, al parecer algunos no querían regresar a sus hogares y permanecieron en la Anástasis; Algunos toda la noche y otros durante varias horas.

De todo ello se desprende una serie de prácticas y observancias de gran intensidad emotiva, todas relacionadas con la Pasión de Jesucristo. Es notable el énfasis que Egeria pone en cómo, en cada ocasión y lugar, cada lectura, himno o sermón era particularmente pertinente a ese lugar y ocasión. Aunque tenemos aquí una serie de ceremonias aparentemente bastante complicadas, no se ha llegado al punto de participar en ellas simplemente porque es la costumbre. Por el contrario, Egeria resalta el dolor y los sentimientos profundos de las personas que participan en estas ceremonias. En resumen, aquí sucede algo de lo que dijimos inicialmente, en el sentido de que el rito verdaderamente significativo es el que lleva al pueblo a participar nuevamente en las acciones de Dios que el rito evoca.

Por otra parte, de hecho, lo que aparece aquí es lo que más tarde se convertiría en un sello distintivo de la piedad medieval: la veneración de reliquias, todas ellas de dudosa autenticidad. También es notable que todo aquí está centrado en la persona de Jesús. Todavía no se hace hincapié en los sufrimientos de María, que más tarde ocuparían la atención tanto de los predicadores como de los creyentes.

おはよう

## Sábado Santo

La información que tenemos sobre el Sábado Santo es mucho más escasa. No hay duda de que, desde la antigüedad, el ayuno que había comenzado al menos el Viernes Santo continuaba ese día. La Didascalia establece que se debe ayunar “desde el segundo día de la semana (es decir, el lunes) por espacio de seis días hasta la tarde con la que termina el sábado” (Didascalia 21.14). Otros testimonios sugieren lo mismo, es decir, que el Sábado Santo era un día de ayuno.

Sin embargo, lo que más destaca en los documentos antiguos es el énfasis en la vigilia que debe tener lugar en la noche del Sábado Santo. Hipólito simplemente dice que quienes van a ser bautizados el domingo deben ayunar el viernes, y luego continúa hablando de lo que se hará el sábado, dando a entender que ese también es un día de ayuno:

Los que se preparen para ser bautizados [el domingo] ayunarán el viernes, y el sábado el obispo los reunirá y les ordenará que se arrodillen en oración. Luego, con su mano sobre ellos, los exorcizará para que todos los espíritus malignos huyan y no regresen jamás. Luego soplará sobre sus rostros, les ungirá [aparentemente con aceite] en la frente, en las orejas y en la nariz, y les ordenará que se pongan de pie. A partir de ese momento pasarán toda la noche en vigilia, escuchando lecturas y recibiendo enseñanzas. (Tradición Apostólica 20)

Este es el testimonio más antiguo que tenemos sobre lo que se hacía el Sábado Santo además del ayuno y la vigilia. Es imposible saber si lo que dice Hipólito aquí se practicaba en otras regiones. Pero no hay duda de que el acontecimiento más importante del Sábado Santo fue la vigilia que preparaba las celebraciones del Domingo de Pascua. Como vemos en el pasaje anterior, durante esta vigilia hubo lecturas e instrucciones. La Didascalia implica lo mismo:

El viernes y el sábado ayunaréis absolutamente, sin comer ni un bocado. Os reuniréis y velaréis toda la noche, orando e intercediendo, con las lecturas de los profetas, el evangelio y los salmos, suplicando fervientemente con temor y temblor, hasta la tercera vigilia después del fin del sábado. Entonces romperás tu ayuno. Por eso es particularmente importante que guardéis el ayuno del viernes y del sábado, así como la vigilia del sábado, con lecturas de las Escrituras, y con salmos, oración e intercesión por los que han pecado, y esperando ardientemente la resurrección de nuestro Señor, hasta la tercera hora de la noche después del sábado. (Didascalia 21.19)

Eusebio menciona una tradición que aparentemente no tiene base histórica, pero que resalta la importancia de la vigilia antes de la Pascua de Resurrección. Se refiere al emperador Felipe, que ascendió al trono en el año 244 tras asesinar a su predecesor. Eusebio dice:

Se dice que este último [Felipe] era cristiano y, en la última vigilia de Pascua, quiso participar con el pueblo en las oraciones en la iglesia, pero el celebrante no le permitió entrar antes de confesarse e inscribirse en la categoría de pecadores, en el lugar de los penitentes. De lo contrario, si el emperador no lo hubiera hecho, nunca habría sido bien recibido por el presidente, debido a las numerosas acusaciones de sus opositores. Se dice que se sometió voluntariamente, mostrando con sus acciones la sinceridad y piedad de sus disposiciones, en el temor de Dios. (Historia Eclesiástica 6.34; BAC 350:403)

Egeria, que da tantos detalles sobre otras ocasiones y particularmente sobre el Viernes Santo, dice muy poco sobre el Sábado Santo:

El día siguiente es sábado y hay servicios normales a la hora tercera [nueve de la mañana] y al mediodía. Sin embargo, a la hora novena [las tres de la tarde], se deja de guardar el sábado para preparar la vigilia pascual, que tendrá lugar en la gran iglesia, el Martirio. Celebran la Vigilia Pascual igual que nosotros, aunque con un añadido. (Peregrinación de Egeria 38.1)

El añadido al que se refiere Egeria es mínimo, sobre lo que volveremos más adelante. Sin embargo, lo destacable aquí es que Egeria no cuenta lo que se hizo en Jerusalén, pues fue prácticamente lo mismo que conocieron sus hermanas en la lejana Galicia. Esto sugiere que la vigilia del Sábado Santo era lo suficientemente antigua como para haberse extendido de un extremo al otro del Imperio Romano. Por lo tanto, en este caso, la falta de detalles no es un indicio de confusión o falta de interés, sino más bien un signo de uniformidad en relación a la vigilia del Sábado Santo.

En conclusión, lo que más destacaban los cristianos antiguos del Sábado Santo era la vigilia de esa noche, para la que se preparaban con ayuno desde el viernes, de modo que lo que se celebraría el domingo estuviera unido a una celebración de comunión en la que, finalmente, se rompería el ayuno de varios días.

Los brevísimos relatos que nos da Hipólito sobre la vigilia del Sábado Santo terminan con las palabras “al canto del gallo”. Esto nos lleva al día más grande de toda la Semana Santa y del año cristiano: el Domingo de Pascua.

日本橋

## DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Llegamos ahora al momento culminante de todo el año cristiano, el Domingo de Pascua. Ya hemos destacado que éste era el tiempo preferente para el bautismo de los catecúmenos, que tenían un largo tiempo de preparación. Esta preparación había culminado con la entrega y devolución del Símbolo o Credo. Una vez más, es Hipólito quien primero nos da detalles sobre lo que sucedió ese día en particular. Su exposición de las actividades y ritos del Domingo de Pascua comienza con las palabras “al canto del gallo”, es decir, al amanecer del domingo. Esto sugiere que, para la iglesia de su tiempo, el domingo no comenzaba al atardecer del sábado, como era la antigua costumbre judía, sino a medianoche, siguiendo las prácticas romanas. Ahora el canto del gallo anunciaba la salida del sol, y los cristianos recordaban que Jesucristo, cuya resurrección se celebraba ese día, es también el Sol de Justicia.



日本橋

## **El bautismo**

Respecto a las celebraciones del Domingo de Pascua, en su Tradición Apostólica, Hipólito no dice nada más allá de lo que se refiere al bautismo de los catecúmenos. En parte, puede ser porque esto era lo que más le interesaba aclarar, mientras que los demás cantos, salmos y lecturas eran cosas inevitables. Pero esto se debe seguramente sobre todo al hecho de que, para los cristianos de los primeros siglos, así como el momento culminante del año era el Domingo de Pascua, el momento culminante de ese domingo era el bautismo de los catecúmenos.

Respecto de estos catecúmenos, Hipólito comienza diciendo cuáles son los requisitos para ser admitido en esta categoría. Una vez admitidos, debían pasar tres años en el catecumenado, aunque Hipólito deja espacio para excepciones en casos de personas extraordinariamente comprometidas con el evangelio. Durante todo este tiempo, los catecúmenos deben sentarse separados del resto de la congregación. No participarán del beso santo, porque aún no son parte de la Iglesia. Después de sus oraciones, son despedidos antes de que comience el servicio en la Mesa. En el catecumenado, a los candidatos al bautismo se les exige primero llevar una vida sobria y recta y luego recibir una explicación del evangelio. A medida que se acerca el momento de su bautismo, serán sometidos a sesiones diarias de exorcismo, que, al final de este período, serán realizadas por el propio obispo. Las últimas cosas que debes hacer en preparación para tu bautismo el Domingo de Pascua son el baño del jueves y las observancias del viernes y sábado que mencionamos anteriormente. El contexto deja muy claro que durante la vigilia entre el Sábado Santo y el Domingo de Pascua, los catecúmenos estarán reunidos en un lugar separado de la congregación.

Es entonces cuando Hipólito dice que, cuando el gallo cante, se dirá una oración sobre el agua bautismal. Lo ideal sería que hubiera agua fluyendo por el baptisterio. Sin embargo, Hipólito, así como mucho antes de la Didajé, permite otros usos en función del agua disponible. Se presenta la siguiente instrucción:

Los que van a ser bautizados deben desnudarse. Primero se bautizarán los niños. Si pueden hablar por sí mismos, deberían hacerlo; Sin embargo, si no es así, tus padres u otros familiares deberían hablar en tu nombre. Luego serán bautizados los hombres y por último las mujeres. Antes del bautismo, estos últimos deben soltarse el cabello y quitarse

cualquier adorno de oro o plata que puedan llevar. Nadie debe entrar al agua con ningún objeto extraño. (Tradición Apostólica 21)

Este pasaje es el primer texto que tenemos que resalta la constancia del bautismo infantil. Los textos anteriores sobre el bautismo no abordan esta cuestión y, por tanto, están sujetos a interpretación; Esta es parte de la razón por la que la cuestión del bautismo infantil ha dado y sigue dando lugar a tanta controversia.

En el momento del bautismo, el obispo debe dar gracias sobre dos frascos de aceite. El primero se llama "aceite de acción de gracias", y el segundo, "aceite de exorcismo". Luego, incluso antes del bautismo, a cada persona que va a ser bautizada se le exige que renuncie a los poderes del mal diciendo: "Renuncio a ti, Satanás, y a todos tus siervos y a todas tus obras". Como sello de esta renuncia, la persona que se bautiza es ungida con el óleo del exorcismo, diciendo: "Que todos los espíritus salgan de ti".

Luego, finalmente, los candidatos entran al agua desnudos, acompañados por un diácono, y ocurre lo que mencionamos anteriormente, cuando quien va a bautizar al candidato coloca su mano sobre su cabeza y dice:

¿Crees en Dios Padre Todopoderoso?

A esto el que se va a bautizar debe responder: "Sí, creo". Siempre con la mano sobre la cabeza del bautizado, el bautizador lo sumergirá una vez.

Entonces te preguntará:

¿Crees en Jesucristo, el Hijo de Dios, que nació del Espíritu Santo y de María Virgen, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y muerto y sepultado, y al tercer día resucitó de entre los muertos, y subió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos?

A esto el que se va a bautizar debe responder: "Sí, creo".

Siempre con la mano sobre la cabeza del bautizado, el bautizador lo sumergirá una segunda vez.

Entonces te preguntará:

¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia y en la resurrección de la carne?

A esto el que se va a bautizar debe responder: “Sí, creo”. Siempre con la mano sobre la cabeza del bautizado, el bautizador lo sumergirá por tercera vez. (Tradición Apostólica 21)

Después de salir del agua, el obispo ora por ellos diciendo:

Señor Dios, que los hiciste dignos de la remisión de los pecados mediante el lavamiento de la regeneración por el Espíritu Santo, concédeles tu gracia para que te sirvan según tu voluntad. Porque tuya es la gloria en la santa iglesia, al Padre y al Hijo, con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén. (Tradición Apostólica 22)

A continuación se produce la unción con el óleo de acción de gracias, en la que el obispo dice: «Te unjo con óleo santo en el Señor Padre todopoderoso, en Jesucristo y en el Espíritu Santo». Sellándose la frente con aceite, dice: “El Señor esté contigo”, a lo que la otra persona responde: “Y con tu espíritu”.

A continuación, con palabras muy breves, Hipólito menciona el gran cambio que se produjo en la vida de los catecúmenos. Hipólito no menciona las vestiduras blancas que recibía el neófito al salir del agua como señal de victoria, pues el blanco era más símbolo de victoria que de pureza en esa cultura. Sabemos por otras fuentes posteriores que pronto se hizo común vestir a los neófitos con túnicas blancas. Volviendo pues al testimonio de Hipólito, inmediatamente después de ser bautizados, los neófitos se dirigen al lugar donde está reunido el pueblo y, por primera vez, rezan y participan juntos del beso de la paz. (Por supuesto, esto no significa que antes no hubieran orado junto con otros creyentes, sino que ahora participaban en una oración especial llamada “la oración de los fieles”, en la que la Iglesia cumplía su función sacerdotal de orar no sólo por sí misma, sino por el mundo entero.)

Es también en este momento cuando los recién bautizados participarán por primera vez en la comunión. En esta primera ocasión, recibirán, además de la copa de vino, otras dos, a saber: una será de leche y miel, como señal de que el neófito está entrando en la Tierra Prometida; y el otro será agua, para que el lavado no sea sólo externo, sino también interno. Hipólito añade que, antes de ser bautizados, los neófitos deben conocer la ceremonia que deben seguir y el significado de cada momento. Éstos conocerán doctrinas como la resurrección del cuerpo. Sin embargo, hay todavía otras cosas, entre ellas, al parecer, el significado de los mismos ritos, que a los catecúmenos no se les da a conocer, como se les explicará más adelante. Hipólito dice que ésta es la “piedra blanca, y en la piedra un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino aquel que lo recibe”, mencionado en

Apocalipsis 2:17. El obispo debe explicarles las razones por las que todo esto se exige a quienes participan en el bautismo y, por primera vez, el significado de la comunión.

Sabemos por Egeria que, ya en el siglo IV, se adoptó esta práctica de explicar solo a los bautizados todo lo que significaba el bautismo y cómo esto se relacionaba con los detalles de lo que se había hecho en la propia ceremonia del bautismo: asuntos como la unción con aceite, el cáliz con leche y miel, etc. Egeria dice:

A la Anástasis acuden los recién bautizados, junto con los fieles que desean escuchar los misterios [los sacramentos]. Mientras el obispo enseña estas cosas, lo hace a puertas cerradas, para que ninguna otra persona entre. El obispo vuelve a lo hecho y lo interpreta. El aplauso es tan grande que se puede escuchar fuera de la iglesia. De hecho, lo que el obispo dice sobre los misterios conmueve a sus oyentes. (Peregrinación de Egeria 47.2)

El propio Hipólito no nos dice el significado de tales cosas, aparentemente porque está seguro de que sus futuros lectores ya lo sabrán. Aprendemos de otras fuentes posteriores algo sobre el significado de algunos de estos ritos. Por ejemplo, renunciar al Diablo y a todas sus obras era particularmente importante en una situación en la que los cristianos, por el mismo hecho de ser cristianos, se encontraban en constante conflicto con la sociedad circundante. La unción con aceite, así como se ungía a los reyes y sacerdotes en el Antiguo Testamento, era una señal de que ahora estas personas recién bautizadas, sin importar su clase social, eran parte del “sacerdocio real”, que es la iglesia. La copa de leche y miel demuestra que, a través del bautismo, el neófito entraba en la Tierra Prometida.

A principios del siglo IV, Lactancio nos recuerda la dimensión escatológica de este día, diciendo:

Esta es la noche en que celebramos en vigilia la venida de nuestro Soberano y Dios. Esta noche tiene dos significados. Primero, es la noche en que recibió la vida después del sufrimiento. Y en segundo lugar, también es una señal de que debe recibir dominio sobre todo el mundo. (Instituciones Divinas 7.19; PL 6:797)

En cuanto a Egeria, aparte de lo ya mencionado, no nos cuenta mucho sobre la Vigilia Pascual ni sobre el bautismo del Domingo de Pascua, sino que simplemente destaca, como

ya hemos dicho, que lo que se hacía en Jerusalén era lo mismo que conocían sus hermanas de Galicia. La única diferencia en Jerusalén que ella menciona es que los recién bautizados van a la Anástasis antes de ir a la iglesia para unirse al resto de la congregación. Esto no nos sorprende, ya que aparentemente busca expresar la condición de estar muerto y resucitado con Cristo, que fue sepultado y resucitó en la Anástasis. Obviamente esto sólo podía hacerse en Jerusalén, escenario de todos aquellos acontecimientos, y por tanto no se hizo en la Galicia de Egeria.



日本橋

## Los ocho días de la resurrección

Ya hemos dicho que el Domingo de Resurrección marcaba el inicio del tiempo de Pentecostés, dentro del cual se celebraba la ascensión de Jesús 10 días antes de Pentecostés y, por tanto, siempre en jueves. Sin embargo, vale la pena detenerse un momento para destacar que la semana que comenzó el Domingo de Pascua también tuvo una relevancia especial. Esto se debía a que esta semana era el período durante el cual los neófitos, que ahora eran llamados “niños” en la fe, sin importar la edad que tuvieran, vestirían vestiduras blancas por el espacio de una semana y recibirían instrucción acerca de lo que se había hecho en su bautismo y lo que significaba tanto doctrinalmente como en la vida práctica. Al parecer, al menos en el siglo IV, esta era una práctica común en muchas regiones, como Egeria le cuenta a sus hermanas:

Los ocho días de la resurrección se celebran hasta muy tarde, de la misma manera que lo hacemos nosotros, y, hasta el octavo día después del Domingo de Resurrección, siguen el mismo orden que se observa en todas partes...

En cada uno de estos ocho días, después de comer, el obispo asiste a la Eleona junto con todo el clero, los “niños” que han sido bautizados, todos los ascetas, tanto hombres como mujeres, y cualquier otra persona que desee asistir... En esta iglesia, hay himnos y oraciones, como también en Imbomon, el Monte de la Ascensión. Después de terminar los salmos y oraciones, cantan hasta la Anástasis a tiempo para el lucernario. Esto sucede en cada uno de los ocho días. (Peregrinación de Egeria 39.3-4)

En las colecciones de sermones de algunos de los predicadores más conocidos de la antigüedad, encontramos homilías predicadas en estos días en las que se explica a los neófitos lo que sucedió en su bautismo y lo que significa para su vida futura.

Un buen ejemplo de ello son las siguientes palabras de un sermón de San Agustín predicado precisamente el Domingo de Pascua, pero después de las ceremonias acabamos descritas. Agustín dice:

Aunque el espíritu esté dispuesto, pero como la carne es débil, no debo entreteneros mucho en el sermón después de la fatiga de anoche [refiriéndose a la vigilia pascual, después de la cual fueron bautizados algunos de los presentes]; Sin embargo, unas palabras, sí, debo decirlas. Estos días que siguen a la Pasión de Nuestro Señor, y en los que cantamos el Aleluya a Dios, son para nosotros días de fiesta y de alegría, y continúan hasta Pentecostés, fecha en la que fue enviado desde el cielo el Espíritu Santo prometido. De estos días, los siete u ocho en que nos encontramos están dedicados a los sacramentos que han recibido los recién nacidos. A los que hasta hace poco eran llamados competentes, ahora se les llama niños. Fueron llamados competentes porque con su petición estremecieron el vientre de su madre para nacer, e hijos porque los que previamente habían nacido en el mundo acababan de nacer para Cristo. La vida nació en ellos, y debe tener ya raíces sólidas en ti. A vosotros que ya sois fieles, os di ejemplo; pero no ejemplos que les lleven a la muerte, sino ejemplos que les sean beneficiosos. Los que acaban de nacer fijan su mirada en cómo vives, los que nacieron antes...

Hoy debemos hablar también, desde este altar de Dios, del sacramento del altar a los recién nacidos. Les hemos explicado el misterio del símbolo, es decir, lo que deben creer; el misterio del Padrenuestro, es decir, cómo deben pedirlo, y también el sacramento de la pila bautismal. Todo esto oyeron cuando se les explicó, y lo recibieron cuando se les entregó; Sin embargo, aún no han oído nada acerca del sacramento del altar sagrado que vieron por primera vez hoy. Por eso hoy debo predicaros acerca de él; Por tanto, este sermón debe ser breve, pensando en mi cansancio y en vuestra edificación. (Sermones 228; BAC 447:288-89,291-92)

日本橋

Terceira Parte

*Textos*



日本橋

## INTRODUCCIÓN

Hemos visto en las páginas anteriores algo sobre cómo se desarrolló la Semana Santa y las diversas celebraciones que ocurren durante ella. Sin embargo, para tener una visión más completa de la realidad de aquella Semana Santa en la iglesia antigua, debemos prestar más atención a las voces que los creyentes oían en esos días tan especiales.

Naturalmente, no es posible incluir aquí todos los materiales que aún existen y que dan testimonio de la predicación y la enseñanza de aquellos tiempos. Estos testimonios fueron la fuente principal de las páginas anteriores. Sin embargo, presentarlos de manera fragmentaria, como nos hemos visto obligados a hacer hasta ahora, no nos da el sabor completo de lo que nuestros antiguos hermanos en la fe habrían escuchado.

Por eso, en la siguiente sección incluiremos textos más extensos de cuatro de los más grandes predicadores y maestros que podríamos nombrar, quienes fueron elegidos por diferentes razones. El primero es el sermón más antiguo que se conserva sobre la Pascua. El segundo es más didáctico e ilustra la manera en que los creyentes recibían enseñanzas sobre las doctrinas y la vida cristiana. Mientras que los dos primeros están originalmente en griego, los dos últimos están en latín. La tercera de la serie, y la primera de las dos en latín, es obra del más ilustre y admirado pensador cristiano de la antigüedad, San Agustín. Fue elegido porque muestra cómo se explicaba a los cristianos el significado de los ritos en los que participaban. Y el último, también originalmente en latín, es un sermón de León Magno, famoso entre otras muchas cosas por el modo como supo entrelazar el culto y los tiempos litúrgicos con las doctrinas centrales de la fe.

Incluimos todo esto aquí con la esperanza de que algunos de nuestros lectores se sientan motivados a continuar leyendo los escritos de aquellos antiguos escritores cristianos, que son fuentes de inspiración para nuestra vida cristiana hoy.

日本橋

## MELITO DE SARDIS

Melitón fue obispo de la iglesia de la ciudad de Sardis alrededor del año 175. Fue un autor prolífico y muy admirado por sus contemporáneos. Basándonos en otras fuentes, conocemos al menos 20 obras que escribió. Desgraciadamente, casi todo lo que escribió se perdió, y no nos quedaron más que algunos fragmentos citados por otros autores hasta que se descubrió el sermón que aquí citamos, identificado como obra de Melitón durante la cuarta década del siglo XX. Se trata de una homilía muy larga, que ocuparía unas 30 páginas, de la que hemos extraído sólo una parte para incluirla aquí. Aún así, este pasaje es suficiente para entender algo de su estilo y su teología.

Posiblemente lo más importante para entender y valorar lo que Melito dice en esta homilía es tener alguna comprensión de la interpretación tipológica que lo caracteriza. En este contexto de interpretación bíblica, cuando hablamos de “tipología”, lo que se entiende es una lectura de las Escrituras que ve patrones en la acción de Dios a lo largo de la historia y, particularmente en todos los acontecimientos del Antiguo Testamento, señales que apuntan a Jesús o a algún aspecto de su vida y obra.

Con esto en mente, pasemos al texto mismo de la homilía de Melitón:

### Acerca de la Pascua

Se acaba de leer el pasaje sobre el éxodo del pueblo hebreo y se han explicado las palabras del misterio, cómo fue sacrificado el cordero y cómo fue salvado el pueblo.

Entended, pues, queridos amigos, cuál es el misterio de la Pascua:

nuevo y viejo,

eterno y temporal,

corruptible e incorruptible

mortal e inmortal

antiguo según la Ley,  
pero nuevo según la Palabra  
Temporal porque es prefigurativo;  
pero eterna porque es libre;  
corruptible por la inmolación del cordero,  
pero incorruptibles por la vida del Señor;  
mortal para su sepultura en la tierra;  
pero inmortal por su resurrección de entre los muertos.

La ley es antigua,  
pero la Palabra es nueva;  
temporal es la prefiguración,  
pero la gracia es eterna;  
corruptible es el cordero,  
pero el Señor es incorruptible,  
...

Por consiguiente, el sacrificio del cordero  
y la celebración de la Pascua,  
y la letra de la Ley,  
todos se encuentran en Cristo  
a quienes les anunciaron todas las cosas que habían sucedido bajo la ley antigua,  
y más aún bajo la nueva Palabra.  
Porque la Ley se hizo Palabra,  
Lo viejo se hizo nuevo,

viniendo de Sión y Jerusalén.

Y el mandamiento se convirtió en gracia,

y la prefiguración se hizo realidad,

y el cordero, Hijo,

y el cordero, el hombre

y el hombre, Dios.

Porque nació como Hijo,

y guiado como un cordero,

y asesinado como una oveja,

y enterrado como un hombre,

resucitó de entre los muertos como Dios,

porque por naturaleza es humano y es divino.

Porque Él está en todo.

Cuando juzga, es juez;

cuando enseña, es la Palabra;

cuando salva, es gracia;

cuando engendra, es padre;

cuando fuere engendrado, Hijo;

cuando sufre, es un cordero;

cuando es enterrado, el hombre;

cuando resucite, Dios.

Este es Jesucristo,

A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Éste es el misterio de la Pascua.

como se ve en la Ley,

y tal como dice lo leído.

Pero os diré lo que dicen las Escrituras:

Lo que Dios le ordenó a Moisés en Egipto

Cuando quiso atar al Faraón bajo una maldición

y libraré a Israel de la maldición por mano de Moisés.

... [A continuación sigue una descripción larga y elocuente de lo que sucedió en Egipto cuando Dios decretó la muerte de todos los primogénitos en Egipto y ordenó al pueblo de Israel marcar sus hogares con la sangre de un cordero sacrificado]...

¿Qué significa este extraño misterio?

que Egipto estaba marcado para la destrucción,

¿Y Israel protegido para su salvación?

Escuche cómo debe entenderse el misterio.

Amados, de nada sirve lo que hacéis y decís.

sin construir primero un modelo o realizar pruebas.

Lo que se dice y se hace está relacionado con este modelo;

lo que se dice, a través de una comparación;

lo que se hace, a través de una prefiguración.

Así pues, lo que se hace se muestra a través de la prefiguración,

y asimismo lo que se dice se explica por comparación.

Lo mismo sucede cuando se construye algo:

no se hace como una obra terminada,

Pero lo que una vez fue una imagen o modelo se trae a la realidad.

Por eso lo que se diseña primero se hace en una imagen de cera, barro o madera, para que al construirla quede

más alto en altura,

más fuerte en poder,

más bella en su forma

y mejor en su construcción,

Como ya se vio antes en un modelo más pequeño, para pasajeros.

Porque, cuando se construyó lo que el modelo prefiguraba,

El modelo en sí caduca,

y ahora tu imagen está en lo construido.

Por lo tanto, lo que antes era de gran importancia ya no tiene validez,

porque lo que verdaderamente fue se dio a conocer.

[A continuación sigue un largo pasaje sobre la historia de Israel en el que Melito argumenta que, así como el modelo anterior de una obra ahora realizada ha perdido su validez, también la ha perdido Israel, que ahora ha sido suplantado por la Iglesia. Lamentablemente, la hermosa homilía de Melitón pierde su esplendor cuando expresa palabras fuertes e injustas contra los judíos. Para juzgar adecuadamente esto, sin excusarlo, tenemos que recordar que, en ese siglo II, el judaísmo era todavía una religión fuertemente proselitista y en constante competencia con el cristianismo.]

Es también aquí donde surge la falsa etimología de la palabra “Pascua” a la que nos referimos en nuestro texto, que busca explicar el significado de la palabra hebrea a través de su relación con el verbo griego que significa “sufrir”. Melito cita luego una lista de males humanos para finalmente volver al tema de cómo las antiguas Escrituras de Israel son una prefiguración de lo que le sucedería a Jesucristo.]

...

Este es quien,

viniendo del cielo a la tierra en favor de los que sufren,  
 y vistiéndose como Él en el vientre de la virgen,  
 y viniendo como humano,  
 aceptó las pasiones de los que sufren  
 en virtud del cuerpo que podría sufrir,  
 y destruyó las pasiones de la carne;  
 y por medio del Espíritu que no podía morir,  
 mató la muerte que mató a los humanos.

Tomado como un cordero  
 y asesinado como una oveja,  
 nos liberó de servir al mundo  
 como si fuera de la tierra de Egipto;  
 y nos liberó de la esclavitud del diablo  
 como si fuera de la mano de Faraón;  
 y selló nuestras almas con su Espíritu  
 y los miembros de nuestro cuerpo con su propia sangre.

Es Él quien ha cubierto de vergüenza la muerte.  
 y hizo sufrir al diablo  
 como Moisés hizo sufrir al Faraón.

Es Él quien destruyó el crimen.  
 y los hijos de la injusticia  
 como lo hizo Moisés en Egipto.

Es Él quien nos ha conducido de la esclavitud a la libertad,  
 De la oscuridad a la luz,

De la tiranía a la realeza eterna,  
y nos hizo un nuevo sacerdocio,  
un pueblo eternamente a su servicio.  
Es la Pascua de nuestra salvación.  
Es Él quien sufrió mucho por muchos:  
fue asesinado en Abel,  
atado a Isaac,  
exiliado en Jacob,  
expuesto en Moisés,  
muerto en el cordero,  
perseguido en David,  
deshonrado en los profetas.  
Es Él quien tomó carne en la virgen,  
quien fue colgado en el árbol,  
quien fue enterrado en la tierra,  
que resucitó de entre los muertos,  
que ascendió al cielo.  
Éste es el cordero inmolado,  
El cordero que se quedó en silencio.

... [Sigue otra larga diatriba contra Israel].

Entended, pues, queridos amigos, cuál es el misterio de la Pascua:  
nuevo y viejo,  
eterno y temporal,

corruptible e incorruptible  
mortal e inmortal  
antiguo según la Ley,  
pero nuevo según la Palabra  
Temporal porque es prefigurativo;  
pero eterna porque es libre;  
corruptible por la inmolación del cordero,  
pero incorruptibles por la vida del Señor;  
mortal para su sepultura en la tierra;  
pero inmortal por su resurrección de entre los muertos.

La ley es antigua,  
pero la Palabra es nueva;  
temporal es la prefiguración,  
pero la gracia es eterna;  
corruptible es el cordero,  
pero el Señor es incorruptible,

...

Por consiguiente, el sacrificio del cordero  
y la celebración de la Pascua,  
y la letra de la Ley,  
todos se encuentran en Cristo  
a quienes les anunciaron todas las cosas que habían sucedido bajo la ley antigua,  
y más aún bajo la nueva Palabra.

Porque la Ley se hizo Palabra,  
Lo viejo se hizo nuevo,  
viniendo de Sión y Jerusalén.  
Y el mandamiento se convirtió en gracia,  
y la prefiguración se hizo realidad,  
y el cordero, Hijo,  
y el cordero, el hombre  
y el hombre, Dios.

...

Así también el misterio del Señor,  
Prefigurado desde hace mucho tiempo,  
pero hoy hecho visible,  
cobra fuerza hoy que se ha cumplido,  
Aunque la humanidad lo considere inaudito.  
Porque, tanto lo antiguo como lo nuevo,  
¡Tal es el misterio del Señor!  
Antiguo según la prefiguración;  
nuevo según la gracia.

...

Por eso, si queréis contemplar el misterio del Señor, recordad:  
de Abel, como Él, muerto;  
de Isaac, como Él, atado;  
de José, como Él, vendido;  
de Moisés, como Él lo expuso;

de David, como Él, perseguido;  
de los profetas, que, como Él, sufrieron.

...

Acercaos, pues, todas las familias humanas, devastadas por vuestros pecados,  
y recibir el perdón de los pecados.

Porque yo soy la remisión [dice el Señor].

Yo soy la Pascua de Salvación;

Yo soy el Cordero inmolado por vosotros;

Yo soy el agua que te lava;

Yo soy tu vida;

Yo soy tu Resurrección;

Yo soy tu luz;

Yo soy tu salvación;

Yo soy tu rey.

Soy yo quien los hago ascender más allá de los cielos;

Yo soy quien los resucitará allí,

Yo soy quien los mostrará al Padre eterno.

Yo te resucitaré con mi propia mano.

Así dice el que hizo el cielo y la tierra:

quien desde el principio dio forma al ser humano;

quien fue anunciado por los profetas;

que se hizo carne en una virgen;

quien fue colgado en el árbol;

quien fue enterrado bajo la tierra;

quien resucitó de entre los muertos  
y ascendió al cielo más alto;  
que está sentado a la derecha del Padre;  
quien tiene poder para salvar y juzgar;  
aquel por medio de quien el Padre hizo todo lo que existe,  
desde el principio y por toda la eternidad.

Éste es el alfa y el omega.

Este es el principio y el final;

Como principio, indecible,  
y como fin, incomprendible.

Este es el Cristo.

Este es el Rey.

Este es Jesús.

Este es el General.

Este es el Señor.

Este es el que resucitó de entre los muertos.

y se sentó a la diestra del Padre.

Éste es el que conduce al Padre,

y a quien el Padre tome;

a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

Amén.

日本橋

## CIRILO DE JERUSALÉN

**En las páginas anteriores hemos hecho referencia repetidamente a las lecciones catequéticas de Cirilo de Jerusalén. Como dijimos, Cirilo aparentemente comenzó a dar estas conferencias durante la Cuaresma y continuó hasta casi el final de la Semana Santa. La lección que citamos aquí en parte es la número 13, sobre la Pasión de Cristo. El anterior, el número 12, trata de la encarnación del Verbo, y el número 14, de la resurrección y ascensión de Cristo. A estas siguen otras cuatro clases, hasta llegar a la número 18, todas dirigidas a los “iluminados”, es decir, aquellos que serían bautizados el siguiente Domingo de Pascua. Luego vienen otras cinco dirigidas a los recién bautizados, a quienes a menudo se les llama “niños en la fe”. Por último, añadimos unas líneas de la Catequesis número 14, para recordar que la cruz es un paso hacia la resurrección y que, para la Iglesia antigua, el gran día no era el Viernes Santo, sino el Domingo de Pascua.**

**Agradecemos a Editorial CLIE el permiso para reproducir las siguientes páginas, extraídas del volumen 13 de la serie Grandes Autores de la Fe.**

### **Clase catequética 13**

*Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura (1 Co 1:23).*

Toda acción de Cristo es motivo de gloria para la Iglesia universal; Sin embargo, el motivo que destaca, sin duda, es la gloria de la cruz. Así lo afirmó claramente San Pablo cuando dijo: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gal 6,14). Fue una cosa maravillosa que el ciego del estanque de Siloé recuperara la vista; ¿Pero qué comparación tiene esto con todas las personas ciegas del mundo? La resurrección de Lázaro, que había estado sepultado durante cuatro días, fue algo grandioso y contra toda naturaleza, pero ¿cómo benefició a aquellos en todo el mundo que estaban muertos en pecado? Fue asombroso que con cinco panes, como salidos de cinco manantiales, se alimentaran más de cinco mil personas; Pero ¿qué es eso comparado con todos aquellos que padecían hambre en todo el Universo? Es digno de admiración romper las cadenas de aquella mujer despreciada a quien Satanás tenía prisionera en su poder durante 18 años. ¿Pero de qué nos sirvió a nosotros que estábamos cautivos con las cadenas de nuestros pecados?

Por el contrario, el triunfo de la cruz iluminó a todos aquellos que estaban cegados por la ignorancia, liberó a todos aquellos que estaban prisioneros del pecado y finalmente redimió a todos los hombres del universo.

Y no os maravilléis de que todo el mundo fue redimido, aunque no murió un simple hombre, sino el unigénito Hijo de Dios. El pecado de un hombre, Adán, trajo la muerte al mundo entero. Si, pues, por la caída de un hombre la muerte reinó en el mundo, ¿por qué no reinaría también la vida por la justicia de otros? Y si el fruto del árbol fue la causa de que nuestros padres fueran expulsados del paraíso, ¿cuánto más razón podrán entrar de nuevo en él los que creen en Jesús a través del madero de la cruz? Si el primer hombre que fue hecho del barro de la tierra introdujo la muerte en todo el mundo, ¿cómo podrá Él, que es la vida misma y que hizo al hombre, no ser capaz de traernos la vida? Si Finees, abrazado por el celo de la gloria divina, matando al autor del escándalo, pudo aplacar la ira de Dios (Nm 25,11), ¿no podría Jesús, que no mató a nadie sino que se entregó como víctima, apartar mucho mejor a los hombres de la ira del cielo?

No nos avergoncemos de la cruz del Salvador, sino más bien gloriémonos en ella. Porque la misma palabra cruz es un escándalo para los judíos; a los gentiles, de burla; y a nosotros, de salvación. Y ciertamente para los que están perdidos es una locura, pero para los que han de salvarse es una fuerza de Dios.

Porque ya lo hemos dicho antes: no murió un simple hombre por nosotros, sino el mismo Hijo de Dios.

Y así como el cordero que Moisés había inmolado ahuyentó al ángel exterminador, así también el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, mucho más eficazmente nos libera del pecado. Si la sangre de una oveja, que es un animal irracional, pudiera traer salvación, ¿no sería mejor la sangre del Unigénito de Dios? Si alguno no cree en la virtud de Cristo crucificado, pregúntele a los demonios. Si las palabras no te convencen, mira los hechos. Muchos fueron crucificados en el mundo; pero los demonios no temen a ninguno de ellos; por otra parte, sólo ver la cruz de nuestro Salvador hace temblar a los demonios; porque aquellos murieron por sus propios pecados, pero Él, por los pecados de los demás. Está escrito que “no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22). Y no fue sólo Pedro quien dijo esto, porque se podía sospechar que lo hacía para adular a su Maestro, sino también lo dijo Isaías, quien no estaba presente y profetizó su venida en el espíritu.

Pero ¿por qué traigo sólo el testimonio del profeta? Testigo es Pilato, quien dictó sentencia contra Él diciendo: «No encuentro ningún delito en este hombre» (Lc 23,4). Y después de entregarlo, lavándose las manos, dijo: «Soy inocente de la sangre de este justo» (Mt 27,24). Hay aún otro testigo de la inocencia de Jesús, que es el ladrón que entró primero en el paraíso, quien, reprendiendo a su compañero, le dijo: «Nosotros, a la verdad, hacemos justicia, porque recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero éste nada malo ha hecho» (Lc 23,41).

Así pues, Jesús sufrió verdaderamente por todos los hombres. Y la cruz no fue un vano simulacro, pues de otra manera también nuestra redención habría sido fingida. Ni tampoco fue su muerte imaginaria ni fantástica, porque si así lo hubiera sido, nuestra salvación habría sido fingida. Si su muerte no hubiera sido más que evidente, tendrían razón quienes dijeron: “Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré” (Mateo 27:63). Así que la Pasión fue verdadera. Cristo fue verdaderamente crucificado. Al proclamar esto, no sólo no lo negamos ni nos avergonzamos de Él, sino que nos gloriamos en Él. Porque si yo lo negara, este Gólgota que está delante de nosotros me lo reprocharía [Cirilo estaba dando esta conferencia en Jerusalén]; Sería reprendido por la madera de la cruz, que fue distribuida en partículas por todo el mundo. [Recordemos lo que dice Egeria sobre la veneración de supuestos trozos de la cruz.]

Por eso proclamo la cruz del Salvador, porque predico su resurrección; Si Cristo, que resucitó, hubiera permanecido en la cruz, tal vez no me habría atrevido a confesar su crucifixión y lo habría ocultado junto con mi maestro, pero como su resurrección siguió a la cruz, no me importa en absoluto publicarlo.

...

Admira ahora el juicio del Señor. Mientras Pilato estaba sentado en la sala del tribunal, se dejó llevar por los soldados ante el juez, y él, que siempre está sentado a la derecha del Padre, ahora está para ser juzgado.

...

Extendió sus manos en la cruz hasta abarcar los confines de la tierra, pues este Gólgota es el centro de la tierra. Esto que digo no viene de mí, sino del profeta: “Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá salvación” (Joel 2.32). Extendió sus manos humanas, las mismas con que antes había creado el firmamento, y fueron clavadas con clavos para que, como su humanidad, que había llevado los pecados de los hombres, siendo así clavada y muriendo de esta manera: Y no como el don fue como la ofensa, por medio de uno que pecó; Porque el juicio de uno resultó en condenación, pero la dádiva resultó en la justificación de muchos delitos. (Rom 5:16), es decir, por medio de un Salvador que aceptó voluntariamente la muerte, como ya supongo que usted está de acuerdo: “[...] Tengo poder para ponerla [mi vida] y tengo poder para volverla a tomar” (Jn 10:18).

Y cuando esto sucedió, dijo: “Consumado es” (Juan 19:30), todo está cumplido. En verdad, el misterio se ha cumplido, las Escrituras se han cumplido y los pecados han sido borrados.

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, entró por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre; y entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Heb 9:11,12). Y otra vez: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la

sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne” (Heb 10.19,20). Por cuanto el velo de su carne fue tratado con deshonra, por tanto el velo figurativo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y no quedó de ella nada, porque el Señor había dicho: «He aquí que vuestra casa os es dejada desierta» (Mt 23,38; Lc 13,35).

Todo esto lo padeció el Salvador, “habiendo hecho la paz mediante la sangre de su cruz, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (Col. 1:20). Porque éramos enemigos de Dios por el pecado, y estaba decretado que el pecador muriese. Era, pues, necesario que se cumpliera una de dos cosas: o bien que Dios diese muerte a todos los culpables, o bien, usando de su clemencia, anulase la sentencia. Aquí se manifiesta la sabiduría de Dios, que supo preservar la eficacia de la sentencia con la grandeza de su bondad. “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Ped. 2.24).

No es de poco valor lo que murió por nosotros, pues no fue un cordero material, ni un simple hombre, ni un ángel, sino Dios mismo hecho hombre. Mayor fue la santidad de aquel que murió por nosotros que toda la iniquidad de los que pecaron; y sus méritos superaron nuestros pecados. Murió cuando quiso y resucitó cuando quiso. ¿Quieres saber que su muerte fue completamente voluntaria? Él clamó al Padre diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46). Le ordenó que lo tomara de nuevo. Y habiendo dicho esto, entregó el espíritu. pero no por mucho tiempo, porque inmediatamente resucitó de entre los muertos.

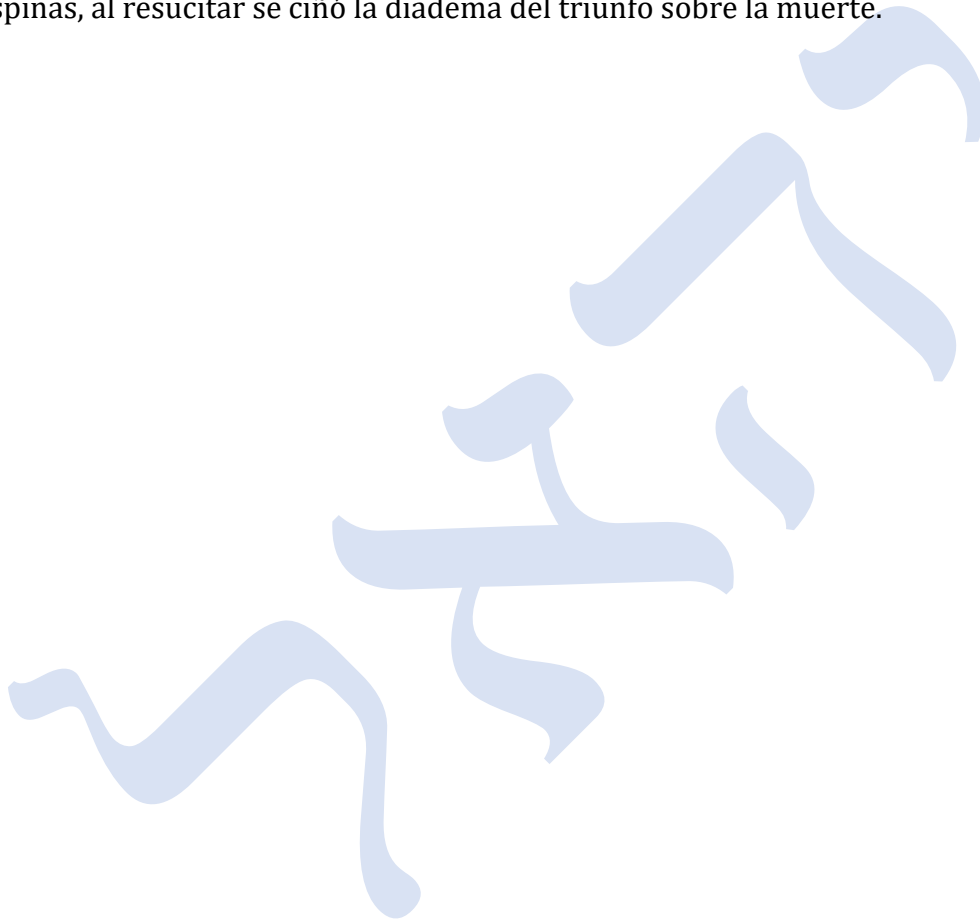
El sol se oscureció por causa del Sol de Justicia. Las piedras atravesaron la Piedra Racional. Los sepulcros se abrieron, y los muertos resucitaron por medio de Aquel que era libre entre los muertos. No os avergoncéis del Crucificado, sino decid más bien con confianza: Él tomó nuestros pecados y sufrió por nosotros, obteniendo así nuestra curación; por lo cual no debes ser desagradecido.

...

## **Clase catequética 14**

[Continúa la lección número 13, pero en la 14 Cirilo pasa a la resurrección, abriendo esta lección con las siguientes palabras]:

Alégrate, Jerusalén, todos los que amáis a Jesús, porque ha resucitado. Alegraos todos los que llorabais oyendo los insultos y las blasfemias de los judíos, porque aquel que era insultado allí ha resucitado. Así como oír hablar de la cruz fue algo triste, la buena noticia de la resurrección debería alegrar a todos los presentes. Que el llanto se convierta en gozo, y la tristeza en alegría; que nuestra boca se llene de alegría y regocijo por Aquel que después de la resurrección dijo: "Alegraos". Conozco la tristeza que sentían los amantes de Jesucristo en tiempos pasados, porque, habiendo terminado de hablar de la muerte y del sepulcro, sin decir nada de la resurrección, la mente quedaba en suspenso y sin escuchar lo que más deseaba. Y resucitó al muerto; y él es libre entre los muertos y su libertador, y Aquel que por su adorable paciencia quiso ser coronado con la ignominiosa corona de espinas, al resucitar se ciñó la diadema del triunfo sobre la muerte.



おはよう

## **SAN AGUSTÍN DE HIPONA (SAN AGUSTÍN)**

Aparte de los autores del Nuevo Testamento, no hay otro que haya tenido tanta influencia en el pensamiento y la vida de la Iglesia, especialmente de la Iglesia occidental, originalmente de habla latina, como Agustín, quien fue obispo de Hipona y es conocido comúnmente como San Agustín. Sus numerosas obras son tantas que ni siquiera podemos mencionarlas aquí. Además, su impacto en la teología continúa hasta nuestros días y sería absolutamente imposible resumirlo en sólo unas pocas líneas. Por lo tanto, lo que hemos incluido en este texto es solo un sermón que San Agustín predicó la tarde del Domingo de Pascua en algún momento entre los años 414 y 420. Lo hemos escogido porque ilustra el modo en que eran instruidos los “niños” que acababan de ser bautizados ese mismo día.

Como el núcleo de la explicación de San Agustín es la Última Cena, el sermón se centra enteramente en ella. Una lectura superficial podría sugerir que Agustín está proponiendo lo que ahora se llama la doctrina de la transustanciación, ya que literalmente dice que el pan es el Cuerpo de Cristo. Sin embargo, cuando leemos el sermón completo, vemos que el mismo Agustín dice que nosotros los creyentes somos el Cuerpo de Cristo y que nos convertimos en lo que comemos. Esto se ve más claramente en otro sermón predicado también en otro Domingo de Pascua, el número 229. En él, Agustín dice que Jesús:

[...] al padecer por nosotros, nos confió en este sacramento su Cuerpo y su Sangre, en el que también nos transformó, porque también nosotros nos convertimos en su Cuerpo y, por su misericordia, somos lo que recibimos. (Sermones 229.1; BAC 447:297)

El Sermón 227 también es interesante porque muestra algo del orden que se seguía en la celebración de la Cena del Señor, que es muy similar a lo que se vio un siglo antes en Hipólito y que muchas iglesias siguen hasta el día de hoy.

El texto fue traducido de PL 38:1099-1101.

### **Sermón número 227**

No me olvido de lo que os prometí a vosotros, que acabáis de ser bautizados. Les prometí que cuando predicara les explicaría el sacramento de la mesa del Señor, el sacramento que ahora ven y del cual participaron anoche. Necesitan saber lo que han recibido, lo que recibirán ahora y lo que deberán recibir diariamente. Este pan que veis en el altar y que fue santificado por la Palabra de Dios es el Cuerpo de Cristo. Esta copa, o más bien lo que contiene, también santificado por la Palabra de Dios, es la sangre de Cristo. De esta manera, el Señor se propuso ofrecernos su cuerpo y la sangre que derramó para el perdón de nuestros pecados. Si lo reciben como corresponde, serán lo que recibieron. El mismo Apóstol dice que “nosotros, siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Co 10,17). Así lo explica: somos muchos, pero somos un solo pan, un solo cuerpo. Este pan nos manda cuánto debemos amar la unidad. ¿Estaba hecho de un solo grano? ¿No había muchos granos de trigo? Antes de estar unidos en un solo pan, estaban separados. Pero ahora el agua los ha unido en un solo pan. Y antes de unirlos, había que aplastarlos. El trigo no puede convertirse en lo que llamamos pan sin ser primero molido y amasado con agua.

A ellos les ocurrió lo mismo, pues la humillación del ayuno y del exorcismo era como pasar por un molino. A continuación se produjo el bautismo, y, por así decirlo, los caballeros fueron amasados con agua para convertirlos en pan. Sin embargo, esta masa no es todavía pan si el fuego no la cuece. El fuego significa la unción con aceite, porque el aceite que alimenta el fuego es símbolo del Espíritu Santo.

Miremos lo que dice el libro de los Hechos de los Apóstoles, que fue leído y que comenzaremos a leer hoy. Para avanzar como deben, tienen que centrarse en eso. Por eso, cuando se reúnan como iglesia, dejen de lado las fábulas vacías y presten atención a las Escrituras. [Además] somos tus libros. Consideremos cómo vendrá el Espíritu Santo en Pentecostés. Así es como vendrá: manifestándose en lenguas de fuego. Él inspira en nosotros la caridad para que ardamos por Dios y despreciemos al mundo, quemando la paja y purificando nuestros corazones como si fueran de oro. Luego el Espíritu Santo viene como fuego después del agua para que se conviertan en un solo pan, que es el cuerpo de Cristo. Así se manifiesta la unidad.

Consideremos el orden de los sacramentos: primero, después de la oración, se les exhorta a elevar sus corazones. Esto corresponde a los miembros del [cuerpo de] Cristo. Si fueron hechos miembros de Cristo, ¿dónde está su cabeza? Los miembros tienen una cabeza. Si la cabeza no iba delante de ellos, los miembros no la seguirían. ¿Adónde se fue esta cabeza tuya? ¿Qué dijeron ustedes mismos en el Credo? «Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre». Por lo tanto, nuestra cabeza está en el cielo. Por eso se les dice a menudo que eleven sus corazones, y ustedes responden: «Los elevamos hacia el Señor». No atribuyan esta elevación de sus corazones al Señor a sus fuerzas, sus méritos ni sus obras. Es el don de Dios el que eleva el corazón.

De ahí, pues, las palabras del obispo o presbítero que presenta la ofrenda, diciendo (tan pronto como el pueblo respondió «los elevamos al Señor»): «Demos gracias a Dios, nuestro Señor, porque nuestros corazones están en alto. Demos gracias, porque si no fuera por el

don [de Dios], nuestros corazones estarían en el suelo. Y esto es lo que dan testimonio cuando dicen: «Es digno y justo que demos gracias a quien nos ha hecho elevar nuestros corazones a [donde] está la cabeza».

Así pues, después de la santificación del sacrificio a Dios, puesto que Dios quiso que fuéramos su sacrificio, como se vio claramente cuando este sacrificio fue instituido, y también porque el sacrificio es un signo de lo que somos, una vez que el sacrificio ha sido santificado, repetimos el Padre Nuestro que ya habéis recibido y repetido. Luego decimos: “La paz sea con vosotros”, y los cristianos se besan con el beso santo. Este beso es una señal de paz. Y lo que sucede en los labios debe suceder también en la conciencia: así como tus labios se acercan a los labios de tus hermanos o hermanas [el beso santo era compartido sólo entre personas del mismo sexo], así tu corazón debe acercarse al de ellos.

Los sacramentos son grandes y también lo es su importancia. ¿Quieres saber qué tan grandes son? El apóstol dice: «Cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpable de pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor» (1 Cor. 11:27). ¿Qué es recibirlo indignamente? Es acercarse a él con burla o desprecio. No pienses que porque lo ves es despreciable. Lo que ves pasa, pero lo que significa es invisible y no pasa, sino que permanece. Ciertamente lo que se recibe se come y se consume. ¿Se consume entonces el cuerpo de Cristo? ¿Están consumidos la iglesia y sus miembros? ¡Nunca! Aquí serán purificados y aquí serán coronados. Lo que aquí se quiere decir durará para siempre, aun cuando parezca que pasa. Recibidlo, pues, considerando lo que hacéis, para que tengáis unidad en vuestros corazones, y vuestro corazón esté siempre en alto. Tu esperanza no está en la tierra, sino en el Cielo. Que vuestra fe sea establecida en Dios; que es aceptable delante de Dios. Porque así como veis ahora y creéis, así también veréis allí, y tendréis gozo eterno.

おはよう

## **León el Grande**

**León, que fue obispo de Roma entre 440 y 461, es conocido comúnmente como “el Grande” por muchas razones. Fue él quien, cuando Atila se disponía a atacar y saquear la entonces indefensa ciudad de Roma, salió al encuentro del enemigo. No se sabe qué ocurrió en aquella conversación, pero lo cierto es que Atila decidió no atacar Roma, sino retirar sus tropas. Fue él quien también jugó un papel predominante en la controversia cristológica y su culminación en el Concilio de Calcedonia. Éstas son sólo dos de las muchas razones por las que se le dio el título de “el Grande”. Otra de estas razones, y la que aquí nos interesa, es que, en su predicación, León supo unir magistralmente las celebraciones y los tiempos litúrgicos con las doctrinas fundamentales que todo creyente debe conocer y, al mismo tiempo, dar a todo ello una dirección práctica para la vida diaria.**

**Todo parece indicar que el sermón que aquí reproducimos fue predicado en el año 443 en la noche del 3 o 4 de abril, es decir, en la noche entre el Sábado Santo y el Domingo de Pascua. Este es el primero de una serie de tres sermones de León sobre la resurrección.**

**Las siguientes líneas fueron traducidas de PL 54:385-390.**

### **Sermón número 71**

Queridos amigos, en la última homilía hemos hablado, creo que muy oportunamente, de la participación en la cruz de Cristo para que el misterio pascual pueda ser incorporado a la vida, de modo que lo que celebramos en la fiesta lo pongamos también en práctica en nuestra conducta. Vosotros mismos lo habéis visto, y por vuestra devoción habéis llegado a conocer los beneficios que para el alma y el cuerpo tienen los ayunos prolongados, las oraciones constantes y la limosna generosa. No existe casi ninguna persona que no se haya beneficiado de esta práctica y que no conozca en el fondo las razones que tiene para ser feliz. Todo lo que hemos ganado debe ser preservado mediante una vigilancia constante para evitar que la envidia del Diablo nos quite lo que la gracia divina nos ha dado una vez pasado el esfuerzo.

La observancia de los últimos 40 días [de Cuaresma] se debió al hecho de que queríamos experimentar algo de la cruz en este tiempo de la Pasión del Señor. Por eso ahora debemos esforzarnos por unirnos también a la resurrección de Cristo. De esta manera, mientras estemos todavía en el cuerpo, pasaremos de muerte a vida. Para cualquier persona, toda conversión o paso de un estado a otro implica también el fin de algo. Se trata de dejar de ser lo que eras y convertirte en algo más; convertirse en lo que no era. Sin embargo, es importante saber por quién se muere y por quién se vive, porque hay una muerte que produce vida y también una vida que produce muerte.

Es en esta vida pasajera, y en ningún otro lugar, que uno puede buscar una cosa u otra. La diferencia en las recompensas eternas también depende del carácter de nuestras acciones en este momento. Por tanto, debemos morir al diablo y vivir para Dios. Debemos morir al pecado para resucitar en justicia. Tenemos que abandonar el pasado para que pueda surgir lo nuevo. Como bien dijo la Verdad: "nadie puede servir a dos señores". No permitamos, pues, que gobierne sobre nosotros el Señor que conduce a los justos a la ruina, sino aquel que levanta a los caídos a su gloria.

El Apóstol dijo:

El primer hombre, de la tierra, es terrenal; El segundo hombre, el Señor, es del cielo.

Como es la tierra, así son las tierras; y como es el celestial, así son los que son celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. (1 Cor 15.47-49)

Esta transformación debe generar en nosotros una gran alegría, porque nos lleva de la oscuridad de la tierra a la dignidad del Cielo gracias a la inefable misericordia de Aquel que descendió a nuestra condición para elevarnos a la suya. Tomó no sólo la sustancia, sino también el estado de la naturaleza pecaminosa, y permitió que su divina impassibilidad se sometiera a todo lo que, en su miseria, sufre y experimenta la humanidad mortal. Su bondad es tan grande que, por temor a causar dolor y tortura prolongados a los espíritus ya atormentados de sus discípulos [por su muerte], acertó con admirable velocidad los tres días que había predicho [que pasaría en la tumba]. Lo hizo contando como días completos el día entero que pasó en el sepulcro, así como los días parciales que lo precedieron, cumpliendo su promesa y, al mismo tiempo, acertando los días.

A causa de la resurrección del Señor, su alma no permaneció mucho tiempo en los lugares bajos, ni su cuerpo permaneció en el sepulcro. Tan rápida fue la aceleración de su carne incorrupta, que parecía más como si estuviera dormido que muerto. La divinidad, que permaneció con el cuerpo y el alma de aquella naturaleza humana que había asumido, reunió con su poder lo que antes había separado con el mismo poder.

A esto le siguieron muchas pruebas o corroboraciones que dan autoridad a la predicación de la fe en todo el mundo. La piedra removida, el sepulcro vacío y los lienzos dejados a su lado, junto con los ángeles proclamando lo que había sucedido, muestran abundantemente la verdad de la resurrección del Señor. Además, se presentó visiblemente a las mujeres y repetidamente a los ojos de los discípulos. Y no sólo les habló, también comió con ellos, dejándose tocar por aquellos que aún dudaban. Entró donde estaban los discípulos, a puerta cerrada, y, soplando sobre ellos, les dio el Espíritu Santo. También les dio la luz del entendimiento que les reveló lo que estaba oculto en las Sagradas Escrituras. Les mostró su costado herido y las marcas de los clavos, así como todas las marcas de sus recientes sufrimientos. De esta manera, demostró que en Él las propiedades de la naturaleza divina y humana permanecieron indivisas, de modo que sabemos que el Verbo no era lo mismo que la carne, sino de tal manera que entendemos que el Hijo de Dios es, al mismo tiempo, Verbo y carne.

El apóstol Pablo, maestro de los gentiles, concuerda con esto cuando dice: «Por lo tanto, de ahora en adelante no conocemos a nadie según la carne. Si bien conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así» (2 Corintios 5:16). La resurrección no acabó con la carne, sino que la transformó. La sustancia no se destruyó al aumentar su poder. Las cualidades han cambiado, pero la naturaleza permanece. El cuerpo que podría ser crucificado ahora está impasible. Lo que podía morir se volvió inmortal. Lo que podía ser herido se ha vuelto incorruptible. [Pablo] dice con razón que la carne de Cristo ya no es conocida por nosotros como antes, pues ya no hay en ella nada que pueda sufrir, ni que esté debilitado. La carne es ahora la misma en su esencia, pero distinta en su gloria. Por eso, no deberíamos sorprendernos si los cristianos espirituales dicen: “De ahora en adelante a nadie conocemos según la carne; y aunque a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así”.

Esto significa que nuestra resurrección ya comenzó en la resurrección de Cristo, pues Él, que murió por todos, como signo de nuestra esperanza, nos precedió. No vacilamos ni permanecemos en suspenso por una expectativa incierta, sino que, aceptando que lo prometido ya ha comenzado, con los ojos de la fe miramos lo que ha de venir, regocijándonos porque ya tenemos lo que creemos, la exaltación de nuestra naturaleza humana.

No permitamos que las cosas temporales y terrenales y las apariencias nos desvíen de la contemplación de las cosas celestiales. Dejemos de lado aquello que en gran medida ya no existe, sino que, conectándonos con lo que permanecerá, nuestro deseo pueda dirigirse hacia lo eterno que se nos ofrece. Aunque todavía podemos decir que somos salvos en la esperanza y que vivimos en carne corruptible y mortal, también podemos decir que no

estamos en la carne si no nos entregamos a sus concupiscencias. Así que decimos con razón que ya no estamos en la carne, porque no es la carne a la que seguimos.

Cuando el apóstol dice: “Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Romanos 13:14), no pretende prohibirnos lo que conviene a nuestra salud y a lo que exige nuestra debilidad humana, sino que no nos dejemos llevar por todos los deseos que sirven a la carne. Sabemos que nos advierte que debemos practicar la moderación de tal manera que no le demos al cuerpo lo superfluo ni le neguemos lo necesario, guiados por el alma.

En Efesios 5:29, el apóstol dice: “[...] nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la alimenta y la cuida”. Esto no significa que debemos seguirla en sus vicios y concupiscencias, sino alimentarla y sostenerla de tal manera que su naturaleza renovada siga su debido orden. Así, las partes inferiores no dominarán perversamente a las superiores, ni éstas se someterán a aquellas; Esto impide que los vicios del alma triunfen y surja la esclavitud donde debería haber autoridad.

Por tanto, que el pueblo de Dios reconozca que es nueva criatura en Cristo y entienda quién es quien lo ha recibido y qué es lo que le ha sido dado. No vuelva a lo viejo e inestable, ni abandone su tarea quien ha puesto su mano en el arado. En cambio, ocúpate de lo que siembras y no regreses a lo que dejaste atrás. Que nadie regrese al lugar de donde surgió. Y si la debilidad del cuerpo aún persiste en algún sentido, procure inmediatamente sanarse y renovarse. Éste es el camino a la salvación. Es la manera de imitar la resurrección de Cristo. Aunque el camino resbaladizo de la vida siempre tendrá caídas, los pasos de quienes lo recorren deben buscar terreno sólido en lugar de terreno inestable. Por eso dice: “Por el Señor son ordenados los pasos del hombre, y él se deleita en su camino” (Sal 37,23).

Queridos amigos, esta meditación no es sólo para el tiempo de la solemnidad pascual, sino que debe mantenerse para la santificación durante toda la vida. Las observancias en las que ahora participamos deben hacer permanentes los deleites de las almas fieles, convirtiéndose en un hábito que preserve la pureza y destruya todo pecado que acecha dentro de nosotros. Ya que la curación de una enfermedad antigua es difícil y lenta, apliquemos apresuradamente remedios a las heridas más recientes. Así, levantándonos completamente de nuestras caídas, mereceremos alcanzar la resurrección gloriosa de una carne incorruptible y glorificada en Cristo Jesús, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Amén.

おはよう

## EPÍLOGO

### Una última palabra que anima a las renovaciones

Al iniciar este estudio mencioné que mi propósito era traer la Semana Santa a nuestras vidas, haciéndonos saber cómo la celebraban nuestros antepasados más antiguos en la fe. Quise dejar claro que no hice esto para imitarlos sin reflexión o por mera curiosidad de anticuario, sino para ayudarnos a observar prácticas y ritos que realmente nos repositionan en relación con nuestro glorioso pasado y nuestro futuro incomparable. Y más adelante añadió que, porque nuestro Señor es el mismo y porque nuestra misión sigue siendo la misma, quizá aquellos antiguos creyentes, a menudo olvidados, tengan algo que enseñarnos. Acabamos de revisar la historia de la Semana Santa durante los primeros siglos de la vida de la Iglesia. Vimos cómo esta semana evolucionó, por un lado, a partir de las observancias semanales y, por otro, a partir de la Pascua hebrea. Discutimos diversas prácticas en la antigüedad, algunas más aceptables que otras. Leemos algunos ejemplos de predicación antigua durante la Semana Santa. Todo esto podría resultar interesante; ¿Pero de qué nos sirve? ¿Cómo nos ayuda esto a ser mejores seguidores del Señor cuya muerte y resurrección recordamos y celebramos durante esta semana especial?

Como bien decía León Magno en el sermón que acabamos de leer, de poco vale la Semana Santa si no está unida de algún modo a todas nuestras semanas y a todos nuestros días. La Semana Santa refleja el ciclo semanal que la iglesia seguía mucho antes. Este ciclo, sin embargo, refleja también, por una parte, la historia de la muerte y resurrección de Jesucristo y, por otra, la realidad cotidiana de nuestra vida. El ciclo semanal y el de la gran Semana Santa conducen de la cruz a la resurrección, de la muerte de Jesucristo por nosotros a su resurrección, también por nosotros. Los ciclos y horas de nuestra vida son también instancias de muerte repetida a causa del pecado y de renovación repetida de vida por la gracia de Dios y la obra del Espíritu Santo. Así como una verdadera Semana Santa no puede limitarse al viernes y a la crucifixión y hacer del domingo y de la resurrección un mero apéndice, tampoco puede la vida cristiana limitarse al dolor, a la culpa y al arrepentimiento. Y así como la Semana Santa no puede limitarse al Domingo de Pascua y hacer de la cruz una experiencia meramente pasajera, así también la vida cristiana no puede limitarse a la celebración, a la victoria y a la alabanza, sin reconocer la onerosa carga del pecado que hizo necesaria la cruz y que todavía nos persigue.

Este doble énfasis que la Semana Santa debería recordarnos constantemente parece perderse con demasiada frecuencia en nuestras propias vidas y en el culto de la iglesia. Hay creyentes con rostro triste cuya actitud hacia la vida parece negar la victoria que tenemos en Jesucristo. Y hay creyentes que parecen verlo todo color de rosa, para quienes todo es

gloria y alegría, como si el pecado ya no les pesara. Así mismo, hay iglesias en las que todo enfatiza nuestro terrible pecado y nuestra deuda cuya consecuencia es la cruz de Jesucristo; iglesias donde el regocijo es aparentemente un pecado; iglesias que parecen haber olvidado la victoria de la tumba vacía. Y también hay iglesias en cuyos servicios todo parece ser gloria y alabanza, como si ya no fuéramos pecadores, como si el pecado no fuera más que una pequeña enfermedad que a veces nos sobreviene. En ambos casos, el énfasis en sólo uno de estos dos aspectos de la Semana Santa, la vida de Jesús y nuestra propia vida, distorsiona el evangelio. El mensaje cristiano es Buena Noticia. La Buena Noticia es así porque se opone a los peligros, a la angustia y al dolor que nos acechan. No hay verdaderas buenas noticias excepto en medio de malas circunstancias. Además, no hay resurrección sin la cruz; y la cruz sin resurrección tampoco es una buena noticia.

El tema central en el testimonio bíblico es que el creyente fue crucificado junto con Cristo. También es central el hecho de que ese mismo creyente, al salir de las aguas del bautismo, de alguna manera se convirtió en partícipe de la resurrección de Jesucristo. No es simplemente que al morir en la cruz Jesús nos liberó del pecado, sino también que la muerte de Jesús requiere nuestra muerte al pecado. Pablo lo dice claramente: “[...] porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Rom 6,4). Y en otro lugar dice: «Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Col 3:3, 4). Bautizar a todos los candidatos juntos en un día puede parecernos extraño hoy. Pero esto se debe a que hemos perdido una dimensión importante en nuestra comprensión del bautismo. El bautismo no es sólo un signo de la unidad del creyente con Jesucristo, sino también un acto que nos une a una comunidad de creyentes. No se trata sólo de mi relación con el Señor, sino también de nuestra relación con ese Señor y entre nosotros. El bautismo expresa una muerte a la vida vieja y un nacimiento a una vida nueva. Y parte de esta nueva vida es vivir en solidaridad, dentro de la comunidad de creyentes. Éste es un mensaje de suma importancia para hoy, cuando el individualismo parece predominar en todo, haciéndonos olvidar las dimensiones comunitarias de la vida cristiana. No se trata, por tanto, de bautizar a uno hoy, a otro mañana y a otro el domingo siguiente, según los intereses y la conveniencia de cada uno, sino de ver el bautismo como parte esencial de esa vida comunitaria y solidaria que con razón recibe el nombre de vida cristiana.

Es también por otra razón que, como hemos visto, en la Iglesia antigua era preferible celebrar los bautismos el domingo de Pascua o la tarde anterior a ese domingo. Esto demostró que el bautismo no es un asunto tan sencillo como a menudo imaginamos, sino más bien una cuestión de vida o muerte; o más bien, de muerte y de vida. Por esta misma razón, antes de que un converso fuera bautizado, tenía que pasar por un largo período no sólo de instrucción, sino también de práctica de la vida cristiana. Cualquiera que no estuviera dispuesto a morir con Jesucristo y resucitar con Él, no era considerado listo para recibir Su bautismo. Y, para poner de relieve este acto, en el orden que seguía para el bautismo, el candidato debía renunciar expresamente a las atracciones y fuerzas del mundo y del Maligno.

Hoy necesitamos redescubrir algo de este énfasis en la radicalidad de la vida cristiana; una radicalidad que sólo puede compararse con morir para nacer de nuevo, resucitar a una vida nueva y que puede expresarse repetidamente en el doble énfasis en la crucifixión y la resurrección, en el pecado y la gracia, en el dolor y el triunfo. A lo largo de los siglos y generaciones, la fe cristiana a menudo se ha confundido con ser un ciudadano respetable y llevar una vida decente. Se ha llegado a pensar que toda persona nacida en una sociedad supuestamente cristiana también sería cristiana simplemente por ese hecho. Se ha perdido el contraste que los primeros cristianos veían entre la vida común de la sociedad y la vida cristiana. Este contraste se manifestó en el culto de la iglesia antigua de diversas maneras, que ya hemos mencionado. Entre ellas, podemos destacar la práctica de bautizar el Domingo de Pascua, indicando que el bautismo no es sólo un rito, ni una práctica social, ni siquiera un testimonio de nuestra fe. El bautismo es morir para resucitar con Jesucristo. Y lo mismo ocurrió también con las renunciaciones que hubo que hacer a los valores mundanos antes de ser bautizado.

En nuestra historia más reciente, como evangélicos latinos, sabemos algo sobre esto. Entre nuestros antepasados más inmediatos en la fe, hubo muchos que tuvieron que sufrir por esa fe en medio de persecuciones, presiones sociales y económicas, así como conflictos familiares. En tales circunstancias, la fe no consistía simplemente en ser una persona decente, sino que exigía morir a muchos de los valores de la sociedad circundante para poder resurgir a una nueva vida. Estas experiencias facilitan nuestra comprensión y admiración de la fe de los cristianos que vivieron en los tiempos de las primeras persecuciones. Sin embargo, al mismo tiempo, en la historia que estudiamos, encontramos que hacia el final de la historia —en los tiempos de Egeria, por ejemplo— se estaba perdiendo ese sentido de contraste entre la vida en general y la vida cristiana, porque ahora que el Estado apoyaba a la Iglesia, todo esto parecía resuelto. Y lo mismo le ocurre a muchos de nosotros. Vivimos en una época en la que ser cristiano es aparentemente lo mismo que lo que la sociedad considera una “buena persona”.

En estas circunstancias, bien podría ser que algunas de las prácticas de aquella antigua iglesia puedan servirnos hoy. Sin embargo, debemos tener cuidado de no caer en la nostalgia sentimental. No se trata simplemente de revivir esas viejas prácticas, pues eso nos llevaría al ritualismo vacío que tantas veces hemos criticado, sino de examinar lo que esas prácticas representaban y alentaban para luego poder escoger aquellas que aún hoy serían útiles y darles un nuevo formato que sea conveniente para nuestra cultura y sociedad. Al hacerlo, vale la pena recordar las palabras de Agustín citadas anteriormente en este libro, en el sentido de que lo que hacemos en el culto de la iglesia es, en cierto sentido, hacer presente en nuestra vida, de manera recurrente, lo que en realidad sucedió de una vez por todas. La adoración no puede limitarse a alabar a Dios, ni a lamentar nuestros pecados, ni a pedirle a Dios lo que queremos. La adoración, en cierto modo, debe conducirnos una vez más a la cruz y al sepulcro vacío; debe hacernos partícipes del dolor del pecado y de la alegría de la gracia. Y vale la pena repetirlo, uno sin el otro pierde su significado.

El proceso que conduce a una revitalización del culto también requiere comprender las diferencias sociales y culturales entre los tiempos antiguos y los modernos. En cuanto a las diferencias sociales, podemos considerar también la cuestión del tiempo disponible para el culto hoy en día. La descripción de Egeria de las prácticas y observancias de la Semana Santa que tuvieron lugar en la Jerusalén del siglo IV parecen requerir que toda la población estuviera en un período de descanso. Al parecer, se esperaba que toda la población, o al menos una buena parte de ella, pudiera pasar la mayor parte de su tiempo en la iglesia y sus celebraciones durante cada día de esa semana. En cambio, en siglos anteriores, los creyentes tenían que buscar la manera de reunirse para el culto en medio de una sociedad que no los reconocía, por lo que a menudo lo hacían tarde en la noche o antes del amanecer. Hoy nos encontramos en una situación intermedia. Por un lado, desde el punto de vista de la sociedad que nos rodea y de su vida económica, la Semana Santa es una semana más como cualquier otra. Y por otro lado, hoy en día no hay muchos creyentes que estén dispuestos o puedan pasar una semana en ayuno o vigiliando y al mismo tiempo continuar con sus actividades diarias. Entre una cosa y otra, debemos buscar maneras en que tales creyentes y la Iglesia a la que pertenecen puedan experimentar el dolor de la cruz y la alegría de la resurrección como lo hicieron nuestros antepasados en la fe.

En términos culturales también se requieren algunas adaptaciones. Por ejemplo, en la iglesia antigua, el amor mutuo entre los creyentes y la reconciliación se expresaban a través del beso santo. Hoy en día, en una cultura diferente, lo hacemos tomándonos de la mano. Pero al mismo tiempo debemos devolver a este gesto de amor y reconciliación parte del significado que tuvo en la antigüedad. El beso santo fue compartido después de una oración de confesión seguida de palabras que declaraban el perdón de los pecadores por la gracia de Dios. Así que, precisamente porque somos pecadores perdonados, tenemos la obligación de amar y perdonar a quienes pecan contra nosotros. Éste era el significado original del beso santo y también debería ser el significado cuando nos tomamos de las manos durante el servicio religioso.

Esto nos lleva a insistir en que lo importante no son tanto los ritos particulares practicados sino su significado teológico. Podemos extraer abundantes ejemplos de ello de la iglesia antigua, pero dos serán suficientes. La primera de ellas es la costumbre de la iglesia antigua de arrodillarse ante Dios en oración todos los días excepto el domingo y todos los días entre el Día de Resurrección y el Día de Pentecostés. De esta manera, se hacía evidente el contraste entre los dos extremos de la vida cristiana, entre el pecado y la gracia, entre la cruz y la resurrección, y al mismo tiempo, recordaba a los creyentes la enorme dignidad que ahora tenían como hijos e hijas del Dios soberano. ¿Cómo podemos expresar esto en la adoración hoy? El segundo ejemplo tiene que ver con la oración de intercesión, que, como hemos visto, se llamaba “oración de los fieles”. No fue una oración cualquiera, sino una que cumplía la vocación de la Iglesia de ser real sacerdocio que presenta al mundo ante el trono celestial e intercede por él. Por tanto, en esa oración no se hacían solamente oraciones por los creyentes o los familiares enfermos, sino también por toda la sociedad. ¿Cómo expresan esto nuestras oraciones en nuestras iglesias hoy?

En cierto modo, todo lo que acabamos de decir es una manera de reflexionar sobre las palabras de Agustín, citadas anteriormente en este libro, en el sentido de que lo que hacemos en el culto es revivir de alguna manera esos acontecimientos únicos en la vida del pueblo de Dios. En cierto modo, hemos de revivir en el culto la salida del pueblo de la esclavitud en Egipto, su exilio en Babilonia, sus esperanzas mesiánicas, así como la vida y todas las enseñanzas de nuestro Señor, especialmente las de la Semana de Pasión. ¿Cómo hacemos esto en nuestras iglesias hoy? Todo esto demuestra que tenemos por delante una inmensa tarea de renovación en el culto. No se trata de si levantamos las manos o no, si aplaudimos o no, si cantamos himnos tradicionales o no, sino de cómo todo esto y todo lo demás que hacemos en el culto nos conduce de nuevo a la cruz y a la tumba vacía.

En cuanto al resto, sólo nos queda unirnos a la doxología de Judas (vv. 24,25):

Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y Dios, nuestro Salvador, por medio de Jesucristo, Señor nuestro, sea gloria y majestad, imperio y potencia, antes de todos los siglos, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

日本橋